CRUZAR DESIERTOS, FORJAR PUENTES, PLASMAR HUELLAS

Homenaje a la vida y obra de JORGE A. BUSTAMANTE

El Colegio de la Frontera Norte

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL COLEGIO DE MICHOACÁN, A. C.

Cruzar desiertos, forjar puentes, plasmar huellas

Homenaje a la vida y obra de Jorge A. Bustamante

Cruzar desiertos, forjar puentes, plasmar huellas

Homenaje a la vida y obra de Jorge A. Bustamante

El Colegio de la Frontera Norte

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL COLEGIO DE MICHOACÁN, A. C.

Cruzar desiertos, forjar puentes, plasmar huellas : homenaje a la vida y obra de Jorge A. Bustamante. — Tijuana : El Colegio de la Frontera Norte ; Ciudad de México : El Colegio de México ; Zamora, Michoacán : El Colegio de Michoacán, 2022.
3.2 MB (204 p.)

ISBN: 978-607-479-496-0 (El Colef)
ISBN: 978-607-564-453-0 (Colmex)
ISBN: 978-607-544-192-4 (Colmich)

1. Bustamante, Jorge A., 1938-2021. 2. Sociólogos – México – Biografía.

HM 479 .B8 C7 2022

Obra conmemorativa.

Primera edición digital, 8 de diciembre de 2022
[El Colef, el Colmex y el Colmich publicaron la primera edición de este libro en formato impreso en noviembre de 2022]

D. R. © 2022 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.
Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5, San Antonio del Mar, 22560
Tijuana, Baja California, México
www.colef.mx
ISBN: 978-607-479-496-0

D. R. © 2022 El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco 20, col. Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110
Tlalpan, Ciudad de México
www.colmex.mx
ISBN: 978-607-564-453-0

D. R. © 2022 El Colegio de Michoacán, A. C.
Martínez de Navarrete 505, col. Las Fuentes, 59699
Zamora, Michoacán, México
www.colmich.edu.mx
ISBN: 978-607-544-192-4

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez
Corrección: Efrén Calleja Macedo
Formación y diseño de cubierta: Selma Jaber De Lima
Última lectura: Estefanía Amaro López
Imagen de cubierta: Archivo fotográfico de El Colef, 1997
Ajustes para conversión a digital: Estefanía Amaro López

Hecho en México/*Made in Mexico*

Índice

Introducción 10
Alberto Hernández, Silvia E. Giorguli y Gustavo Verduzco Igartúa

Un líder, tres identidades.
Vida y trayectoria de Jorge A. Bustamante 20
Alberto Hernández

Vida michoacana.
Crianza y educación de Jorge A. Bustamante 26
Martín González de la Vara

Para Jorge A. Bustamante: el colega y amigo 34
Sergio García Ramírez

Un admirado y respetado colega:
Jorge A. Bustamante 42
Josefina Zoraida Vázquez

Jorge A. Bustamante y los estudios
sobre las migraciones de México a Estados Unidos 50
Gustavo Verduzco Igartúa

Respecto a la obra de Jorge A. Bustamante.
Una lectura de sus contribuciones
a los estudios sobre migraciones y fronteras 58
Liliana Rivera Sánchez

Sobre Jorge Bustamante:
tres momentos profesionales 70
Francisco Alba

El Colef y sus orígenes: una institución regional
en la frontera norte de México 76
Jorge Carrillo y Norma Iglesias Prieto

Las sedes regionales:
Parte integral del proyecto institucional de El Colef 90
Cirila Quintero Ramírez

Hasta siempre, Jorge 102
José Manuel Valenzuela Arce

Algunas notas en homenaje a Jorge A. Bustamante 110
Manuel Ángel Castillo

Visiones, virtudes y carácter de un líder.
Experiencias y convivencias personales 114
Alejandro Valenzuela

Jorge A. Bustamante, necesidad de la generación
del dato para el estudio de la migración y la frontera 120
Rodolfo Cruz Piñeiro

La migración indocumentada y el estudio de la frontera: el legado de Jorge A. Bustamante 128
Laura Velasco Ortiz

Voz de los derechos humanos de las personas migrantes 140
María Eugenia Anguiano Téllez

ACERCA DE LOS AUTORES 150

Homenaje a Jorge A. Bustamante. Imágenes de su vida y trayectoria 158

Introducción

Alberto Hernández / Silvia E. Giorguli / Gustavo Verduzco Igartúa

Como su nombre lo anuncia, este libro, dedicado a la vida y obra de Jorge A. Bustamante, rinde un homenaje a su comprometida labor humana y social, sus virtudes como constructor de lazos nacionales e internacionales y, en esencia, a las profundas huellas de su legado en el estudio de los fenómenos en la frontera de México y Estados Unidos. Es un recuento también de su paso por instituciones como El Colegio de México (Colmex) y su papel como fundador de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef).

Desde sus propias voces y experiencias, amistades y colegas cercanos relatan distintos episodios en la vida de Jorge, transitando desde una mirada biográfica y formativa durante su niñez, en donde tuvo amistad y cercanía con Carlos Monsiváis, su adolescencia en el bachillerato, junto a su amigo y colega Sergio García Ramírez, así como la etapa universitaria que lo encauzaría a los temas que marcaron su trayectoria profesional.

Los capítulos también ilustran su formación como licenciado en derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuando tuvo como director de tesis al expresidente José López Portillo, etapa en la que desarrolló su carrera como abogado y que solía recordar como una de sus llamadas reencarnaciones.

Con una narrativa sencilla y personal, los textos describen las relaciones y hechos que lo llevaron de la UNAM a la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos, donde terminaría sus estudios

de doctorado, para después volver a la primera y comenzar una nueva etapa en El Colegio de México. Gracias a la visión y apoyo del profesor Mario Ojeda y de otros personajes como Roque González Salazar, Eliseo Mendoza Berrueto, así como la contribución decisiva del profesor Víctor Urquidi, Jorge emprendió lo que sería un visionario proyecto académico.

Su vínculo con el Colmex arribó en un momento paradigmático en las relaciones de México con Estados Unidos durante la década de 1970. La acertada y estratégica decisión del Colmex para impulsar un área dedicada a los estudios de la frontera norte de México llevaría a la posterior fundación, primero, del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), y luego, de El Colef, proyecto institucional radicado en Tijuana en la década de 1980, y que en años posteriores fundó sedes regionales en las principales ciudades fronterizas de México con Estados Unidos.

Además del recorrido por estas etapas que sentarán las bases para el despegue de su trayectoria y legado, este libro también reconoce sus aportes como catedrático, defensor de los derechos humanos de migrantes, fundador de instituciones y formador de generaciones jóvenes dedicadas a la investigación, al inspirar vidas y motivar a descubrir las propias fortalezas de personas a quienes impulsó de manera personal y profesional.

El criterio y sentido común de Jorge fueron fundamentales para conocer y profundizar acerca de la situación de los migrantes, pero también para robustecer y ampliar estos estudios. Su prudencia y acertadas opiniones, ayudaron a fortalecer y consolidar instituciones.

Por ello, otro de los temas esenciales es el papel fundamental que jugó en la fundación de El Colef, los vínculos sociales e institucionales que lo posibilitaron, así como las profesoras, profesores y distintos aliados del Colmex que aportaron las semillas de lo que se convertiría en un importante centro público de investigación del norte de México.

Desde el Colmex, Mario Ojeda Gómez inició los estudios relacionados con Estados Unidos. Su interés respecto a los trabajadores migratorios o braceros empezó en 1957 con su tesis de licenciatura. En 1959, ingresó al Colmex y se dedicó a estudiar la historia, economía, sociedad, gobierno y política exterior de Estados Unidos. Siendo secretario general de la institución, conoció a Jorge Bustamante y consideró que era la persona idónea para hacerse cargo de los estudios sobre la frontera norte de México, por lo que lo invitó a incorporarse al Colmex, formalizando su ingreso en agosto de 1974.

Los estudios que impulsaron tenían dos perspectivas de la frontera: una sociológica, la frontera como cuestión regional, y la otra, como un asunto de las relaciones con Estados Unidos. El primer aporte de Jorge en el Centro de Estudios Sociológicos del Colmex fue publicado en 1975, con el título *Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capital norteamericano.* Tiempo después se decidió crear un programa de estudios fronterizos que quedó a su cargo y se estableció una colección de publicaciones denominada *Frontera Norte*.

Debido a la relevancia de estos estudios y a la fortaleza del Programa de Estudios Fronterizos, surgió la idea de que éstos se realizaran en la frontera. Con el antecedente de la creación de El Colegio de Michoacán en 1979, se inició la elaboración de un proyecto para la creación de un centro de estudios fronterizos en el norte de México. En el mes de abril de 1981 se firmó un convenio con la Secretaría de Educación Pública para el establecimiento, en Tijuana, de un centro de estudios fronterizos como una extensión del Colmex.

En agosto de 1982, se firmó el acta constitutiva del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex) y en noviembre de ese año se instaló la Asamblea de Asociados. Desde luego que Jorge no fue sólo promotor, sino el primer director del Cefnomex. Muy pronto logró darlo a conocer en la comunidad de

la frontera y lo vinculó rápidamente con el Programa de Estudios Fronterizos de la Universidad de Texas y con el Center for U.S.-Mexican Studies de la Universidad de California en San Diego (UCSD). Otra alianza importante se dio con el Programa de Estudios Regionales de San Diego State University (SDSU).

El amplio grupo de profesores del Colmex, que se sumaron al impulso del entonces Cefnomex, estuvo conformado por especialistas de diferentes disciplinas y centros: del Centro de Estudios Sociológicos, participaron Hugo Zemelman, Fernando Cortés, Francisco Zapata, Gustavo Verduzco, Orlandina de Oliveira, Vania Salles, Vivian Brachet, María Luisa Tarrés y Rosa María Ruvalcaba; del Centro de Estudios Internacionales, se sumaron Gustavo Vega, Blanca Torres, Lorenzo Meyer, Sergio Aguayo, Ilán Bizberg, Francisco Gil Villegas, Soledad Loaeza y Rosario Green; del Centro de Estudios Urbanos y Demográficos, formaron parte Boris Graizbord, Gustavo Garza, Brígida García, Crescencio Ruiz Chiapetto, Manuel Ordorica, Gustavo Cabrera, Beatriz Figueroa y Francisco Alba; del Centro de Estudios Económicos, participaron Antonio Yúnez-Naude y Alfonso García Mercado; del Centro de Estudios Históricos, las profesoras Josefina Vázquez y Berta Ulloa; y del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, el profesor Luis Fernando Lara, sin faltar la emblemática profesora de cursos de redacción, Marta Elena Vernier.

Los participantes de esta larga lista de profesores y profesoras del Colmex generaron una ruta para participar de manera continua en las actividades, cursos y proyectos del entonces Cefnomex. Sin lugar a dudas, Jorge aprovechó al máximo sus vínculos amistosos y profesionales para sentar las bases de este nuevo proyecto institucional. Para muchos de ellos, Tijuana fue una oportunidad para disfrutar de la oferta gastronómica, sin faltar el clásico cruce de la frontera a San Diego y la realización de estancias en el entonces, también naciente, Center for U.S.-Mexico Studies de la UCSD, dirigido por el Dr. Wayne Cornellius. Sin duda, todos guardan

gratos momentos de estas experiencias, así como del papel que Jorge desempeñó como el primer secretario general del sindicato de profesores del Colmex en 1982.

Otro aspecto a resaltar es el apoyo crucial del Colmex para albergar la primera oficina de enlace del Cefnomex en la Ciudad de México. Por poco más de 10 años, esta oficina permitió entablar una comunicación más fluida con profesores y funcionarios públicos de la capital. De manera posterior a este período y debido a necesidades internas del Colmex, el espacio fue entregado y El Colef creó una nueva oficina de enlace en Coyoacán, nombrada como Casa Colef, lo que coincidió con una etapa de consolidación institucional que daría continuidad a los vínculos establecidos en la ciudad capital.

Jorge realizó gestiones directas con instituciones de gobierno para echar a andar proyectos y estudios que incidieran en el diseño y la evaluación de políticas públicas, con vínculos directos con titulares de instituciones federales y estatales como la Secretaría de Educación Pública (SEP), la Secretaría de Gobernación (Segob), la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) y la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), entre otras. Toda esta labor fue realizada primero desde el programa de estudios fronterizos del Colmex, y continuaría hasta consolidarse gracias a la fundación del Cefnomex y, posteriormente, de El Colef.

De manera adicional, Jorge creó un puente de comunicación que no existía entre la comunidad chicana de California, por medio de cursos y proyectos de vinculación que iniciaron desde el Colmex. El propio Jorge, en su capítulo «A 25 años de la fundación de El Colegio de la Frontera Norte», incluido en el libro *Voces de la memoria* (2009), refirió cómo en el origen de El Colef hubo una reflexión de carácter nacionalista, partiendo de que la mayoría de los datos sobre temas de desarrollo en el ámbito económico, social, ambiental y cultural de la frontera norte, se extraía de fuentes estadounidenses:

> La creación de El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana en 1982 trajo, desde sus primeras investigaciones, esa perspectiva binacional que faltaba en la concepción de región fronteriza, cuyos enfoques, sobre todo el histórico y el económico, tienen antecedentes profundos y brillantes del lado mexicano (Bustamante, 2009, p. 19).

Su continuo interés por dinamizar la relación de México con Estados Unidos, desde una perspectiva binacional, lo llevó a trazar lazos de proximidad con universidades e instituciones estadounidenses en la frontera con México en distintos momentos. De la misma manera, el estudio del fenómeno migratorio en nuestro país y la migración internacional hacia Estados Unidos, desde un enfoque situado, permitió que las primeras investigaciones e iniciativas de colaboración académica arrojaran resultados positivos y alentadores sobre la pertinencia, en la frontera norte de México, de una institución como El Colef.

Su compromiso y liderazgo lo llevaron a innovar metodologías y estrategias de trabajo de campo, además de proponer investigaciones novedosas como el proyecto Cañón Zapata en la década de 1980 (El Colef, 2019), dedicado al estudio de los flujos migratorios hacia Estados Unidos por Tijuana, en un momento de crisis con la administración estadounidense por causa del tema migratorio.

También realizó aportes desde el campo teórico en el estudio de los fenómenos de la relación fronteriza entre México y Estados Unidos. Por ejemplo, en el campo de las migraciones internacionales propuso el concepto de «circularidad de la migración», que «implica la inclusión de la experiencia migratoria a partir de la salida del hogar o de la comunidad de origen, en el espacio que el migrante cubre desde esa salida hasta su llegada a la frontera internacional» (Bustamante, 1997, pp. 318-361, citado en Bustamante, 2009, p. 30), y en el campo de la sociología política, el desarrollo teórico del concepto de «vulnerabilidad» de los migrantes como sujetos

de derechos humanos (Bustamante, 2002, pp. 165-171, citado en Bustamante, 2009, pp. 30-31).

Aunque no es posible describir sus numerosas contribuciones, los capítulos en este libro se articulan desde tres grandes enfoques que permiten dimensionar sus aportes. En primer lugar, desde la narración testimonial acerca de las experiencias personales y profesionales con amistades y colegas; en segundo, desde el análisis de sus contribuciones académicas; y por último, desde una mirada que profundiza en sus principales temas como los estudios sobre fronteras, las relaciones México-Estados Unidos, la migración internacional y la defensa de los derechos humanos de migrantes, todos abordados desde una lectura retrospectiva y actual, con discusiones prioritarias de recuperar en el presente.

El libro que se publica ahora, y que deriva del homenaje póstumo que se dio en su honor en junio de 2021, fue compilado gracias a Alberto Hernández de El Colef y Gustavo Verduzco de El Colmex, junto con los generosos aportes de autoras y autores que colaboraron con sus capítulos. Los convocantes del libro dieron seguimiento a la entrega y revisión del contenido capitular, invitando a investigadoras e investigadores de otras instituciones a colaborar. Además de la labor editorial, se realizó una búsqueda y curaduría fotográfica con imágenes de archivo sobre la biografía y trayectoria de Jorge A. Bustamante, la cual implicó la ubicación, selección, organización, digitalización y edición de las imágenes, mismas que se incluyen en el homenaje fotográfico en el cierre del libro.

En resumen, esta obra refleja la muy destacada trayectoria y grandes aportaciones de Jorge A. Bustamante, no solamente a los estudios relacionados con la migración internacional, sino también a su experiencia y capacidad para impulsar y dirigir instituciones académicas.

Escribir acerca de su obra es describir la vida de un gran mexicano, defensor de los derechos humanos, de la situación de los migrantes; interesado en disponer y contar con información precisa

y comprobable de los fenómenos sociales del país; comprometido con los muy diversos aspectos que investigaba, principalmente los estudios fronterizos de México y Estados Unidos.

Los trabajos de Jorge han sido reconocidos a nivel nacional e internacional, por lo que recibió múltiples distinciones como el Premio Nacional de Ciencias en 1988 y el Premio Nacional de Demografía en 1994, por mencionar algunas. Fue el primer investigador emérito de El Colef, así como profesor emérito de la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos, uno de sus últimos reconocimientos, recibido en 2017.

A Jorge A. Bustamante no sólo se le deben los estudios acerca de la migración y la frontera norte de México, sino también su voluntad inspiradora y visionaria para *Sembrar en el desierto* (2012), tal como tituló su libro de crónicas sobre los primeros 25 años de El Colegio de la Frontera Norte.

Expresamos un especial agradecimiento a todas y todos los colaboradores de este libro por sus valiosos aportes. También agradecemos a Gabriela Delgado y a Jhonnatan Curiel de El Colef, por el apoyo y puntal seguimiento desde el inicio de este proyecto hasta su publicación. De la misma manera, damos gracias al fotógrafo Alfonso Caraveo por la compilación del apartado fotográfico.

A todas y todos, gracias por hacer posible este libro en homenaje, ya que gracias a sus relatos, memorias, anécdotas e imágenes, nos acercan a una mirada más humana, honesta y afectiva del legado de Jorge A. Bustamante para la frontera norte de México, las Américas y el mundo.

Referencias

Bustamante, J. A. (1975). *Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capital norteamericano*. México: Colmex-CES.

Bustamante, J. A. (1997). C*ruzar la línea: la migración de México a los Estados Unidos.* México: FCE.

Bustamante, J. A. (2002). *Migración internacional y derechos humanos*. México: UNAM.

Bustamante, J. A. (2009). A 25 años de la fundación de El Colegio de la Frontera Norte. En M. Ceballos y L. Ojeda Revah (comps.), *Voces de la Memoria. XXV Aniversario de El Colegio de la Frontera Norte* (pp. 19-31). México: El Colef.

Bustamante, J. A. (2012). *Sembrar en el desierto: Crónicas de los primeros 30 años de El Colegio de la Frontera Norte*. México: El Colef.

El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). (12 de marzo de 2019). *Cañón Zapata, un estudio pionero sobre migración* | Hecho en la frontera [archivo de vídeo]. YouTube. Recuperado de https://youtu.be/WlTJoWk6orc

Un líder, tres identidades. Vida y trayectoria de Jorge A. Bustamante

Alberto Hernández

Hay personajes que se vuelven paradigmáticos para las personas que los conocen, pero también para los lugares que habitan. Su visión y voluntad inspiradora te motivan a llevar a cabo nuevos proyectos y continuar tu formación profesional, en busca de forjar una mirada renovada del lugar donde te encuentras y de la persona que eres.

Ésta es la influencia que Jorge A. Bustamante tuvo para tantos colegas y amigos. Sin duda, uno de mis grandes orgullos es haberlo conocido desde mi época de estudiante en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), por ahí de 1976. Poco tiempo después, tuve la oportunidad de que fuese mi director de tesis.

Por ésta y más razones, siento un profundo acercamiento a su vida –la cual estuvo llena de aventuras, retos, sueños y grandes compromisos sociales– que conocí en fragmentos gracias a los relatos de sus hermanas y hermanos, su entrañable primo Juan, sus hijos y otros amigos que lo conocieron desde su juventud.

Antecedente biográfico

Jorge Agustín Bustamante Fernández nació en la ciudad de Chihuahua, Chihuahua, el 23 de abril de 1938. Fue el primogénito de diez hijos: siete hombres y tres mujeres. Hijo de José Agustín

Bustamante, militar, y Eloísa Fernández, de procedencia michoacana, su experiencia de vida siempre estuvo ligada a la migración. Su infancia transcurrió entre Chihuahua, la Ciudad de México y Zamora, viviendo en esta última de los 6 a los 11 años.

Su vida en dicha ciudad fue memorable. Era la tierra de sus tías maternas, propietarias de un conocido cine en ese lugar, de donde vino su fascinación por las películas. Un tema que le inquietó desde pequeño fue la gran cantidad de migrantes que salían del bajío zamorano hacia Estados Unidos. De hecho, fue testigo directo del arranque del Programa Bracero. Sin duda, hallarse tan cerca de esa realidad marcaría su vida.

En 1950, la familia Bustamante se trasladó de Zamora a la Ciudad de México. A los 12 años, Jorge ingresó a la secundaria pública número 13 de la colonia Portales, donde fue compañero de aula de Carlos Monsiváis. La Conchita en Coyoacán sería su barrio de residencia por varios años. Miembro de una familia numerosa, buscó siempre ser un buen estudiante y ayudar a sus padres.

Durante su infancia participó, junto con el mismo Monsiváis, en el programa de radio *Reto a los Niños Catedráticos*, programa conducido por Milissa Sierra y por Álvaro Gálvez y Fuentes (el Bachiller) a finales de la década de 1940. Su virtuosa memoria y sus capacidades histriónicas lo hicieron figurar en ese programa como un destacado niño catedrático.

Formación profesional

En 1953, Jorge ingresó a la escuela preparatoria Academia Hispano-Mexicana, aunque un año después se cambió al Centro Universitario México, donde conoció y fue compañero de Sergio García Ramírez. Al terminar el bachillerato y decidirse por una carrera, pensó que en la familia hacía falta un abogado, puesto que ya había un cura, un arquitecto y un ingeniero. Fue así que en 1955 ingresó a la Facultad de Derecho en la UNAM, donde cursó

exitosamente sus estudios, acompañado de grandes maestros y colegas, teniendo como director de tesis al expresidente de México, José López Portillo.

En la universidad se reencontró con su compañero Sergio García. Este período significó el comienzo de lo que Bustamante recuerda como una de sus primeras reencarnaciones. Posteriormente, ejerció como abogado civil hasta 1967, actividad que abandonaría en busca de nuevos horizontes profesionales, entre ellos su ingreso como profesor de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma institución, apoyado por el Dr. Enrique González Pedrero y el Dr. Pablo González Casanova.

Por otra parte, su ingreso a la Universidad de Notre Dame en 1968 y el desarrollo de su investigación doctoral constituyeron importantes retos al estudiar la migración de mexicanos hacia Estados Unidos, cruzando él mismo como espalda mojada por el río Bravo. Esta experiencia lo marcaría profundamente para entender las vicisitudes de los migrantes, y lo llevaría a luchar por la defensa de sus derechos años después.

Ingreso al Colegio de México

A inicios de la década de 1970, el profesor Mario Ojeda conoció a Jorge A. Bustamante y de inmediato consideró que éste era la persona idónea para llevar a cabo los estudios sobre la frontera que El Colegio de México (Colmex) planeaba. Después de una gestión con el Dr. Rodolfo Stavenhagen, se le extendió a Bustamante una invitación a sumarse al proyecto, la cual aceptó, por lo que ingresó formalmente a la institución el 1.º de agosto de 1974. Esta etapa abrió la posibilidad de estudiar la frontera ya no desde el centro del país, sino *in situ* en el norte de México. En 1975, preparó un reporte sobre la crisis de las maquiladoras y su impacto en la vida de las mujeres obreras en Ciudad Juárez. También comenzó su vida como profesor del primer programa de doctorado en Sociología del

Centro de Estudios Sociológicos (CES) y trazó nuevas formas de realizar y difundir el trabajo académico.

Origen y fundación de El Colef

El origen y la fundación de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), a inicios de la década de 1980, están relacionados con una etapa de descentralización del Colmex, teniendo como antecedente al Colegio de Michoacán, fundado en Zamora en 1979. Con dos figuras intelectuales como Jorge A. Bustamante y Luis González, el impulso a las Ciencias Sociales y las Humanidades fuera de la capital del país cobraría gran relevancia en este período.

Bajo el nombre de Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), la institución impulsada por el Colmex estableció sus operaciones en la ciudad de Tijuana en enero de 1982. Con media docena de jóvenes investigadores, el Cefnomex poco a poco se fue haciendo más visible, y tuvo como meta la conformación de equipos de investigación a lo largo de la frontera norte.

En 1986, la institución cambió su nombre por El Colegio de la Frontera Norte, que en 1994 pasó a formar parte de la red de Centros Públicos de Investigación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). Múltiples actores e instituciones se requirieron para sentar las bases de este proyecto y alcanzar dicho objetivo.

Gracias a la presencia de El Colef, se abrieron oportunidades para investigadores e investigadoras en esta región con nuevas líneas de trabajo y experimentación en el uso de nuevas metodologías, así como en la aplicación de enfoques cuantitativos, cualitativos y mixtos para la investigación, hechos que representaron experiencias significativas y que tendieron puentes hacia colegas de otras latitudes, teniendo siempre como referente a su institución de origen, El Colegio de México.

Reflexiones finales

Aunque sus contribuciones y su legado se extienden tanto en México como en Estados Unidos, Jorge A. Bustamante hizo de la frontera norte su proyecto de vida. Si bien, su pasado chihuahuense fue un tanto simbólico, siempre manifestó el sentimiento norteño que llevaba consigo. Quizá una de estas raíces se distinguía en su tono de voz y también en su carácter ante situaciones adversas.

Fueron bastantes los proyectos que construyó gracias a su gran entrega y su espíritu incansable. Por ello, no resulta extraño que el escritor Carlos Fuentes lo hubiese nombrado el Apóstol de la frontera.

Por mi parte, puedo afirmar que el aprendizaje compartido durante casi cinco décadas me causó una fuerte impresión. Por ello, entre algunas de sus virtudes y cualidades puedo destacar las siguientes:

1) Sus tres identidades (chihuahuense, zamorana y capitalina).
2) Su memoria prodigiosa (don que lo destacó desde su infancia como niño catedrático).
3) Su creatividad, ingenio e inteligencia; virtudes que lo acompañaron durante su formación profesional como abogado y catedrático universitario.
4) Su mirada social y comprometida, que lo impulsó a desarrollar investigaciones con utilidad práctica y con un fin público.
5) Su voluntad inspiradora, algo que se sintetizaba en la frase del profesor Mario Ojeda cuando afirmó que el Dr. Bustamante «tenía un motor con dos carburadores». Por su parte, éste llamaba al profesor Ojeda, su «hermano mayor», y siempre le profesó gran respeto y admiración.
6) Su carisma y don de gentes, algo que se expresaba en sus vínculos profesionales con personajes y figuras del mundo

académico, político, periodístico y de la sociedad civil, pero también con el resto de las personas.

7) Su vocación por el estudio y la defensa de los derechos de los migrantes.

8) Su importante labor para visibilizar el fenómeno migratorio y la frontera norte, algo que plasmó en su faceta como editorialista en periódicos como *Excélsior*, *Unomásuno*, *La Jornada* y *Reforma*.

9) Su vitalidad para continuar los estudios sobre migrantes en las Américas, por medio de la Cátedra Jorge A. Bustamante: Migración y Derechos Humanos, que fue uno de los últimos proyectos en los que colaboró.

10) Finalmente, su figura como fundador de nuevas instituciones y forjador de nuevas generaciones. En mi caso, nunca pensé estar al frente del importante proyecto que creó, hecho que deja un testimonio sobre cómo te alentaba a conseguir aquello que creías imposible.

Fue un grato recuerdo y un privilegio celebrar sus ocho décadas de vida en el homenaje realizado en 2018. Por ello, estoy convencido de que las palabras y reflexiones compartidas en el presente homenaje póstumo continuarán honrando su memoria y sus contribuciones como el ser excepcional que siempre fue.

Tal y como sucede con los personajes emblemáticos que dejan huella, confío en que el legado y las enseñanzas de Jorge A. Bustamante seguirán presentes en las décadas por venir.

Vida michoacana.
Crianza y educación de Jorge A. Bustamante[1]

Martín González de la Vara

Vida michoacana

Durante sus primeros años de vida, Jorge Agustín Bustamante Fernández recibió una crianza familiar y una educación contrastantes –mas no necesariamente conflictivas– en Zamora, Michoacán, y en la Ciudad de México. Su padre, Agustín Bustamante Figueroa, era un oficial militar que presumía de ser masón y de haber participado en contra de la rebelión cristera de parte del Ejército Federal Mexicano. Por otra parte, su madre, Eloísa Fernández Balderas, pertenecía a una familia tradicional de entonces, muy numerosa, católica, y con fuertes vínculos con los cristeros. Pese a que las huellas de la rebelión aún estaban frescas, no hubo impedimento para que estos jóvenes se conocieran y se relacionaran.

El teniente Agustín Bustamante había tenido cierto entrenamiento en ingeniería. Por ello, le encargaban obras de carácter militar y, en ocasiones, también civil. Había sido destacado en Zamora como comandante del Primer Regimiento de Caballería y

[1] Este trabajo se basa en los recuerdos de varios residentes de Zamora sobre Jorge Bustamante, especialmente en los testimonios de su hermano, Carlos Bustamante, y de su prima hermana, Martha Irene Méndez Fernández.

se le había ascendido al grado de capitán, con el encargo de hacer construcciones en el cuartel local.

Agustín y Eloísa se conocieron precisamente en Zamora, mientras éste se encontraba acantonado en esa ciudad. El oficial Bustamante de alguna manera pudo trabar amistad con una familia de ideología tan distinta a la suya, y se dice que cortejaba a la joven Eloísa montando un caballo entrenado para llamar al portón de su casa, ubicada en la calle Melchor Ocampo. De las pláticas de balcón, la relación llegó al noviazgo y de allí al matrimonio, sin que se sepa de ninguna oposición familiar por parte de los Méndez Fernández, a pesar de tener orígenes sociales tan diversos.

Se casaron *por las tres leyes* en 1937, en una ceremonia religiosa privada oficiada por el obispo Manuel Fulcheri, entusiasta defensor de la pasada rebelión cristera. Los recién casados migraron a la ciudad de Chihuahua casi de inmediato, debido a las obligaciones laborales del marido. Fue allí donde el primogénito, Jorge Agustín, y el segundo hijo, Carlos, nacieron. Tres años más tarde, el capitán Bustamante fue acantonado en el pueblo de Zacapu, también en Michoacán, cercano a Zamora. Desde esa base, se encargó de la supervisión de varias obras civiles y militares en la región, como la estatua monumental de José María Morelos en la isla de Janitzio, los cuarteles y el arco de bienvenida de Zacapu, otro arco más en la ciudad de Jiquilpan, y algunas salas de cine en Zamora y en el mismo Jiquilpan, entre otras.

Debido a que la supervisión de estos proyectos mantenía al capitán Agustín en viajes constantes, en algún momento de 1946, el matrimonio Bustamante Fernández decidió que Eloísa y su creciente número de hijos se establecerían en Zamora de manera más o menos definitiva, mientras que él se encargaba de la manutención económica y los visitaba en cuanto se le presentaba cualquier oportunidad, especialmente los fines de semana.

De esta manera, en esos años, la crianza de Jorge Agustín y de sus hermanos quedó confiada en gran medida a la familia materna.

Los Bustamante Fernández se instalaron en una gran casa de varios patios y corral, en el número 68 de la calle Aquiles Serdán, donde nacerían varios hermanos más, hasta llegar a ser siete varoncitos. En Zamora, disfrutaron de la cercanía de una gran parentela compuesta por otras familias también numerosas. Podían visitar a sus primos Méndez, Fernández o Valencia a voluntad por las tardes y durante los fines de semana, por lo que era muy común que estos grandes grupos de chiquillos se juntaran en alguna de las casonas para celebrar juegos y hacer alguna que otra travesura.

La familia Fernández era, a la sazón, propietaria de varios cines en el occidente michoacano. Don Jesús Fernández de Castillo, padre de Eloísa, se encontraba a cargo del Gran Cine Ópera de Zamora, ubicado frente a la casa familiar de los Fernández, en la calle Melchor Ocampo, la misma en que se habían hecho novios, años antes, los ahora padres de familia Eloísa y Agustín. Éste se convirtió en uno de los lugares donde los primos se juntaban a menudo. Allí, la chiquillada podía ver las películas adecuadas para su edad casi a su antojo, asistir cuando quisiera a las variadas funciones teatrales, jugar y patinar a sus anchas en el amplio y elegante vestíbulo acuartelado en blanco y negro, e incluso, algunas veces, ser los cobradores en la taquilla del cine. Así mismo, gozaron de una ventana privilegiada al gran mundo de películas sobre la guerra, filmes de indios y vaqueros, comedias y dramas mexicanos, así como los indispensables noticieros cinematográficos.

En la relación de la familia Fernández con el cine también intervino el capitán Bustamante, quien ayudó a diseñar, reparar y construir varios recintos cinematográficos en ciudades cercanas, como La Piedad o Zacapu, por encargo de su familia política.

Junto a una crianza doméstica con grandes libertades, los hermanos Bustamante contaron con una educación formal un poco más estricta. Si bien no había disciplina militar ni mayores obligaciones religiosas en el hogar, se respetaban los horarios para levantarse, tomar las comidas necesarias y *recogerse* temprano en la

noche. Los hermanos Bustamante asistieron al Colegio Salesiano Cristóbal Colón, también ubicado en la calle Melchor Ocampo, a unos pasos de la casa familiar y del amado Cine Ópera.

El niño Jorge ingresó en esa escuela a partir del segundo año de primaria, y cursaría allí casi todo ese ciclo escolar. Al igual que sus hermanos y algunos de sus primos, se caracterizó por ser un alumno ejemplar, *de puro diez*. Hizo *buenas migas* con varios de los profesores de la escuela, como el prestigiado maestro Enrique Elizalde, con quien se dice tenía largas e interesantes conversaciones sobre distintos temas.

El interés de Bustamante por la lectura se despertó en su temprana niñez. Durante sus ratos de ocio, en compañía de algún primo o prima, leía ávidamente los libros que sus tíos tuvieran en sus casas. De lecturas de interés general, como la *Enciclopedia Grolier* o el multivoluminoso *Tesoro de la Juventud*, podía pasar a adaptaciones juveniles o incluso versiones originales de clásicos como la *Odisea* o la *Ilíada*. En ocasiones les pedía a sus tíos que le consiguieran tal o cual libro en sus viajes a las ciudades de Guadalajara o México. Además, oía con atención los noticieros radiofónicos y hacía toda clase de preguntas a los adultos para entender bien las noticias. Tenía una inteligencia muy despierta, pero seguía disfrutando de una niñez muy agraciada.

Vida en la Ciudad de México

El deseo paterno de encontrar una mejor educación para sus hijos fue, quizá, el motivo por el que la familia Bustamante Fernández se mudó a la Ciudad de México en 1950. Zamora carecía entonces de una escuela secundaria de calidad, mientras que la capital del país contaba con más opciones. Al capitán Bustamante se le ofreció la comandancia del distrito policial de Coyoacán, por lo que la familia se instaló en esa demarcación, en una casa de la calle Ignacio L. Vallarta, cercana al parque e iglesia de La Conchita

y a la Fábrica de Papel Coyoacán. Allí, la familia recibió a sus últimos miembros: tres niñas, con las cuales el número de retoños llegó a diez.

En su nuevo domicilio se encontraron con un ambiente de barrio que les ayudó a olvidar la nostalgia por su vida zamorana, aunque no perdían oportunidad de visitar a su parentela en cuanto les era posible. Las calles eran entonces lugares seguros para jugar y, adjunto a la fábrica, había terrenos abiertos y banquetas amplias donde se podía patinar.

El ya joven Jorge cursó la secundaria en la escuela Hispano Americana de la fundación Mier y Pesado, situada a unas cuadras de su casa, en la calle General Anaya. Cuando tenía alrededor de doce años, acudió junto con su hermano Carlos a participar en un concurso de la radiodifusora XEW para encontrar a *Los niños catedráticos*. El programa se trataba de que el público hiciera preguntas a los pequeños y éstos recibían premios de hasta 50 pesos por cada respuesta acertada. Fue así que los dos hermanos fueron escogidos como *catedráticos*, aunque Jorge tuvo una participación mucho mayor que la de Carlos. El dinero ganado en la radio se les daba en bonos del Banco de Comercio y podían cobrarlo años más tarde.

En cosa de un año, el programa se mudó a la naciente televisión mexicana con el nombre de *Reto a los niños catedráticos*, bajo la dirección del Bachiller Álvaro Gálvez y Fuentes, figura fundadora de la radio y la televisión culturales en nuestro país. En estos programas, el joven Jorge sobresalió por su desempeño junto a otro niño de nombre Carlos Monsiváis. Además, en la XEW, los hermanos Bustamante convivían con dos parientes de su familia zamorana: sus tíos Manuel Bernal –conocido como Tío Polito– y Enrique Alonso (Cachirulo), quien tuvo que dejar de lado su apellido real –Fernández– porque su padre no consideraba honorable la profesión de actor.

Su participación en el programa obligó a Jorge a volcarse en los estudios con mayor profundidad, pues poco a poco las preguntas

se volvían más complejas. A lo largo de las emisiones, se convirtió en un especialista en etimologías, y en el ánimo de conocer todas las respuestas se pasaba tardes y noches en la Biblioteca México de la demarcación de Coyoacán. Trabajó en el programa hasta los quince años, pues ya era un tanto maduro como para ser considerado un niño.

Durante los fines de semana, los hermanos Bustamante practicaban varios deportes en algunos terrenos cercanos y en un baldío junto a la fábrica que los jóvenes convirtieron en parque de ejercicios. Jorge destacó como interior izquierdo en la práctica de su deporte favorito: el futbol.

Posteriormente, el joven comenzó su educación media superior en una preparatoria oficial, pero ésta no fue de su agrado, por lo que decidió ingresar en otra con mejor nivel académico. Como tenía un *dinerito* propio, ganado en el programa de televisión, decidió utilizar una parte para que él y su hermano Carlos se inscribieran en el Centro Universitario México, un prestigioso colegio marista ubicado en la cercana colonia Del Valle de la capital.

Allí, los hermanos Bustamante se sintieron a sus anchas y comenzaron a vislumbrar sus futuras carreras profesionales. Convencido de que quería ser abogado, Jorge empezó a trabajar en el bufete jurídico de su tío Armando del Castillo Franco, quien llegaría a ser presidente de la Cámara de Diputados y gobernador de Durango. Inició su trabajo llevando a cabo trámites de divorcios, pero para la época de su ingreso a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, ya contaba con cierta experiencia en asuntos jurídicos.

Poco a poco, la niñez y la familia zamoranas comenzaban a salir del mundo de Bustamante. Con cada vez menos períodos vacacionales, las visitas a su ciudad de origen se fueron limitando a las fiestas decembrinas, volviéndose más esporádicas, pero nunca olvidó la importancia de ese lugar y de su amplia parentela en su propia formación como persona.

No cabe duda de que una infancia feliz y una temprana adolescencia, en la cual aprendió a asumir sus responsabilidades, ayudaron a que Jorge desarrollara el carácter sociable y la capacidad de trabajo que lo caracterizaron durante toda su vida.

Para Jorge A. Bustamante: el colega y amigo

Sergio García Ramírez

En su baluarte de Baja California, El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) libra batallas por la ciencia y los derechos humanos, que peligran dondequiera. A él debemos valiosas investigaciones sobre el *mundo fronterizo*, sus cuitas innumerables y las mujeres y los hombres que lo pueblan, así como sobre diversas circunstancias que debemos conocer, analizar y resolver, y que son abordadas por los investigadores y profesores de El Colef, como se le conoce dentro y fuera de México. En este artículo me refiero a uno de sus creadores y moradores más destacados, activos y fecundos. El establecimiento de esta institución implicó arduas negociaciones en los círculos de poder que tomarían la decisión, una vez entendida y aprobada la necesidad de su creación. En ellas estuvo presente, laborioso y persuasivo, el personaje al que aludiré. Lo estaría durante muchos años en el curso de la vida, ya larga, de El Colef. Y lo está ahora mismo, en la viva memoria de sus alumnos y colegas.

El Colef, generoso, me ha invitado a participar en un proyecto que celebro y que agradezco en lo mucho que vale. Se trata de reconocer la excelencia de la vida y obra de Jorge Agustín Bustamante Fernández, ilustre fundador de esta institución, con quien mantuve una estrecha amistad, para mí muy apreciada, hasta su fallecimiento. Guardo con predilección la experiencia de esa amistad y del compañerismo que nos unió a partir de nuestra primera juventud, hasta la muy avanzada madurez de ambos.

Él partió primero. Diré que *migró*, para usar una expresión que le sería familiar. Seguramente me aguarda con la sonrisa franca y el gesto fraterno con que siempre saludó nuestros encuentros. No le haré esperar mucho tiempo.

Bustamante Fernández fue un académico de primera línea que honró su profesión y también a México. Descolló en los estudios superiores de su doble dominio: el Derecho, espacio en el que coincidimos y marchamos juntos, y la Sociología. Avanzó largamente en el camino de su especialidad como conocedor de los problemas que plantea la migración internacional. Estudioso infatigable y comprometido, militó en El Colegio de México y emprendió la fundación de El Colef, abierto sobre el mar de Baja California y el horizonte infinito que alienta las investigaciones, ampliamente reconocidas, que esta institución realiza con esmero y acierto.

Como antes dije, Bustamante debió cumplir la travesía política y administrativa que esa tarea fundacional exigió en los corredores, siempre inciertos, de la Secretaría de Educación y la presidencia de la República. Ahí contó con aliados que vieron con buenos ojos su empeño y le franquearon la puerta. Sus mejores compañeras fueron las buenas razones que impulsaron la iniciativa. Quienes hemos participado en tareas de esta naturaleza conocemos las dificultades –abrumadoras, decimos mientras hacemos guardia en las antesalas de los altos funcionarios– que es preciso resolver, y el riesgo perenne, una vez creada la institución, de que ésta naufrague entre los vientos de la política y la economía. Vientos de fronda. Surgió El Colegio y no ha naufragado, sino que ha bogado con firme derrotero.

Bustamante no se confinó en el aula del catedrático ni en el cubículo del investigador. Se atrevió a cruzar la frontera entre México y Estados Unidos a título de migrante indocumentado y sufrir las vicisitudes que depara esta condición. Más tarde, narraría su compleja navegación, fuente de reflexiones vitales y académicas y de conocimientos de primera mano. Se valdría de aquéllos y de

éstos para encauzar sus propias tareas y enriquecer las que emprenderían, de su mano o en su cercanía, muchos colegas y discípulos. Su experiencia provee un buen ejemplo de la mutua fecundación que resulta de la vida académica, llevada a fondo, y de la experiencia práctica, adquirida a la intemperie.

El trabajo bien cumplido hizo de Bustamante Fernández el referente necesario para los académicos y funcionarios que requieren luz en su aproximación a los procesos migratorios. Me constan las frecuentes llamadas que aquéllos –sobre todo los oficiantes de nuestras relaciones internacionales– le hicieron para proponerle proyectos y problemas, ideas y sugerencias, que el experto profesor analizaría con generosidad, objetividad y dedicación. En estos menesteres sirvió mucho, siempre para bien, la excelente relación que el catedrático mexicano estableció con profesores estadounidenses, e igualmente con líderes y agrupaciones muy activas de residentes en Estados Unidos de América. Bustamante los conoció con puntualidad y ellos también lo conocieron y distinguieron con aprecio, sabedores de su buena voluntad y de su honradez intelectual. Le agradezco nuevamente la forma en que tendió el puente del que yo me valdría, en mi época de servidor público, para acceder a ese mundo complejo y valioso.

Además, este importante personaje obtuvo preseas de gran relevancia, como el Premio Nacional de Ciencias, y ocupó cargos de sumo prestigio, para su bien y el de los destinatarios de sus tareas, como el de relator de Naciones Unidas en asuntos migratorios. Fue ésta la materia de sus afanes en favor de esa vasta comunidad de *vulnerables* –para utilizar una expresión en boga–, a los que se distingue por ser siempre los *otros*, los *advenedizos*, los *extraños* en la tierra a la que dirigen sus pasos y donde quieren reanudar su vida. Los migrantes pretenden plantar sus tiendas donde otros han elevado las suyas, y sufren el rechazo e incluso la violencia de quienes los tachan de intrusos y tratan como enemigos.

Personalmente, tuve la oportunidad de beneficiarme con la ciencia y la experiencia de Jorge Bustamante en algunas tareas en la jurisdicción interamericana. El Tribunal de San José requirió sus aportaciones, en más de una ocasión, para esclarecer puntos de su especialidad, sujetos a la justicia supranacional. Destacaré su presencia, a título de experto –perito en asuntos migratorios–, cuando la Corte regional analizó las posiciones de los Estados, de los expertos y de los actores del sistema interamericano en general, para emitir la *Opinión Consultiva 18/03*, en torno a la Condición jurídica y derechos de los migrantes indocumentados. La Corte deliberó sobre este asunto en Santiago de Chile, sede de esas sesiones externas del Tribunal, a donde acudió el perito mexicano.

Catedrático notable en México y en Estados Unidos –como se sabe en la Universidad de Notre Dame, en la que nuestro personaje desempeñó la cátedra por muchos años–, Bustamante cuenta con publicaciones de necesaria consulta para juristas, sociólogos y politólogos, entre ellas las que figuran bajo el sello editorial del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cabe mencionar que tanto en este instituto, como en la Facultad de Derecho, dictó conferencias que escuchamos con gran interés.

Hace algún tiempo –lo preciso: el 4 de junio de 2018–, El Colef organizó una ceremonia en homenaje a Jorge Bustamante. Esta celebración debía reunir, como en efecto ocurrió, a un grupo de sus amigos y colegas en el foro de aquella institución. Figuré entre los invitados, pero lamentablemente se cruzaron en mi camino circunstancias adversas que no pude evitar, y me privé de concurrir, físicamente, a la celebración en torno a Jorge. Sin embargo, los organizadores de El Colef y mi Instituto de Investigaciones Jurídicas me facilitaron el acceso virtual. Presenté, por medio de la pantalla que me permitió comparecer, un mensaje de solidaridad con el distinguido académico y amigo, mensaje que adoptó la

forma de una carta leída por mí y escuchada por Bustamante y por los asistentes al homenaje.

Ahora, El Colef me permite agregar este mensaje a los textos, mucho más valiosos que el mío, que otros autores aportan para la obra colectiva que el lector tiene en sus manos, y culminar estas líneas con el texto que leí ese 4 de junio de 2018. Lo agradezco y reitero las palabras que entonces expresé a Bustamante Fernández y que hoy debe recibir nuevamente, dondequiera que se encuentre, con amistosa benevolencia. Enseguida transcribo mi carta de entonces, que es también una carta de ahora, al querido profesor.

Querido Jorge:

Los avatares de la agenda y la logística –que en todo se meten– me han privado del placer –o mejor dicho, del honor y la alegría– de acompañar a los colegas que se han reunido en El Colef –tu criatura, hoy en plena madurez– para hacer el homenaje que merecen tu vida y tu obra; y algo más: tu hombría de bien, acreditada desde los remotos años que compartimos en nuestra primera juventud.

Pero no hay agenda ni logística que me impidan concurrir a esta celebración por la vía electrónica, que acorta o suprime las distancias y permite a los amigos reencontrarse, como lo hago ahora, para reiterar afecto y aprecio y compartir viejos recuerdos, que forman parte de la frescura de la tercera edad.

Tengo a la mano, querido Jorge, una fotografía que nos muestra sonrientes –o casi–, bien peinados, alineados y uniformados, cuando concluimos la preparatoria en el Centro Universitario México, una estación de nuestra vida. Estamos en la misma fila de condiscípulos, y en ella nos hemos mantenido con constancia puntual. Te haré llegar esa fotografía para tu solaz.

De nuestra convivencia en la Universidad Nacional Autónoma de México hay muchas anécdotas que no podría referir ahora. No dejo de lado, sin embargo, porque está muy firme en mi memoria y en la de testigos de ese tiempo, tu examen de licenciatura en

Derecho. Te acompañé como integrante de un jurado que destacó la excelencia de tus estudios. En él figuraban quien sería presidente de México, Miguel de la Madrid, profesor de Derecho constitucional, y José Gamas Torruco, catedrático de la misma materia.

También evocaré lo que podríamos llamar un *momento de decisión*. Sucedió que nos reunimos en el local que entonces ocupaba el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad –creo que todavía como Instituto de Derecho Comparado– en la Torre de Humanidades. Te confié que me haría cargo de la dirección del flamante Centro Penitenciario del Estado de México y te invité a embarcarte en esa aventura, compartiendo riesgos y esperanzas.

No emprendimos juntos la navegación penitenciaria. Tu vocación muy firme, bien cimentada, te condujo hacia otros horizontes. En este camino, elegido y transitado con gran acierto, has tenido un desarrollo humano y profesional que enorgullece a la legión de tus amigos y sirve a la muchedumbre de tus compatriotas. En el momento de decisión, decidiste bien.

No sólo estudiaste estos temas hasta doctorarte con excelencia, sino que cruzaste la línea divisoria entre México y los Estados Unidos –que pudo ser divisoria entre esta vida y la otra– en calidad de *ilegal*, y supiste lo que se siente existir bajo esta condición. Así que has sido gran teórico, pero además práctico en la dura trinchera de la que muchos hablamos y que tú conoces de primera y propia mano.

Te convertiste en el experto de mayor renombre en el conocimiento de los problemas –gravísimos– que suscita la migración internacional. Eres punto de referencia para quienes deseen internarse en esos pagos, habitados por millares, millones, de *vulnerables* como se dice en el diccionario internacional de los Derechos Humanos.

Creaste El Colegio de la Frontera Norte, institución descollante, asociada para siempre a tu iniciativa y a tu competencia. Recibiste un Premio Nacional de Ciencias. Te desempeñaste como relator de Naciones Unidas. Asesoraste al Gobierno de

México e inquietaste al de nuestro poderoso vecino septentrional. Militaste –y militas y militarás– en causas siempre arduas y siempre dignas.

No puedo olvidar –¿cómo podría?– la mano que me brindaste para orientar mis pasos cuando fui –o mejor diré: fuimos– a Los Ángeles para celebrar en esa plaza, durante varias jornadas, la independencia de México con la representación del Presidente, cuando se acostumbraba este género de festejos y de representaciones antes de que la República –la nuestra– se retrajera. Fue en el distante 1985, unos días antes del terremoto.

También debo recordar tu asistencia, a título de experto non, a un período de sesiones de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en Santiago de Chile, para ilustrar a los magistrados acerca de los asuntos que angustian a los trabajadores migrantes indocumentados que se internan en un país ajeno con el frágil amparo de sus derechos fundamentales. Con éstos resisten las andanadas de las políticas migratorias, laborales, económicas. Y soportan algo más, las arremetidas de un adversario mayor, contra el que has librado batallas estupendas: la xenofobia.

Años después, nos vimos en España, donde compartimos la docencia sobre temas de nuestros respectivos intereses en la Universidad Autónoma de Madrid y en el Instituto Cervantes. Y hoy mismo coincidimos en tareas académicas, tú como director y yo como tu segundo a bordo, en la conducción de una buena tesis doctoral en El Colef acerca –¡quién lo diría!– de los migrantes indocumentados, ya no en el desierto del norte, sino en la selva del sur.

No debo tomar más tiempo del tuyo y del que corresponde a quienes ahora te rodean. Con la venia de tu Instituto y del mío, que han sabido mover las fronteras del conocimiento, añado mi voz y mi testimonio al homenaje que se te hace. Puedes estar satisfecho, querido Jorge, de los años que has entregado a la experiencia y a la ciencia. Vienen más. Ya los celebraremos. Por lo pronto, recibe un fraternal abrazo, en el que no sé qué estrecha más: si el afecto o la admiración.

Un admirado y respetado colega: Jorge A. Bustamante

Josefina Zoraida Vázquez

Agradezco a los organizadores la invitación a participar en este merecido homenaje a Jorge Bustamante. Traté a Jorge a lo largo de muchos años, ya que lo conocí en la Universidad de Texas en Austin (UT), allá por 1964 o 1965, al impartir un seminario sobre relaciones entre México y Estados Unidos. Por entonces, la UT estaba alterada por el creciente número de estudiantes mexicano-estadounidenses y la animosidad con que algunos intolerantes anglos molestaban a sus compañeros en plena clase. Ese ambiente me agobió. El tema de mi curso parecía conjugarse y era tan incómoda la situación que llegué a proponerle al Dr. Stanley Ross, por entonces director del Centro de Estudios Latinoamericanos, suspender el curso. Al doctor Ross le sorprendió mi propuesta y me informó que en realidad el curso tenía éxito, tanto que se habían inscrito más alumnos, por lo que me resigné a continuar. Después de mi clase, pasaba gran parte del día trabajando en un carrel que me habían asignado en la hoy Benson Latin American Collection. Una mañana, al pasar por el pasillo para salir a tomar el *lunch*, descubrí una oficina sobre estudios fronterizos con el nombre de Jorge. Recordé la recomendación de Mario Ojeda de visitarlo y el comentario de don Américo Paredes –profesor del Departamento de Inglés y descendiente de mexicanos instalados en Texas desde antes de la llegada de colonos, persona gentil e inspiradora, estudioso de la cultura fronteriza–

de que me iba a invitar a cenar para presentarme a Jorge, «un investigador serio y de gran capacidad de comprensión». Eso me decidió a tocar su puerta. Él mismo me abrió y me recibió cordialmente con una gran sonrisa. De inmediato congeniamos y, como estaba listo para tomar su *lunch*, me sugirió ir juntos a la cafetería del Museo Lyndon B. Johnson, donde con un sándwich, alguna fruta y un vaso de leche empezamos a charlar. Seguramente le pregunté cómo se había interesado en la frontera y enseguida mencionó que, como fronterizo, el interés lo había acompañado toda su vida, por lo que al momento de escoger tema para su tesis doctoral en la Universidad de Notre Dame se decidió por la migración, y para tener una experiencia de primera mano, había decidido irse como ilegal. Dada mi inclinación romántica, de inmediato despertó mi admiración y respeto por haberse expuesto a esa amarga experiencia para comprenderla en toda su dimensión.

Por mi parte, le comenté mis problemas con el choque entre estudiantes anglos y *chicanos*, término que empezaba a usarse como definitorio. Con su tradicional comprensión, me tranquilizó, pues era el clima general y me aseguró que el ambiente se iría calmando al tiempo que los estudiantes se interesaran en el tema, lo que en efecto sucedió, ya que al llegar el fin del trimestre me despidieron con flores y notas muy cariñosas, las que seguramente conservo entre mis papeles.

No obstante, una de las tristes experiencias quedó grabada en mi memoria. La UT ofrecía cursos variados e interesantes, no curriculares. Decidí aprovecharlos y me inscribí en el de *hatha yoga* y en otro que despertó mi curiosidad, anunciado como *Assertive Teaching*, que más tarde descubrí era para orientar a jóvenes que empezaban a enseñar. Me informaron que tenía que aceptar, sin aviso previo, que un equipo tomara un video de una de mis clases, para analizarlo y calificarlo (*assertive, negative* o a*gressive teaching*) en la sesión vespertina. El día que tomaron el video de mi clase, se había producido el más molesto de los incidentes. Un estudiante

anglo, desde el primer momento había empezado a molestar a sus compañeros chicanos, y la animosidad había crecido tanto que temí que llegaran a los golpes. Como se trataba de un curso general para *undergraduates*, yo daba la clase caminando entre los estudiantes. En un momento recordé que el molesto estudiante se apellidaba Long, como uno de los primeros filibusteros del siglo XIX en Galveston, de manera que acerqué mi cara a la suya, al tiempo que le decía: «señor Long, creo que usted debe ser descendiente del famoso filibustero Long ¿verdad?». Todos soltaron una carcajada y el problema se disolvió.

El incidente no me dejó buen sabor de boca, de manera que cuando en la tarde empezó a proyectarse el video tomado esa mañana me di cuenta de que se trataba de mi clase y sentí que me sonrojaba. Al iniciar el análisis y el proceso de calificación, no podía ni respirar. Para mi sorpresa, por unanimidad me calificaron como *assertive*, y la profesora comentó que mi acción podía considerarse un buen modelo para disolver un incidente grave. Cuando se lo conté a Jorge, le hizo mucha gracia y me comentó: «Se nota tu experiencia en la UNAM».

Desde el primer momento, él mereció mi admiración y, para mi fortuna, tuvimos oportunidad de mantener el contacto, sobre todo porque no tardó en aceptar la invitación de Mario Ojeda, secretario general de El Colegio de México (Colmex), de trasladarse y fundar ahí un Programa de Estudios Fronterizos. Por suerte, seguimos en contacto posteriormente, cuando nos dejó para fundar su propio proyecto: El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Fui varias veces invitada a participar en congresos o reuniones académicas como ponente, comentarista y hasta simple visitante, tanto en Tijuana como en El Colef, cercano a Ensenada. En una ocasión me invitó a sumarme: «Vente al Colegio y estaremos completos». Comprendí que para su institución era importante contar con alguien con estudios en Historia de Estados Unidos. Sin embargo, para mí, era difícil dejar el Colmex, que se había convertido en mi

casa, y aunque la vida en la capital era difícil, en ella se encontraba no sólo mi familia, sino también mis orígenes.

Mario y yo siempre consideramos fundamentales las investigaciones de Jorge sobre migración y, desde luego, apreciamos su lucha por los derechos humanos. En varias ocasiones, al hablar de la colonización de Texas y su declaración de independencia, alguna vez comenté a una afirmación suya: «Eso hay que cambiarlo, Jorge, se te olvida que por entonces ellos eran los ilegales», lo cual era cierto, pues desde el principio, los colonos desafiaron los términos de lo que ellos interpretaron como invitación y descaradamente no cumplieron con las condiciones de ser católicos y no introducir esclavos. Muchos entraron sin permiso, ya que la gran frontera que compartíamos era imposible de vigilar por estar despoblada, lo que la hacía muy permeable, en especial junto a una sociedad expansiva. Para colmo, la política mexicana fue torpe, y aunque quiso imitar la política migratoria de Estados Unidos, mantuvo la de la Corona Española. Ésta, preocupada por el abandono en que dejaba a sus súbditos al obligar Napoleón a España a retrotraer la Luisiana española y tener que ceder después las Floridas para cancelar deudas que le reclamaba y, en especial, para negociar una frontera definida entre Nueva España y Estados Unidos, decidió invitar a sus exsúbditos a pasar a Texas, cediéndoles territorio de manera prácticamente gratuita, así como introducir sus aperos, además de otorgarles siete años exentos de todo impuesto.

Sobre esta base, el viejo Moses Austin, exresidente de la Luisiana española, solicitó permiso para colonizar un gran terreno con 300 personas. El gobernador de Texas, interesado en promover el poblamiento, tramitó dicho permiso, al tiempo que el comandante general de Provincias Internas lo aprobó. Pero Moses murió y su hijo Esteban decidió aprovechar esa concesión, seguida de varias otras que incluían áreas prohibidas a la colonización como las costas. Al llegar a instalarse, el gobernador le aconsejó dirigirse a México para obtener la confirmación de la concesión, porque éste

había declarado su independencia. Al llegar a la capital, se encontró con muchos estadounidenses que solicitaban concesiones, pero dado que Austin contaba con una previa de la Corona, no tardó en ser reconocido. Además, a diferencia de los otros, era educado y hablaba español, lo que le permitió moverse fácilmente entre el grupo radical con cuyo apoyo contaría.

Para entonces, se habían asentado muchos norteamericanos que distaban de tener permiso. Algunos cruzaban el río Nueces como prófugos de la justicia, o simplemente, por carecer de dinero para comprarse un pedazo de tierra en el norte, se instalaban sin permiso alguno en donde podían.

Todo esto conversaba con Jorge, pero sería en otra visita posterior que aumentaría mi admiración por su capacidad para obtener datos más precisos. La institución todavía se ubicaba en Tijuana. Él me mostró las instalaciones y sus progresos, y me habló sobre lo mucho que le preocupaba no contar con datos exactos y confiables del número de migrantes mexicanos que aprovechaban la noche para colarse al otro lado. Después de darle vueltas, había decidido comprar unas buenas cámaras y fotografiar las sombras de los que cada noche violaban la vigilancia. Esta muestra de su capacidad imaginativa para encontrar respuestas a las exigencias de la investigación me pareció realmente genial y consagró mi gran admiración por él como investigador.

Otra de mis visitas fue a El Colef, ya instalado en el edificio cerca de Ensenada, frente al mar, donde envidié profundamente la gran oficina de director con vista al Pacífico. Los que habíamos asistido a esa reunión fuimos invitados a su departamento a un cóctel muy especial, lo cual me descubrió otra fase de Jorge. Su hogar tenía un balcón con *jacuzzi* que permitía tomar su baño mientras disfrutabas del mar viendo las ballenas saltar a lo lejos, y todo ahí mostraba un Jorge casi sibarita que sabía disfrutar la vida.

Mientras estuvo en el Colmex, tuvimos un trato constante, pues nos encontrábamos en los pasillos, así como en reuniones

académicas o sociales. A mí me interesaban históricamente las fronteras, así que él me dio algunos consejos para considerar ángulos interesantes, e incluso leyó y comentó algunos artículos, ofreciéndome críticas siempre atinadas. Más tarde, cuando empezó a tener problemas de salud, pasé a sustituirlo en el Comité Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República, lugar que después ocupé al retirarse Víctor Urquidi.

En una reunión de este Comité, acudimos representantes del área de Ciencias Sociales y Humanidades para mostrar que también estas materias contribuían a resolver problemas mexicanos. El grupo de Ciencias Sociales presentó varias investigaciones, entre ellas una que nos impresionó mucho sobre los Mara Salvatruchas. Jorge y yo decidimos presentar una gran aportación de las Ciencias Sociales, realizada por Víctor Urquidi para combatir la idea de Luis Echeverría de que «gobernar era poblar». Aquél había intentado varias veces mostrarle el peligro que implicaba seguir creciendo al ritmo que lo hacía, anunciado por las proyecciones demográficas hechas por Gustavo Cabrera y Raúl Benítez. Éstas predecían que, para 2000, el país tendría 130 millones de habitantes, lo cual sería insostenible. Yo tenía noticias de ese dato por Urquidi, pero a Jorge se lo había contado el propio Echeverría, a quien, durante una invitación de un fin de semana, le había presentado esta prospectiva y lo había convencido del peligro; tanto, que se había iniciado una discreta campaña a través de los medios de comunicación que repetía «la familia pequeña vive mejor», además de establecer el Consejo Nacional de Población. Con nuestros datos, mostramos con orgullo un logro de las Ciencias Sociales y Humanidades ante el cual palidecían muchos de los logros de las ciencias duras, que sin duda no podían competir con haberle *ahorrado al país 30 millones de habitantes.*

Como Jorge, yo también he gustado de llevar a cabo investigaciones colectivas, especialmente con mis alumnos o exalumnos, a los que he invitado a compartir artículos para algunos libros y

cumplir con invitaciones como la del Senado para publicar los Planes de la Nación Mexicana. Sin embargo, fue en 1994 que, al darme cuenta de que estábamos a dos años del sesquicentenario del inicio de la guerra con Estados Unidos –evento poco estudiado– inicié una investigación colectiva para estudiarla desde el centro, que yo conocía, pero también desde los estados, aprovechando que estos doctorandos se habían dispersado por el país, lo que permitiría darle un enfoque global más comprensivo. Claro que yo distaba de tener la capacidad de Jorge para conseguir fondos para proyectos ambiciosos, de manera que los reuní y logré que mi convocatoria resultara convincente y los entusiasmara. El hecho de no contar con financiamiento no me detuvo. Reuní a alrededor de 20 colegas y los convoqué a estudiar un tema. Formamos un grupo y en la marcha obtuvimos el generoso apoyo tanto de mi institución como de las suyas, lo que nos permitió reunirnos periódicamente para discutir problemas y revisar los avances que íbamos logrando. Yo traté de conseguir el apoyo del Conacyt y llené los formatos de cada uno de los integrantes, sin resultado. Pero tuvimos suerte y en estas dos décadas y media hemos logrado terminar y publicar cuatro libros con investigación seria de temas importantes olvidados. A lo largo del proceso, tuve siempre presente la figura de Jorge, pues mucho me había hablado de la importancia de llevar a cabo investigaciones colectivas.

Mario Ojeda, que también vivió la experiencia de *ilegal*, le tuvo gran respeto a Jorge. Los dos admirábamos su tesón y compromiso, y los tres compartíamos un sentimiento de simpatía por nuestros compatriotas obligados a dejar sus lugares de origen en búsqueda de un mejor futuro, que muchas veces sufrían un trato abusivo, pero que mantenían su sentido nacional. Durante sus últimos años, Jorge y yo nos encontramos en distintos aeropuertos, tres veces en ciudades canadienses, esperando vuelos en sentidos contrarios, pero con esperas suficientes para ponernos al día. Todavía lo vi en una reunión, ya bastante enfermo, y me dio pena

verlo mal. Pero mi admiración por su entrega, su capacidad como investigador y su creativa imaginación para diseñar métodos para encontrar datos precisos permanece intacta. Por eso, oír en la radio las noticias de su temprana muerte, pues era algo más joven que yo, me causó profunda tristeza. Sin embargo, me consuela que nos haya dejado el orgullo de su lucha por hacer investigación sobre la migración y los derechos humanos y que, por fortuna, su empeño traspasara nuestras fronteras.

Concluyo expresando la satisfacción de que El Colef continúe respondiendo a sus esfuerzos y de que el Colmex se haya unido a este homenaje tan merecido para Jorge Bustamante.

Jorge A. Bustamante y los estudios sobre las migraciones de México a Estados Unidos

Gustavo Verduzco Igartúa

Agradezco el honor de participar en este homenaje a Jorge A. Bustamante junto con mis colegas de los dos colegios, pero especialmente con nuestros exestudiantes del Centro de Estudios Sociológicos (CES) y del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA). En los párrafos que siguen, haré una breve exposición sobre algunos aspectos del importante aporte de Jorge a los estudios sobre la migración de México a Estados Unidos, aunque, por limitaciones personales, solo podré cubrir algo de lo mucho que realizó en este campo.

Conocí a Jorge allá por 1977, en una visita que hice desde Austin, cuando me encontraba en el programa del doctorado en Sociología en la Universidad de Texas. Recuerdo que lo encontré en uno de esos cubículos un poco raros que había en la colonia Roma, muy cerca del edificio de El Colegio de México (Colmex), en la calle de Guanajuato. Lo fui a ver porque sabía que estaba estudiando el tema de las migraciones a Estados Unidos, que a mí me empezaba a interesar. En esa primera visita descubrimos que ambos teníamos mucho en común con la ciudad de Zamora, aunque ninguno de los dos habíamos nacido ahí, situación que volvimos a comentar en otras ocasiones en que platicamos. A lo largo de los años, nos encontramos muchísimas veces en reuniones académicas. Admiré y estimé a Jorge, pues me enseñó mucho sobre el

estudio de las migraciones de los mexicanos a Estados Unidos, y es de esto de lo que quiero hablar ahora, aunque de manera limitada.

Comienzo aclarando que en la década de 1970 este tema era muy poco visible a nivel nacional, y todavía muy distinto a como luego fue evolucionando. A nivel general, se sabía que había existido un llamado *contrato bracero*, en el que había participado un gran número de trabajadores mexicanos, y que a pesar de su conclusión en 1964, seguían acudiendo muchos, sólo que de manera no documentada, lo que causaba frecuentes fricciones en varios lugares de la frontera norte entre las autoridades de ambos países, así como en el ámbito de sus relaciones internacionales.

En lo laboral, continuamente se reportaban abusos por parte de empresarios agrícolas estadounidense, así como comportamientos discriminatorios hacia estos trabajadores. Pero aunque la prensa de aquellos años daba alguna cuenta de este tipo de informaciones, el tema migratorio sólo parecía importante en algunas pequeñas zonas del país, principalmente en el Bajío y en ciertas áreas del amplio norte mexicano. Sin embargo, para quienes teníamos experiencias y contactos con la zona de Zamora, Michoacán, este punto no sólo era central, sino que venía de muchos años atrás.

En ese *Bajío zamorano*, como lo llamó Luis González –historiador del Colmex y más tarde fundador de la otra institución hermana, El Colegio de Michoacán–, hubo copiosas migraciones hacia Estados Unidos desde las décadas de 1920 y 1930; posteriormente, durante el lapso del contrato bracero (1942-1964) y, finalmente, hasta los tiempos de Jorge como investigador del tema. En los años en que lo conocí, en Zamora aún había sobrevivientes trabajadores de esas épocas; no sólo campesinos y ejidatarios, sino también quienes habían sido prósperos terratenientes o comerciantes venidos a menos, sobre todo durante la conflictiva década de 1920, debido a las inseguridades de los años revolucionarios y de la Cristiada. Eran testimonios muy vivos que –quienes habitábamos Zamora– escuchábamos a menudo en boca de nuestras parentelas y

conocidos. Todos ellos tenían historias de Chicago, de California y de Texas, principalmente. Pero en la ciudad michoacana esas migraciones a Estados Unidos no eran cosa del pasado, sino que también formaban parte de ese presente que abarcaba las décadas de 1960 y 1970. Pueblos como Chavinda, El Llano, Ario de Rayón, Ecuandureo y muchos más enviaban a sus jóvenes a trabajar en Estados Unidos como indocumentados. Estas experiencias de aquel terruño zamorano marcaron a Jorge tanto como a mí.

En este sentido, una ventaja fue que él se adelantó en el tema y empezó a desarrollar estrategias de investigación que luego serían de gran utilidad tanto para los análisis que se llevaron a cabo, como para la instrumentación de algunas políticas iniciales.

Un punto central en el pensamiento de Jorge, según aparece en sus escritos, es que no debía considerarse ilegal un fenómeno laboral que respondía a las condiciones de oferta y demanda. De ahí su insistencia en no hablar de *trabajadores ilegales* sino *indocumentados*. Esto a algunos les parecía trivial, pero de ninguna manera lo es.

Además, es importante destacar que, en los años previos al Estudio Binacional del que hablaré más adelante, Jorge había puesto mucho empeño y dedicación para contar con datos de calidad y con estudios científicos que dieran cuenta de la magnitud y las características de las migraciones mexicanas a Estados Unidos. Por ello, entre otras cosas, ideó junto con otros investigadores, el proyecto del llamado Cañón Zapata, que luego devino en las encuestas de migración en la frontera (las Emif), que han sido una fuente muy importante de datos a lo largo de los años.

Así mismo, luchó por concientizar a las autoridades y a la gente del Gobierno de México, no sólo respecto a las necesidades de investigación sobre el tema migratorio, sino sobre la importancia de incluir una visión nuestra frente a los estadounidenses. A esto que digo ahora con prisa, Jorge le dedicó mucho esfuerzo por medio de su pluma y de sus entrevistas con muchas personas, no

sólo en México sino también en Estados Unidos. Principalmente hablaba con funcionarios del Gobierno, con el propósito de hacerlos conscientes de la importancia del tema, así como de la necesidad de contar con información válida y clara sobre varios aspectos del fenómeno migratorio. Fue así como en Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) comenzó a incluir preguntas al respecto en el censo de población.

De igual forma, influyó para que se iniciaran algunos proyectos sobre el tema, como la Encuesta Nacional de Emigración a la Frontera Norte y a Estados Unidos (ENEFNEU), de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, en 1979, la cual fue pionera en dar cuenta de conocimientos sólidos al lado de las primeras estadísticas con soporte técnico. Posteriormente, junto con las influencias de Gustavo Cabrera y Raúl Benítez Zenteno, colaboró en el impulso para la aplicación de la primera Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid), en 1992, que incluyó una batería de preguntas sobre aspectos de la migración a Estados Unidos.

Con estas nuevas experiencias de investigación, nuestro panorama de conocimiento del tema se amplió enormemente porque, junto con los empeños de varias instituciones académicas, tuvo lugar una participación clara y decidida por parte del Consejo Nacional de Población (Conapo), que en esos años había cobrado gran fuerza.

Aunado a lo anterior, Jorge ya habitaba en la frontera norte, región que lo había colocado más cerca no sólo del tema migratorio, sino de la problemática fronteriza más amplia. El proyecto del Cañón Zapata, por ejemplo, sirvió para acercarlo vivamente a todas aquellas personas que intentaban cruzar hacia Estados Unidos y conocer de cerca algunos de los problemas del cruce. Fue así como se dio cuenta de la situación de explotación que quienes intentaban cruzar sufrían por parte de rateros y de autoridades mexicanas. De ahí nació la idea de formar el llamado Grupo Beta, con el fin de proteger mejor a aquellas personas. Como sabemos, ese grupo

ha existido desde entonces y ha brindado protección a muchísimas personas a lo largo de toda la línea fronteriza. Personalmente, en varias ocasiones he tenido la oportunidad de viajar con algunos de sus integrantes y ser testigo del enorme servicio que prestan a los migrantes desvalidos que continuamente aparecen por los diversos rumbos de la frontera.

Más adelante, por 1995, colaboré con Jorge como colega en el Estudio Binacional de la Migración México-Estados Unidos, en el cual participamos 20 investigadores, 10 de Estados Unidos y 10 de México. Los dos años que duró el estudio fueron de tal intensidad que tuve la sensación de estar cursando otro doctorado. Para varios de nosotros, las circunstancias eran muy desiguales. En primer lugar, las discusiones se daban sólo en inglés; por otro lado, varios de los investigadores estadounidenses eran acompañados por estudiantes que les ayudaban en todo, mientras que nosotros sólo contábamos con nosotros mismos para buscar la información que nos era necesaria. Aunque las reuniones eran muy cordiales, no dejaba de existir un tufo de superioridad de los estadounidenses respecto a nosotros, pues creían que sus datos eran los únicos de calidad. Sin embargo, al final del estudio les quedó claro que en México poseíamos no sólo datos e información de excelencia, sino investigadores serios y confiables. Sin duda alguna, parte de estos acervos mexicanos los debíamos a los esfuerzos previos de Jorge ante las autoridades para conseguir que se llevaran a cabo investigaciones sobre el tema. Además, en toda esa experiencia fue muy importante su participación, no sólo por su amplio conocimiento, sino por su empuje al presentar los argumentos. Esto fue crucial.

Recordando el Estudio Binacional, he releído también para esta ocasión algunos de los trabajos de Jorge, sobre todo de los primeros años. Por un lado, me llama la atención lo mucho que hasta ahora hemos avanzado en estos estudios pero, por otro, había olvidado la plenitud de falsos estereotipos y la gran ignorancia sobre el tema que existía en aquel tiempo. Uno de aquéllos,

prevaleciente entre nosotros los mexicanos, era que las migraciones a Estados Unidos eran una *válvula de escape* que nos favorecía porque permitía que muchos huyeran de la pobreza y obtuvieran dólares que, a su vez, favorecían a las familias mexicanas. Pero, por otra parte, en el país del norte esto se percibía como un abuso, ya que quienes iban a trabajar allá supuestamente les quitaban el empleo a los trabajadores estadounidenses. Esta pobre visión nuestra apoyaba la percepción americana, que veía en esas movilizaciones una supuesta *invasión silenciosa* que les causaba gran temor. Esto fue particularmente terrible en los años del gobernador Pete Wilson en California.

En contraparte, en varios de los escritos de Jorge, él insistía en que se trataba de una situación simple de oferta y demanda laborales, y que esto es lo que había que entender y atender. También hacía hincapié en que las causas de los flujos migratorios se encontraban en México y no en Estados Unidos y que había que atenderlas desde aquí.

Recuerdo que durante el Estudio Binacional nos pasamos todo un día discutiendo en Chicago. Los integrantes del equipo mexicano argüíamos que los migrantes aportaban mucho a la economía de Estados Unidos, mientras que el equipo estadounidense afirmaba que más bien representaban una carga muy fuerte a sus servicios y nada de beneficios. Desde luego, esto sería impensable en una discusión seria actual, pero eso fue lo que ocurrió en aquel momento. Frente a este tipo de reacciones, Jorge era implacable con sus claros argumentos en favor de los trabajadores de México y de las ventajas que ellos le procuraban al país vecino.

Otro tema que manejó constantemente en sus escritos y presentaciones fue el de la asimetría de poder en las diversas relaciones que había y que hay entre los dos gobiernos, así como entre los empresarios estadounidenses y los trabajadores de México. Pienso, por otra parte, que en los últimos años este tema ha quedado borrado en nuestras agendas de investigación, cuando es

central y debería ser atendido. México significa muchísimo para Estados Unidos; pero no hemos podido planear cómo contrarrestar esa asimetría que actúa en contra nuestra.

Previo a la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), a Jorge le parecía totalmente injusto (e irracional) que en las negociaciones entre los dos gobiernos no tuviera cabida un convenio laboral, cuando a lo largo de la historia había existido una clara imbricación de nuestros trabajadores en su mercado. La visión o el pretexto de rechazo por parte de Estados Unidos era que un arreglo de este tipo sólo tendría razón de darse en el contexto de un mercado común y no en el de un mero acuerdo comercial como el TLCAN. Sin embargo, lo que ha sucedido a lo largo del último cuarto de siglo posterior a aquella firma ha sido que la población mexicana nacida en México pero residente en Estados Unidos pasó de apenas dos millones de personas en aquellas fechas a más de 12 millones para la época contemporánea. Esto sin contar a los millones de personas que en todos esos años han ido a trabajar allá de manera temporal. Ante esto, uno se pregunta si podría haber mayor imbricación laboral que la que existe y ha existido entre nuestros dos países.

Jorge tenía toda la razón y es por ello que habría que volver a preguntarse a su manera: ¿cómo es que lo laboral no ha estado presente en estos tratados? Y diríamos ahora, ¿cómo es que no le ponemos atención a lo que significa y ha significado esa imbricación laboral tan intensa?, ¿cómo es que no traspasamos esta realidad al contexto de unas políticas más apropiadas en la relaciones entre los dos países?

No cabe duda de que ha ocurrido muchos cambios en el tema migratorio y en el de nuestras conexiones con Estados Unidos. Pasamos de una situación poco visible y de menor migración en la década de 1970 a otra de muy intensas migraciones hasta el pico máximo de 2007, en que hubo más de 700 000 cruces, la mayor parte como indocumentados. Luego, por diversas razones, esa

intensidad disminuyó y dio paso a otra etapa donde poco a poco bajó el flujo de los indocumentados, a la vez que creció el número de migrantes documentados temporales, que han llegado a ser más de 250 000 por año. Estos datos, todavía muy poco conocidos por nuestros gobernantes y por el público general, resultan contundentes sobre lo que sigue significando nuestra imbricación en el mercado laboral estadounidense.

Frente a este panorama, sin duda, surgen nuevos retos. Antes veíamos como injusto que se criminalizara al migrante indocumentado por ofrecer su trabajo. Actualmente, estos cientos de miles de trabajadores temporales van con documentos y por ese motivo no se les criminaliza más, pero no quedan exentos de situaciones de inaceptable explotación laboral. Este último tema continuamente se menciona en los escritos de Jorge a lo largo de los años, particularmente en lo que respecta a los trabajadores agrícolas, y desafortunadamente continúa ahí, esperando un mejor destino.

No cabe duda de que la trayectoria de Jorge ha estado llena de enseñanzas de todo tipo, sobre todo en los campos académicos y de las políticas públicas. En el primero, sus esfuerzos se enfocaron a promover una formación científica sólida desde la enseñanza y las investigaciones, a partir principalmente de la creación de El Colegio de la Frontera Norte, con sedes a lo largo de dicha zona, el cual, como sabemos, ha llegado a ser una institución de excelencia a nivel internacional. Por otro lado, en cuanto a la promoción de políticas públicas en un sentido amplio, sus esfuerzos ayudaron a integrar nuevos acercamientos al tema migratorio, así como al de las relaciones fronterizas. El aporte de Jorge ha constituido un gran paso en este camino tortuoso al que deberán seguir muchos otros a partir de nuestros propios esfuerzos.

Muchas gracias, Jorge A. Bustamante.

Respecto a la obra de Jorge A. Bustamante. Una lectura de sus contribuciones a los estudios sobre migraciones y fronteras

Liliana Rivera Sánchez

Introducción

El objetivo de este capítulo es llevar a cabo una lectura de algunas de las principales contribuciones de la obra de Jorge A. Bustamante a los estudios sobre migraciones y fronteras en México. El texto se organiza en dos partes. La primera contiene una breve descripción del contexto histórico y el ambiente académico en el que emerge y se inserta la obra de Bustamante, desde los primeros años de la década de 1970. En la segunda parte se reseñan algunos de los aportes a los estudios sobre la frontera México-Estados Unidos y las migraciones entre ambos países, destacando varios de los conceptos y categorías que caracterizan la obra de este autor y que prevalecen a lo largo de cinco décadas de producción académica. Finalmente, se pretende situar la relevancia y contemporaneidad de los estudios realizados por Bustamante.

Contexto histórico, ambiente académico y orígenes de una obra

El origen de la obra académica de Jorge A. Bustamante se localiza entre finales de la década de 1960 y principios de 1970. Sus publicaciones iniciales tienen lugar en un escenario latinoamericano caracterizado por diversas movilidades. Primero, por las migraciones internas entre el campo y la ciudad, como consecuencia de los

procesos de industrialización y urbanización de las grandes ciudades en esta subregión, mismos que generaron procesos de desarrollo desigual entre regiones urbanas y rurales, como producto de las fuertes medidas de ajuste económico implementadas en el campo (Herrera y Nyberg-Sorensen, 2017; Rivera, 2017). Segundo, por la emergencia de ciertos flujos de exiliados desde el cono sur, derivados del arribo de gobiernos militares y de la persecución política en varios países de dicha zona del continente[1] (Palma, 2006). Tercero, por un incremento notable de la migración indocumentada de México a Estados Unidos, luego del cierre del Programa Bracero en 1964, por un lado, pero también como consecuencia, por otro lado, del incremento en la demanda de mano de obra en el suroeste estadounidense, en un ciclo de expansión económica durante la segunda mitad de la década de 1960 (Bustamante, 1972a, 1977b). Cuarto, por el crecimiento exponencial de las expulsiones de migrantes indocumentados de Estados Unidos a México en los últimos años de la década de 1960 y principios de 1970 (Bustamante, 1972a).

En este contexto de variados procesos de movilidad, los estudios sobre las migraciones, realizados durante las décadas de 1960 y 1970 en América Latina, se concentraron, fundamentalmente, en documentar las migraciones masivas de las regiones rurales a las ciudades, y en explicar las modalidades que adoptó el llamado proceso de modernización en la región (Germani, 1969). Más que analizar la migración internacional –la cual se observaba

[1] El llamado exilio latinoamericano, ocurrido en el siglo XX, se localiza entre finales de la década de 1950 y principios de 1980. En él se cuentan argentinos, uruguayos, chilenos, brasileños y, más tarde, guatemaltecos y salvadoreños. No obstante, de acuerdo con Palma (2006, p. 156), en términos de volumen, no fue numeroso el contingente de exiliados del cono sur que llegaron a México, pero fue relevante debido a que su arribo se inscribió en una política de asilo ejercida por el gobierno mexicano, y específicamente en la década de 1970 se vinculó con la política exterior implementada por el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976).

fundamentalmente desde las sociedades de arribo, por ejemplo, desde Estados Unidos u otros países receptores de migrantes–, los interesados en el tema y sus efectos sociales se abocaron a documentar sobre todo la dinámica de las migraciones internas y las llamadas migraciones temporales, utilizando marcos explicativos ligados a las perspectivas histórico-estructural y de la modernización, además de que se llevaron a cabo investigaciones inspiradas en la perspectiva neoclásica (Rivera, 2017; Rivera y Domenech, 2021).

En México, si bien los estudios sobre la emigración, y específicamente sobre la migración de mexicanos a Estados Unidos, tienen su origen a principios del siglo XX, con Manuel Gamio (1930) y Paul Taylor (1930), fue hasta la década de 1980 que la investigación sobre las migraciones hacia Estados Unidos se consolidó en un campo de conocimiento específico[2] y, de forma paralela, continuaron los estudios sobre las consecuencias sociales de las migraciones internas. Por lo anterior, no es fortuito que el número inaugural de la revista *Estudios Sociológicos* (en 1983), de El Colegio de México, por ejemplo, contenga tres artículos relacionados con los procesos migratorios, uno de ellos precisamente de Jorge A. Bustamante (1983), en el cual aborda la política de inmigración de Estados Unidos a lo largo de varias décadas y muestra sus contradicciones, al analizar, desde una perspectiva histórica y relacional, el reforzamiento de las medidas de control fronterizo, y como contraparte, la necesidad de mano de obra en los campos agrícolas de aquel país. Los otros dos artículos, uno de Lourdes Arizpe y otro de Claudio Stern, versan sobre los efectos sociales, económicos y culturales de la migración interna en México (Arizpe, 1983; Stern, 1983). Esta publicación refleja con nitidez

[2] Hacia finales de la década de 1980 se publicó *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from the Western Mexico*, de Massey *et al.* (1987), reconocida como una de las obras que contribuyeron a la consolidación del campo de estudio sobre la migración de mexicanos a Estados Unidos (Rivera, 2017).

el abordaje de los procesos migratorios en esa época en dos ámbitos diferentes; el primero de ellos quizá menos desarrollado en esos años, sobre la política migratoria y la migración internacional (Herrera y Nyberg-Sorensen, 2017).

Es así como la obra de Jorge A. Bustamante cobra relevancia y singularidad desde sus primeros escritos, al iniciar la década de 1970. Tres de sus primeras publicaciones (1971, 1972a, 1972b) dan cuenta de un diálogo, primero, con los precursores de los estudios sobre la inmigración a Estados Unidos, quienes estaban mayormente concentrados en analizar el proceso de asimilación e inserción en la sociedad americana, a partir de incluir variables como nacionalidad, etnicidad y raza, entre otras, para dar cuenta de los procesos desiguales de integración social; y segundo, con quienes desarrollaron la sociología urbana desde la perspectiva de la desviación social y el estudio de los *outsiders*, ambos localizados en la llamada Escuela de Chicago de Sociología. Lo anterior permite observar la impronta de dicha corriente en la formación académica de Bustamante como sociólogo y, en general, la influencia de la academia norteamericana en el desarrollo de su trayectoria como investigador.

Específicamente, en el artículo *The "Wetback" as Deviant: An Application of Labeling Theory* (Bustamante, 1972a) hay un análisis de las redes de relaciones sociales de los llamados *wetbacks*, tomando como unidad de análisis la interacción social. A partir de las entrevistas realizadas por Bustamante en la frontera entre México y Estados Unidos en 1969, en este artículo se analizan las diversas formas de explotación de los migrantes mexicanos que atraviesan el río Bravo de forma indocumentada y se internan en Estados Unidos, observando las interacciones entre éstos y distintos actores (empleadores en los campos agrícolas, trabajadores agrícolas mexicano-americanos, legisladores y la patrulla fronteriza, aplicando la perspectiva de etiquetamiento y desviación social, recuperada de la obra de Becker (1963).

A partir de esta perspectiva, Bustamante analiza las diversas interacciones de los migrantes indocumentados y el proceso de estigmatización social al que están sujetos, para explicar cómo es concebido el cruce fronterizo –desde las leyes migratorias y sus políticas de implementación en la frontera entre México y Estados Unidos–, como un acto ilegal o como una conducta desviada del inmigrante, al llevarlo a cabo sin respetar los procedimientos. Sin embargo, de manera simultánea, Bustamante muestra también cómo es interpretado el cruce por los otros actores involucrados en esa interacción –en este caso, los posicionados como *wetbacks*–, pues es concebido como un acto que «se justifica a favor de sus propios intereses» (Bustamante, 1972a, p. 713) o como una forma de respuesta al reforzamiento de las leyes migratorias en Estados Unidos.

Estas concepciones iniciales en la obra de Bustamante son significativas para comprender la relevancia que adquirió –en los años posteriores– el análisis de la dinámica de la frontera México-Estados Unidos y de la política migratoria entre estos dos países. Ambos intereses temáticos se vislumbran desde sus primeras obras, publicadas a principios de 1970, en las que se remonta a los cambios en las leyes migratorias de Estados Unidos desde la década de 1920 (Bustamante, 1974, 1977a, 1977b, 1979).

Aportes a los estudios sobre la frontera México-Estados Unidos y la migración indocumentada

La relación entre las políticas migratorias y la dinámica de los flujos migratorios en la frontera entre México y Estados Unidos constituye, sin lugar a dudas, la coordenada analítica que atraviesa la obra de Jorge A. Bustamante. Con una mirada histórica que da cuenta de procesos que configuran relaciones y condicionan interacciones, el autor sugiere una compleja concepción de región fronteriza, la cual parte nuevamente de una lectura de las

relaciones históricas y las interacciones sociales recurrentes entre actores en esa frontera, y entre dos espacios fronterizos, contiguos y dinámicos, pero asimétricos por su localización entre Estados nacionales con posiciones diferenciadas en la geopolítica internacional, pero además entre espacios caracterizados por ser altamente desiguales, en términos de los niveles de desarrollo económico y la dinámica de los mercados de trabajo en la región fronteriza México-Estados Unidos (Bustamante, 1979, 1997a, 1997b).

Esta conceptualización de la frontera norte de México como un espacio relacional, con lógicas que hablan de una dinámica de interconexión histórica e interacciones fluidas en ciertos ámbitos, tales como la formación de una cultura transfronteriza y la herencia mexicano-estadounidense, además del reconocimiento paralelo de que se trata de regiones altamente desiguales en términos estructurales, constituye una pieza clave en la obra de Bustamante, y uno de los mayores aportes intelectuales para el desarrollo de los estudios fronterizos, y para comprender la complejidad de la migración México-Estados Unidos en los años subsecuentes (Velasco, 2021).

La migración indocumentada a través de la frontera México-Estados Unidos se volvió un objeto de estudio en el campo de la migración de mexicanos a ese país. Se reconoció la migración irregular como una forma específica de cruzar la frontera retando los controles y dispositivos jurídicos que regulan el acceso, por tierra, de México a Estados Unidos. Este tipo de migración entre estos dos países contiguos se diferenció de otras formas de movilidad y circulación de personas a través de la frontera, como la de quienes entran a Estados Unidos con visa de no inmigrante, de turista principalmente, y luego consiguen un empleo, generalmente con niveles de educación y de calificación laboral mayor que el promedio de los migrantes indocumentados, quienes tienden a residir en ciudades fronterizas (Bustamante, 2000).

Así, el estudio de la migración indocumentada, luego la migración irregular de México a Estados Unidos, se convirtió en

el referente empírico de las investigaciones realizadas por J. A. Bustamante durante cinco décadas de su vida. Una de las más productivas y fascinantes que emprendió fue el proyecto Cañón Zapata, iniciado en 1987. Éste tuvo como propósito monitorear la migración irregular a través de la frontera México-Estados Unidos mediante dos vías: una fue la recolección sistemática de datos, con estadísticas seriadas que dan cuenta de los cambios en las características socioeconómicas de los migrantes indocumentados, y otra, por medio de la toma de fotografías desde una colina en la ciudad de Tijuana (Bustamante, 2000). Esta investigación generó información valiosa para entender la dinámica de los flujos irregulares que se vuelve casi imposible de medir en cualquier frontera entre países, por lo que representa una experiencia única, fascinante y creativa de investigación.

La recolección de datos para documentar los flujos migratorios de entrada y salida de México a Estados Unidos se llevó a cabo tres días a la semana (viernes, sábado y domingo) desde septiembre de 1987. En el año 2000, Bustamante hizo un balance a diez años de este ejercicio de recolección y sistematización de datos, realizado mediante entrevistas individuales con base en un cuestionario que en principio era largo y que con el tiempo se fue ajustando y reduciendo para que efectivamente fuera respondido por los migrantes.

En este balance se mostró la consolidación de algunas premisas y categorías relevantes que se fortalecieron a partir de información empírica, como la circularidad migratoria, un concepto que le permitió explicar la persistencia y las grandes dimensiones que caracterizaron a los flujos migratorios irregulares de México a Estados Unidos a lo largo del siglo XX (Bustamante, 2000).

A partir de los hallazgos en el proyecto Cañón Zapata, Jorge A. Bustamante retomó y problematizó algunos de sus presupuestos básicos de partida, y refinó la idea de la circularidad migratoria como una categoría totalizadora de la experiencia migratoria, y la de migración irregular como una relación social, como lo había

delineado desde sus primeros escritos en la década de 1970. Ahora con evidencia empírica, se refinaba también la explicación de la recurrencia de esta práctica del cruce indocumentado y la circularidad como una interacción dinámica, en la que el migrante indocumentado se localiza en una situación de *vulnerabilidad estructural,* en esa relación asimétrica de poder que rige la dinámica de la frontera México-Estados Unidos, con consecuencias tanto objetivas como subjetivas en la vida de los migrantes, entre otras, la negación de los derechos básicos y la estigmatización social en la sociedad estadounidense (Bustamante, 2000).

Estos aportes a los estudios –tanto de las movilidades como de las fronteras– son centrales para comprender los efectos que en la actualidad tienen la exacerbación de las políticas de control migratorio sobre las regiones fronterizas, la implementación y el reforzamiento de las políticas migratorias, así como los dispositivos implementados para regular los flujos a través de la frontera México-Estados Unidos, como mecanismos que perpetúan la asimetría histórica entre ambos países. Adicionalmente, es importante reconocer que la categoría de circularidad migratoria y la experiencia de investigación del proyecto Cañón Zapata constituyeron los antecedentes de la Encuesta sobre Migración Internacional en la Frontera Norte de México (Emif Norte), cuya metodología se derivó precisamente de la noción de circularidad, y en ella se sustentó el muestreo de poblaciones móviles para luego diseñar un muestreo sistemático de flujos migratorios continuos.

Por último, el legado de la obra de Jorge A. Bustamante quedaría inconcluso si no se mencionara su labor como fundador del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex) en 1982, actualmente El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Sin duda, esta institución constituye el centro de investigación y enseñanza especializado en los estudios fronterizos y migratorios entre México y Estados Unidos, con una trayectoria consolidada y reconocida a nivel internacional.

Referencias

Arizpe, L. (1983). El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, *1*(1), 9-33.

Becker, H. S. (1963). *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance.* Nueva York: Free press.

Bustamante, J. A. (1971). Through the Eyes of a Wetback; a personal experience. En J. Samora (edit.), *Los mojados: The Wetback Story*. South Bend, Indiana: Notre Dame Press.

Bustamante, J. A. (1972a). The "Wetback" as Deviant: An Application of Labeling Theory. *American Journal of Sociology*, *77*(4), 706-718.

Bustamante, J. A. (1972b). Don Chano: autobiografía de un emigrante mexicano. *Revista Mexicana de Sociología*, *33*(2), 333-374.

Bustamante, J. A. (1974). *Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capitalismo norteamericano.* Ciudad de México: Colmex-CES.

Bustamante, J. A. (1977a). El debate sobre la invasión silenciosa. *Foro internacional, XVII*, *3*(67), 403-417.

Bustamante, J. A. (1977b). Undocumented Immigration from Mexico. *The International Migration Review*, *2*(11), 149-177.

Bustamante, J. A. (1979). El estudio de la zona fronteriza México-Estados Unidos. *Foro internacional*, *XIX*, *3*(75), 471-516.

Bustamante, J. A. (1983). La política de inmigración de Estados Unidos: Un análisis de sus contradicciones. *Estudios Sociológicos*, *1*(1), 93-119.

Bustamante, J. A. (1997a). Mexico-United States Labor Migration Flows. *The International Migration Review, 31*(4), 1112-1121.

Bustamante, J. A. (1997b). *Cruzar la línea. La migración de México a Estados Unidos*. Ciudad de México: FCE.

Bustamante J. A. (2000). Migración irregular de México a Estados Unidos. Diez años de investigación del proyecto Cañón Zapata. *Frontera norte*, *12*(23), 7-49.

Gamio, M. (1930). *Mexican Immigration to the United States: A study of human migration and adjustment.* Estados Unidos: University of Chicago Press.

Germani, G. (1969). *Sociología de la modernización*. Buenos Aires: Paidós.

Herrera, G. y Nyberg-Sorensen, N. (2017). Migraciones internacionales en América Latina: miradas críticas a la producción de un campo de conocimientos. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, *21*(58), 11-36.

Massey, D., Durand, J., Alarcón R. y Gonzalez, H. (1987). *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*. Berkeley: University of California Press.

Palma, Mónica (2006). *De tierras extrañas. Un estudio sobre la inmigración en México 1950-1990.* México: INM/INAH/DGE-Ediciones.

Rivera Sánchez, L. (2017). De la migración interna a la migración internacional en México. Apuntes sobre la formación de un campo de estudio. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, *21*(58), 37-57.

Rivera Sánchez, L. y Domenech, E. (2021). Sociology of Migration in Latin America: Formation and Development of a Field of Study. En X. Bada y L. Rivera (edits.), *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America* (pp. 415-432). Nueva York: Oxford University Press.

Stern, C. (1983). Redistribución de la población y principales corrientes migratorias en México. *Estudios Sociológicos*, *1*(1), 121-149.

Taylor, P. (1930). *Mexican Labor in the United States: Imperial Valley*. Berkeley: University of California Press.

Velasco Ortiz, L. (2021). Migration, Borders and Identity in Latin America. En X. Bada y L. Rivera (edits), *The Oxford Handbook of the Sociology of Latin America* (pp. 449-464). Nueva York: Oxford University Press.

Sobre Jorge Bustamante: tres momentos profesionales

Francisco Alba

Mi aproximación a la trayectoria de Jorge Bustamante pretende anclarse en varios descriptores –experiencias y proyectos, migraciones, colega y amigo–. Intentando darle un sentido a éstos, todos presentes en la vida de Jorge Bustamante, considero que su trayectoria bien podría calificarse de *exitosa y rica* o *plena e influyente*.

Imposible recorrer, así fuera someramente, esa trayectoria en unos pocos minutos o pocos párrafos. Un tal recorrido, por cierto, en manera alguna se me ha solicitado. Sin embargo, he optado por presentar tres momentos de la misma en los cuales interactué más particularmente con Jorge; momentos en los que *nuestros caminos se cruzaron* con particular intensidad, empleando esa manida y ampliamente utilizada expresión. Esos tres momentos son: sus años como profesor-investigador en El Colegio de México (Colmex); los años de la elaboración del Estudio Binacional sobre Migración México-Estados Unidos, o los años del Grupo Binacional México-Estados Unidos sobre Migración; y sus años como relator especial de las Naciones Unidas para los Derechos de los Migrantes.

Sobre los años en El Colegio de México

Abordo esa etapa de la trayectoria de Jorge Bustamante desde la óptica de lo que pudo haber significado como una experiencia

peculiar en el contexto de una vida dedicada a la investigación. Aunque nuestros años en El Colegio –parte de la década de 1970 y los primeros años de la década de 1980– no se traslapan del todo, ni en el tiempo ni en el centro de adscripción –Jorge se encontraba en el Centro de Estudios Sociológicos (CES); yo, en el entonces Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED)–, sí lo hacen, en buena medida, su bien fundado y sólido interés en la migración México-Estados Unidos y en la región fronteriza del norte de México, y mi incipiente interés en el fenómeno migratorio y en la misma región.

A distancia, gran parte de esa etapa puede verse como un largo período de preparación para un gran proyecto de investigación no sólo personal sino institucional; un proyecto de vida, de esa vida plena, exitosa e influyente. Fueron años en los que se gestó un campo de estudio sobre la frontera con las peripecias en el cruce de los migrantes y con las interacciones entre y en las zonas fronterizas de México y Estados Unidos. Su experiencia de *investigación participante* seguramente lo sensibilizó con la importancia del dato, y el valor de la experiencia empírica como punto de partida.

Muchas de las ideas y proyectos de esos años no podían ser ejecutados por un solo individuo, pues su materialización requería una base institucional. Pensar y preparar el camino para ésta fue también parte de la experiencia en el Colmex. En efecto, de esta institución se desprendió otra nueva que, en sus inicios entre 1982 y 1988, reveladoramente se llamaría Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), antes de convertirse en El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Esta institución llevaría a cabo encuestas, recabaría información, generaría y procesaría datos sobre magnitudes, dinámicas, características y condiciones del cruce de los migrantes en ambos sentidos (desde el país de origen y en el retorno al mismo). Así, el proyecto Cañón Zapata se transformó en la Encuesta sobre Migración Internacional a la Frontera México-Estados Unidos. Revelador de esa búsqueda del

dato y de la experiencia empírica es el hecho de que, con el paso del tiempo, la sede en Tijuana se desplegó en varias ubicaciones a lo largo de la frontera norte, del Pacífico al Golfo de México.

Sobre el Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre Migración

Un segundo momento de experiencias compartidas fue durante la elaboración del Estudio Binacional, entre 1995 y 1997, como miembros de un grupo de investigadores de los dos países. La iniciativa de este estudio fue gubernamental. Surgió de la Comisión Binacional México-Estados Unidos y fue encabezada por la Secretaría de Relaciones Exteriores, por el lado mexicano, así como por la Commission on Immigration Reform, por el lado norteamericano. Éste fue un proyecto conjunto binacional, en el que trabajamos veinte investigadores –diez por México y diez por Estados Unidos–, organizados en cinco grupos de cuatro participantes cada uno, dos por país. Cada grupo tenía asignada una responsabilidad específica, correspondiente a la temática de cada uno de los capítulos del *Informe del Estudio Binacional de Migración*, publicado en 1997. A Jorge se le asignaron responsabilidades específicas del capítulo sobre «Características de los migrantes nacidos en México» (capítulo 3, dado que el capítulo 1 es la Introducción). Ciertamente, él habría podido estar al frente de cualquiera de los cinco capítulos temáticos. A mí me correspondieron responsabilidades específicas del capítulo sobre «Respuestas a la migración» (6). Los restantes capítulos temáticos fueron: «Población nacida en México que se encuentra en Estados Unidos» (2); «Causas de la migración al norte» (4); y «Efectos económicos y sociales en los dos países» (5). Formalmente, tanto Jorge como yo éramos miembros de un Grupo Central de diez investigadores –cinco por país–, pero en realidad los veinte trabajamos en plena igualdad, compartiendo responsabilidades sin distinción alguna.

Teníamos reuniones periódicas de discusión interna que se iban alternando en cada país, una en México y otra en Estados Unidos. Al final del día (de cada día de nuestras reuniones), todos trabajábamos en conjunto, pues el Informe fue de todos, del Grupo Binacional. Trabajamos con plena libertad, no obstante que se trataba de una iniciativa convocada por ambos gobiernos.

El propósito era trabajar hacia una *visión compartida* del fenómeno migratorio México-Estados Unidos, después de varios años de posturas por parte de cada lado de la frontera que parecían tener pocos puntos de contacto. Se consideraba que el desarrollo de ese entendimiento común facilitaría el diálogo entre los dos países y, a partir de éste, permitiría llegar a un manejo más adecuado y respetuoso de este complejo fenómeno. Para conseguir lo anterior era fundamental disponer de datos e información sobre magnitudes, dinámicas y características respecto a dicho fenómeno, desde el lado mexicano, gran parte de los cuales ya venían siendo recolectados y procesados desde la década de 1980 por Jorge Bustamante en su carácter de investigador, y por El Colegio de la Frontera Norte, como institución.

Puede decirse objetivamente –de forma independiente al involucramiento personal en esta empresa–, que el propósito principal de la iniciativa se logró de manera plena, más allá de la persistencia de algunos desacuerdos, lo cual tampoco es para sorprenderse. Dado el gran logro de alcanzar un entendimiento compartido en lo esencial, vale la pena resumir, así sea muy esquemáticamente, los puntos centrales del mismo.

La migración mexicana a Estados Unidos ha sido y continúa siendo, ante todo, económicamente motivada por las diferencias salariales, si bien es sostenida por redes familiares y sociales. A pesar de una gran continuidad de orígenes y características, ha mostrado una creciente diversidad, heterogeneidad y pluralidad en sus variadas modalidades: migrantes temporales, migrantes permanentes o residentes en aquel país –autorizados y no autorizados–,

migrantes naturalizados y descendientes de origen mexicano. La motivación económica de éstos y la demanda de los empleadores estadounidenses se complementan. En este sentido, la migración tiene efectos variados y produce tanto beneficios como costos en ambos países y ambas sociedades. Las transgresiones a los derechos de los migrantes, sobre todo entre los no autorizados, son causas de atención y preocupación. Ante el carácter episódico, reactivo y unilateral de políticas y respuestas frente al fenómeno migratorio por parte de ambos gobiernos, se debe avanzar en la institucionalización del diálogo, la consulta y la cooperación para lograr posturas y acciones mutuamente beneficiosas, como la facilitación de movimientos autorizados entre México y Estados Unidos. Con posterioridad a la conclusión de este estudio, se observaron avances en la dirección del diálogo, pero fueron frenados por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, el ejemplo y la influencia del estudio permanecen.

Reitero que para la materialización de esta iniciativa, el apoyo informático mexicano, en gran medida generado a lo largo de los años por Jorge Bustamante y El Colegio de la Frontera Norte, fue fundamental. Es claro que por esa labor profesional y sostenida Jorge debió haberse sentido *realizado* (una vida rica, de verdad), exitoso e influyente.

Sobre los años como relator especial de las Naciones Unidas para los Derechos de los Migrantes

El nombramiento de Jorge Bustamante como relator de las Naciones Unidas (2005-2011), hacia el final de una larga trayectoria de vida, vino a representar el reconocimiento internacional a una significativa labor de investigación y de gerencia académica y a la sostenida dedicación a una causa: la de los migrantes y sus derechos. Es probable que Jorge, en la década de 1980, haya alentado al gobierno mexicano a institucionalizar la defensa de éstos,

independientemente de su situación legal, mediante acuerdos y obligaciones internacionales; esfuerzo que se materializó con la adopción de la Convención Internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares, por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1990. Esta convención entró en vigor en 2003, al alcanzarse el número requerido de ratificaciones para tal propósito.

Cabe mencionar que las ratificaciones se han incrementado de manera pausada, aunque desafortunadamente la mayoría proviene de países eminentemente de salida, pues prácticamente no ha habido ratificaciones por parte de países eminentemente de destino. Esto resulta en una situación paradójica frente a lo que se buscaba.

Ahora bien, por azares del destino, yo fui miembro del Comité de Protección de los Derechos de Todos los Trabajadores Migratorios y de sus Familiares (CMW, por sus siglas en inglés), que es el Cuerpo del Tratado encargado de monitorear la implementación de la Convención, durante los dos primeros períodos de actividad, 2004-2007 y 2008-2011. Esta circunstancia propició que nuestros caminos se cruzaran en numerosas ocasiones en Ginebra, sobre todo al hacer Jorge diversas presentaciones sobre su labor ante el Comité.

Este nombramiento internacional vino a ser un reconocimiento indudable al compromiso de Jorge Bustamante con la causa de los migrantes. Con ello, deja un legado múltiple para presentes y futuras generaciones en diversos campos: desde la investigación y el estudio de las migraciones, hasta la divulgación, y la abogacía (*advocacy*) y defensa de los migrantes. Así, Jorge tiene asegurado un espacio principal en el ámbito de los estudios sobre la migración mexicana a Estados Unidos, pues fue y será un referente obligado en el plano nacional en materia migratoria. Por lo tanto, puede considerase, con justeza, que tanto su trayectoria profesional como su vida fueron plenas y ricas, exitosas e influyentes.

El Colef y sus orígenes: una institución regional en la frontera norte de México[1]

Jorge Carrillo / Norma Iglesias Prieto[2]

Lo que buscamos en este ensayo es homenajear a nuestro querido colega, amigo y fundador de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), el Dr. Jorge Bustamante, así como mostrar lo visionario, político y gran estratega que fue. En primer lugar, hablaremos de cómo se originó la idea de crear una institución en la frontera; en segundo lugar, mostraremos la importancia que tuvo el Programa de Estudios Fronterizos de El Colegio de México (Colmex) en la conformación de El Colef; y finalmente, señalaremos la criterios y fundamentos tomados en cuenta para conformar una institución que cubriera toda la geografía de la frontera norte de México. A lo largo del capítulo, utilizaremos varios testimonios del propio Bustamante para mostrar con mayor claridad su perspectiva y sus procesos de toma de decisión.

[1] Este capítulo se sustenta en el texto *Construir institución: Las sedes regionales de El Colegio de la Frontera Norte* (2018) de Norma Iglesias Prieto, que constituye el reporte final del proyecto de investigación Recreación histórica de las sedes regionales de El Colegio de la Frontera Norte, encomendado por la institución a Jesús Montenegro y a Norma Iglesias (2015-2018). El documento íntegro y todos los productos generados en este proyecto pueden ser consultados en la biblioteca de El Colef.

[2] Los autores de este ensayo agradecen la invitación de Alberto Hernández y Silvia Giorguli para colaborar en este merecido homenaje al Dr. Jorge Bustamante.

Dónde y cuándo nace la idea de una institución de estudios fronterizos

La idea de crear una institución fronteriza mexicana se desarrolló varios años antes del nacimiento de El Colef, pues surgió en la mente de Jorge Bustamante a inicios de la década de 1970, cuando realizaba su doctorado en sociología en la Universidad de Notre Dame (Indiana, 1968-1975). Destaca que su interés por la frontera se haya consolidado en su condición de estudiante mexicano en el extranjero, y en un contexto de efervescencia política y lucha por los derechos civiles de las minorías en Estados Unidos. La convivencia con compañeros y profesores chicanos, y el debate acerca de la importancia de la población de origen mexicano en ese país, le permitieron a Jorge visualizar a México desde afuera, así como entender la frontera norte de nuestro país como un espacio estratégico tanto por el tránsito de migrantes, como por su condición de puente, enlace y traductor de las contrastantes idiosincrasias de México y Estados Unidos.

> Siendo chihuahuense […] tenía yo una cierta sensibilidad por la relación regional de México con Estados Unidos, pero donde empecé a investigar fue en la Universidad de Notre Dame […] donde me encontré con un profesor, el Dr. Julián Zamora, que me pidió que fuera su asistente de investigación para el estudio de la frontera […]. Él me mandó a hacer entrevistas […] con líderes de ambos lados […] y esto pues me dio una idea bastante clara de la situación económica, social y cultural de la región fronteriza, así como de su historia (Bustamante, 2015, p. 2, citado en Iglesias, 2018, p. 13).

Pero la estrategia para crear una institución fronteriza se desarrolló en la mente de Jorge en 1974, cuando regresó a la Ciudad de México y fue contratado por el Colmex para enseñar sociología y continuar con investigaciones sobre migración y fronteras.

> En una ocasión me encontré con un amigo […], Crescencio Ruiz Chapeto, que me dijo: Oye Jorge, me acaba de escribir Luis Uniquel, que está en Inglaterra, pidiéndome datos sobre la frontera y pues al único que conozco […] es a ti. Entonces ambos nos pusimos a buscar datos y llegamos a la conclusión de que había un factor de dependencia muy fuerte tanto del origen y la producción de los datos en universidades de Estados Unidos, y una ausencia de la producción de datos para insumos de proyectos de desarrollo económico, social y cultural del lado mexicano. Entonces ahí surgió una idea que podríamos llamar nacionalista, de que era necesario que tuviéramos una producción de esos insumos para los proyectos de desarrollo económico, social y cultural del lado mexicano, y ahí fue donde se generó la idea [de hacer un centro de estudios fronterizos] (Bustamante, 2015, p. 3, citado en Iglesias, 2018, p. 13).

El antecesor: el Programa de Estudios Fronterizos en el Colmex

Desde el inicio, Bustamante tuvo clara la idea de que una institución de estudios de frontera no podía estar en la Ciudad de México, pues se requería localizarla en el mismo sitio donde ocurrían los fenómenos fronterizos. La idea de formalizar un programa de estudios sobre este tema dentro del Colmex se concretó en 1979, a partir de las conclusiones del Primer Simposio Nacional sobre Estudios Fronterizos, organizado por dicha institución y por la Universidad Autónoma de Nuevo León, bajo el liderazgo de Bustamante.

> El proyecto de este Centro respondía no sólo a propósitos de descentralización de la investigación sino a los de promover y sistematizar el conocimiento de la problemática fronteriza, en el contexto de sus relaciones con la problemática nacional y la de México con Estados Unidos (Bustamante, 1980a, p. 1).

Un año después, Jorge convenció a las autoridades del Colmex de crear un espacio para los estudios fronterizos, al que denominaron Programa de Estudios Fronterizos México-Estados Unidos (Bustamante, 1980a). Dos de sus primeras tareas fueron documentar la carencia de investigación y conocimiento académico en México sobre la frontera norte, y desarrollar estrategias para abrir camino y legitimar la posible conformación de un centro especializado en temas fronterizos *in situ*. Con ese propósito, Bustamante trabajó en cuatro áreas: *1)* crear un acervo bibliográfico; *2)* llevar a cabo una serie de simposios especializados con el fin de conformar una red de investigadores; *3)* diseñar un curso intensivo sobre la problemática fronteriza (ofrecido por él y por otros profesores del Colmex con el auspicio de la Secretaría de Educación Pública [SEP]) para preparar a educadores universitarios en las principales instituciones del norte de México, quienes, a su vez, formarían a los nuevos cuadros de investigadores en temas específicos de la frontera; y *4)* la realización y apoyo a la investigación académica de temas centrales sobre la frontera. Este cuarto rubro fue de vital importancia, ya que además se propuso llevar a cabo un estudio de factibilidad, el cual inició en febrero de 1980 y fue dirigido por el propio Jorge Bustamante, con el apoyo de Jorge Carrillo y Alberto Hernández.

Como consta en los archivos de El Colef, dicho estudio contó con seis objetivos (Bustamante, 1980a, pp. 10-11). Primero, definir la localización más adecuada para el Centro en el norte del país. Segundo, definir las características de la demanda en función de la existencia de programas académicos o programas de los sectores público o privado que tuvieran como objetivo el desarrollo socioeconómico y cultural de la zona fronteriza. Así mismo, conocer la percepción de los representantes de los distintos sectores (académico, público y privado) de la zona norte sobre la creación de una institución. Tercero, definir las características de las líneas de investigación y docencia, así como la disponibilidad de

investigadores y estudiantes. Cuarto, identificar los programas de estudios fronterizos en Estados Unidos. Quinto, identificar actividades del Centro, de acuerdo con su organización operacional y su calendarización. Y sexto, determinar los costos de operación del Centro y su calendarización por objetivos.

El estudio de factibilidad incluyó un vasto trabajo de campo con visitas a ciudades en ambos lados de la frontera y más de 150 entrevistas. Se consideraron 13 posibles ciudades para establecerlo: Tijuana, Mexicali, Ensenada, Hermosillo, Chihuahua, Ciudad Juárez, Torreón, Saltillo, Monterrey, Ciudad Victoria, Reynosa, Nuevo Laredo y Matamoros. Como puede suponerse, el estudio arrojó que Tijuana era el lugar ideal. Las razones fueron las siguientes: su enorme potencial debido a que contaba con el mayor flujo transfronterizo (documentado e indocumentado), altas tasas de crecimiento poblacionales, colindancia con San Diego, acelerada expansión urbana, infraestructura aeroportuaria con mayor disponibilidad de vuelos a otras ciudades fronterizas, cercanía (menos de dos horas) a importantes centros educativos del suroeste de Estados Unidos (Los Ángeles, San Diego, Riverside, etcétera), y ubicación costera en aguas marítimas fronterizas. También por haber sido percibida por los entrevistados de las otras ciudades como una ciudad cosmopolita, con un amplio mercado de estudiantes, clima templado, buena infraestructura de servicios y estabilidad política. Una segunda consideración derivada del estudio de factibilidad fue el tipo de institución que se requería construir:

> Una institución nacional financiada [con] fondos federales, afiliada a El Colegio de México (Bustamante, 1980a, pp. 270-274) evitando "la formación de *fronterólogos*" sino de profesionistas de alto nivel académico en las áreas de Ciencias Sociales y Humanidades con enfoque multidisciplinario de los procesos de desarrollo regional y de las interacciones entre los factores que afectan al desarrollo a los niveles regionales, nacionales e internacionales (Bustamante, 1980a, p. 13).

Es importante notar que, en estos primeros documentos sobre el Centro, no existió referencia alguna a la necesidad de que hubiera oficinas a lo largo de la frontera. Como bien señala el texto de Norma Iglesias Prieto (2018), es posible que este hecho formara parte de una estrategia de Bustamante para facilitar su creación, ya que plantear una institución con cobertura en toda la frontera supondría mayores retos, recursos, y complicaría las negociaciones en los ámbitos administrativos y académicos del país. Pero también puede ser que en ese momento esta idea aún no hubiera sido contemplada por el propio Jorge. Jamás lo sabremos con certeza.

El contexto importa: una sabia lectura

El contexto mexicano mandaba señales de la enorme importancia de contar con estudios fronterizos en el país; señales que Bustamante supo entender y traducir tanto en propuestas de políticas públicas, como en argumentos para la creación del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex). La frontera era extraordinariamente dinámica, heterogénea y constituía una especie de laboratorio, ya que permitía captar y entender de manera condensada e intensa (como un microcosmos) las tendencias y retos generales del país. Fue así que destacaron cuatro puntos:

1) El proceso de globalización productiva. Las maquiladoras que iniciaron operaciones, en la década de 1960, en las principales ciudades fronterizas estaban orientadas totalmente al mercado estadounidense, y eran una expresión palpable de los procesos de integración económica y conformación de cadenas globales de mercancías. El programa de maquiladoras de exportación fue concebido como un régimen de excepción en términos arancelarios y laborales para dar fluidez a la inversión extranjera directa, que años después se expandió a lo largo de todo México. En ese contexto, las maquiladoras

sirvieron como punta de lanza en la apertura comercial de México (con el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio [GATT] en 1986 y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte [TLCAN] en 1994), conformando una nueva época económica en nuestro país, todavía vigente.

2) La interdependencia asimétrica de la frontera norte con el vecino país. Tomemos como ejemplo la dolarización de su economía para mostrar uno de los múltiples aspectos de esta relación. Desde sus orígenes y hasta la devaluación de 1982, cuando se hizo obligatorio el uso de pesos, el pago de salarios, rentas y servicios en las ciudades fronterizas mexicanas se realizaba en dólares. Además, el consumo de productos americanos era generalizado, ya que resultaban más accesibles y baratos que los nacionales. Era de suponerse que las crisis económicas en Estados Unidos, como la de 1974-1975 o el 9/11, por ejemplo, afectarían de manera singular e inmediata a la frontera por esa integración económica *de facto* que ha tenido esta zona desde sus orígenes y hasta la actualidad (como podemos observar con la pandemia del COVID-19).

3) Las dinámicas sociales basadas en las prácticas migratorias y transfronterizas. Desde mediados de la década de 1960, las ciudades fronterizas incrementaron notablemente su población. Esto debido, en parte, a su vínculo con la llegada de trabajadores migrantes mexicanos que habían sido expulsados en Estados Unidos; primero con la cancelación del Programa Bracero (en 1964) y posteriormente con otros programas. Además, el dinamismo económico en las ciudades fronterizas mexicanas había sido un atractivo constante para migrantes nacionales que buscan una mejor vida.

4) Los procesos de migración internacional derivados del hecho de que Estados Unidos fuera (e incluso sea) el principal destino de millones de migrantes mexicanos y latinoamericanos. Dicha migración se llevaba a cabo por vía terrestre, cruzando

> las ciudades fronterizas de nuestro país. El patrón de migración de mexicanos hacia Estados Unidos, en la década de 1960, era fundamentalmente circular y se dirigía al trabajo agrícola. Estos flujos generaron la existencia de una importante población flotante en las localidades fronterizas. Para las décadas de 1980 y 1990, los flujos migratorios se incrementaron notoriamente; se hicieron más difíciles, complejos y riesgosos los cruces; y el perfil de los migrantes cambió, lo mismo que las actividades que realizaban y los lugares de destino. Los patrones de migración se hicieron más heterogéneos y con tendencias a estancias más largas (o permanentes) en los lugares de destino.

Las principales ciudades fronterizas crecían a ritmos mayores que el promedio nacional, y aumentaban las personas que buscaban cruzar la frontera de manera indocumentada. Los problemas sociales también crecían, y las administraciones en Estados Unidos utilizaban estos fenómenos para su beneficio político. En particular, llamó la atención de Jorge el uso político de los crecientes flujos de trabajadores indocumentados, quienes fueron convertidos, al igual que en la actualidad, en el chivo expiatorio para distraer a la población estadounidense de los problemas internos. Este uso político no sólo preocupó a Bustamante, sino que ocupó gran parte de su tiempo como investigador y defensor de los derechos humanos a lo largo de su vida.

Otro aspecto relevante de aquella época fue el inicio de cierta efervescencia por las dinámicas y los estudios fronterizos y, en términos más generales, por el estudio de las relaciones México-Estados Unidos. Por ejemplo, comenzaba la especialización en estos temas por parte de investigadores en la Ciudad de México, en el Centro de Investigación y Docencia Económicas A. C. (CIDE), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTM).

Otro tanto sucedía del lado estadounidense, sobresaliendo el Programa de Estudios México-Estados Unidos de la Universidad de California en San Diego (UCSD), creado en 1980. La atención de parte de académicos, periodistas, activistas y servidores públicos sobre los fenómenos fronterizos empezó a crecer rápidamente. Esto explica la necesidad de desarrollar publicaciones sobre bibliografías y directorios especializados. A inicios de la década de 1980 se publicaron tres documentos relevantes: una guía de los estudios sobre la frontera México-Estados Unidos, aunado a un directorio de instituciones, organizaciones y académicos (Milton Jamail, 1980); una bibliografía sobre los estudios fronterizos (Jorge Bustamante, 1980b), y una bibliografía sobre las maquiladoras (Jorge Carrillo y Alberto Hernández, 1981). Así mismo, en esos años se llevaron a cabo las primeras conferencias para tratar temas fronterizos, abarcando no sólo la migración internacional, sino también maquiladoras, salud y medio ambiente. Este inicio de la efervescencia de los estudios y los debates sobre la frontera y las relaciones México-Estados Unidos subrayaba no sólo la necesidad de contar con análisis más formales y continuos, sino sobre todo de llevarlos a cabo *in situ*, y no desde la Ciudad de México, situación que prevalecía en esos años.

De esta manera, los procesos de globalización, interdependencia asimétrica, dinámicas migratorias y transfronterizas, migración internacional y derechos humanos, fueron intelectualmente absorbidos por Bustamante y transformados en un quehacer y sentido de vida: la creación, fundación y consolidación del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), hoy nuestro querido Colef. Es necesario mencionar que todo lo que Bustamante se proponía lo conseguía, y eso podría hacer pensar que era algo natural y fácil, mas no fue así. Hubo importantes resistencias de algunos personajes del sector académico, gubernamental y de organizaciones sociales, pero no más grandes que la visión, compromiso y determinación de Jorge.

La necesidad de una institución regional en la frontera norte

En las negociaciones que Bustamante tuvo con las autoridades del Colmex, se concluyó que el Centro debía de ser administrativamente independiente de aquél, pero vinculado estrechamente en términos académicos. Aunque en el reporte del estudio de factibilidad, el Centro era una instancia mucho más dependiente del Colmex, no es claro cómo y cuándo se llegó a esa decisión. Lo cierto es que el 22 de septiembre de 1982 se crea la asociación civil Cefnomex, en la notaría número ocho de Tijuana.

Evidentemente, Jorge Bustamante fue el director del Cefnomex y luego el primer presidente de El Colef. Su visión de estratega se evidenció tanto en el proceso de gestión como en el crecimiento y consolidación de la institución. Bustamante logró que El Colef contara con el apoyo financiero permanente del Gobierno federal y de otros apoyos a nivel estatal.

Una decisión estratégica que le dio fuerza al proyecto institucional desde el inicio fue la invitación a importantes personalidades académicas y políticas, tanto a nivel federal como estatal, para que formaran parte, a título personal, de la primera Junta de Gobierno de la institución. Varios de los más cercanos aliados al proyecto fueron: Eliseo Mendoza Berrueta, Roque González Salazar, Miguel Ángel Cárdenas González, Mario Ojeda, Guillermina Valdés-Villalba y el propio Jorge Bustamante.

El balance entre las perspectivas del centro del país (particularmente de la capital) y de la frontera fue fundamental para la conformación de esta Junta. Por ello, se estipuló en el acta constitutiva que al momento de renovación «los miembros salientes no deberían de ser en su totalidad ni del Distrito Federal ni de la frontera» (Cefnomex, 1982, p. 9). Otra decisión estratégica fue el perfil de la Asamblea de Asociados, que constituía la autoridad suprema de la institución. Ésta estaba conformada por representantes de cinco instituciones: la SEP, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

(Conacyt), el Gobierno del Estado de Baja California, el Colmex y la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), es decir, las entidades centrales a nivel federal y estatal en términos de financiamiento, así como dos instituciones educativas (una en la Ciudad de México y la otra en Baja California) que establecían los parámetros de política académica.

Una tercera estrategia de Bustamante, que más adelante facilitó la creación de las oficinas coordinadoras (ahora llamadas direcciones y sedes regionales) a lo ancho de la frontera, fue la invitación para que estuvieran presentes –como testigos del acto– representantes de todos los gobiernos de los estados mexicanos que colindan con Estados Unidos, así como los rectores de las principales universidades en dichos estados. Estas personalidades firmaron el acta y con ello legitimaron la institución.

Jorge comenta que fue gracias a la visión de Guillermina Valdés-Villalba que El Colef contempló –casi desde sus inicios– la apertura de sedes regionales a lo largo de la frontera.

> Bueno, la verdad es que la idea de que fuera un centro de carácter regional, o sea, que estudiara la región fronteriza de los dos lados, tanto de México como de Estados Unidos, fue una idea fuertemente sugerida y apoyada por la Dra. Guillermina Valdés-Villalba. […] Ella era una fronteriza de pies a cabeza, además, generacionalmente de familiares maternos como paternos originarios de la frontera (Bustamante, 2015, pp. 6-7, citado en Iglesias, 2018, p. 24).

En los inicios de la institución, Guillermina era realmente la única que contaba con una práctica y una visión totalmente transfronteriza. Debido a su trayectoria académica y personal en ambos lados, para ella era imposible separar los lados de la frontera, independientemente de que, en esa época, su práctica política y su labor social se concentraban en Ciudad Juárez. De acuerdo con Jorge Bustamante, la estrategia para ir abriendo las sedes fue:

> algo sugerido por Mario Ojeda, a quien obviamente yo siempre [le] hice caso en todas sus ideas […] [Él me dijo]: "Jorge, primero identifica a las personas que se van hacer cargo, una vez que las tengas […] lo demás va a seguir por una lógica natural". Y eso fue lo que hice y no me costó mucho trabajo porque en las ciudades fronterizas […] había alguien [interesado] y que destacaba por su nivel académico (Bustamante, 2015, p. 11, citado en Iglesias, 2018, p. 25).

De esta manera, entre 1984 y 1991, se establecieron siete oficinas regionales, en orden de aparición: Ciudad Juárez, Mexicali, Nuevo Laredo, Matamoros, Nogales, Monterrey y Piedras Negras. De acuerdo con Bustamante, la instrucción específica a la persona que tenía la tarea de echar a andar cada una de las oficinas, era: vincularse con la mayor cantidad y variedad de agentes locales, hacer un diagnóstico inicial rápido para identificar los principales problemas de la localidad y apoyar los proyectos institucionales. Se planteó la necesidad de trabajar inmediatamente en investigaciones relevantes para la zona. Es decir, desarrollar agendas de investigación que respondieran, por un lado, a las necesidades locales y regionales y, por otro, a la comprensión más amplia de las dinámicas generales de frontera. El propio Bustamante menciona que la claridad de esta estrategia de cubrir toda la frontera, del estilo de trabajo y del carácter propio de la institución, fue desarrollado y estuvo marcado, como ya se dijo, por la visión que compartía con Guillermina Valdés-Villalba.

> Esa visión de [ser útiles] en los trabajos de investigación que sirvieran para orientar o resolver algunos de los problemas de carácter urbano o transfronterizo en las diferentes ciudades […] son […] ideas […] [de] Guillermina y […] ella era […] mi principal asesora mientras vivió (Bustamante, 2015, p. 19, citado en Iglesias, 2018, p. 26).

Para Bustamante, la figura de Guillermina no era sólo un recurso (talento) humano para acceder al universo juarense, sino que se convirtió en uno de sus principales apoyos intelectuales y logísticos en los difíciles momentos de echar a andar una nueva institución. Ella era tan buena estratega como Jorge. Resultaba evidente que el capital cultural y político de Guillermina fuera una de las principales razones que explican por qué se abrió la primera oficina regional en Ciudad Juárez.

Para concluir, deseamos mencionar los retos a los que se han enfrentado cada una de las sedes de El Colef. Éstos los podemos clasificar en: *1)* conseguir activos físicos (infraestructura, equipo, material de apoyo y transporte), *2)* contar con recursos humanos (personal académico, estudiantes y un programa de superación académica), y *3)* conformar capital social (construcción de relaciones con los agentes locales, los gobiernos locales/estatales, las universidades y centros de investigación en ambos lados de la frontera). Los dos primeros retos son altamente dependientes de los recursos financieros que hábilmente lograba conseguir Bustamante; el último, ha dependido de la capacidad de adaptación y trabajo de todos los miembros de la institución. A estos desafíos hay que añadir la violencia generalizada y creciente que afecta desde hace muchos años a la frontera, y que va desde Matamoros hasta Tijuana.

Por todo lo anteriormente expuesto, es necesario reconocer y agradecer el gran esfuerzo, determinación y legado que Jorge Bustamante dejó en la institución, en sus colaboradores y en todo el país.

¡Jorge, vivirás por siempre en nuestro recuerdo!

Referencias

Bustamante, J. A. (1980a). *Proyecto de factibilidad de estudios fronterizos*. Ciudad de México: Colmex.

Bustamante, J. A. (1980b). *México-Estados Unidos: bibliografía general sobre estudios fronterizos*. México: Colmex.

Bustamante, J. A. (22 de octubre de 2015). Entrevista para el proyecto RHSR-Colef, Tijuana.

Carrillo, J. y Hernández, A. (1981). *La industria maquiladora en México: Bibliografía, directorio e investigaciones recientes*. La Jolla, California: Program in United States-Mexican Studies/ University of California.

Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex). (6 de agosto de 1982). *Acta Constitutiva*. Tijuana: Autor.

Iglesias Prieto, N. (31 de octubre de 2018). *Construir institución: Las sedes regionales de El Colegio de la Frontera Norte*. Reporte final del proyecto Recreación histórica de las sedes regionales de El Colegio de la Frontera Norte (RHSR-Colef), Tijuana.

Jamail, M. H. (1980). *The Unites States-Mexico Border: A Guide to Institutions, Organizations, and Scholars*. Tucson: Latin American Area Center-University of Arizona.

Las sedes regionales: parte integral del proyecto institucional de El Colef

Cirila Quintero Ramírez

Introducción

La apertura de la sede de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) en Tijuana, en agosto de 1982, fue la primera fase del proyecto institucional que imaginó el Dr. Jorge Bustamante en torno a una institución académica que investigara *la frontera desde la frontera*. Hombre visionario, apoyado en el conocimiento de otros académicos como el Prof. Mario Ojeda, y de activistas fronterizas como la Dra. Guillermina Valdés-Villalba en Ciudad Juárez, sabía que para investigar sobre esta zona era necesario instalar sedes y contar con colaboradores en las ciudades más relevantes de una frontera que se extendía poco más de 3 500 kilómetros. La importancia de las sedes residía en dar cuenta de las variantes espaciales y temporales de los temas fronterizos de México-Estados Unidos. La necesidad de la presencia física en los espacios estudiados ha sido bastante discutida entre los académicos, tema que se ha reavivado en estos tiempos de virtualidad. Sin embargo, tanto el Dr. Bustamante como la que escribe, consideramos que la investigación *in situ* en las Ciencias Sociales resulta central.

El presente capítulo reconstruye algunos aspectos importantes en torno a la evolución de las sedes regionales, las cuales son consideradas parte integral del proyecto inicial que el Dr. Bustamante delineó para El Colef. La reconstrucción se basa en mi experiencia

como investigadora en la sede regional de Matamoros durante 30 años[1] y en el cercano trabajo con el Dr. Bustamante durante la década de 1990 para consolidar este proyecto, así como mi participación en distintos órganos de decisión de El Colef, como investigadora y como directora regional y directora general del Noreste.

La construcción de sedes a lo largo de la frontera no ha sido una tarea fácil, sobre todo por cuestiones presupuestarias. El Dr. Bustamante expresaba que quienes más se oponían a esta idea eran las autoridades de México, en virtud del incremento presupuestal para la institución que representaba, por la renta de instalaciones en cada una de las ciudades previstas. El otro problema central lo constituía la contratación de investigadores con formación académica sólida para trabajar en espacios tan agrestes y poco atractivos para vivir como Ciudad Juárez, Nuevo Laredo o Matamoros.

En contraste con Tijuana, en donde se puede observar una historia continua en su evolución, crecimiento y consolidación, las sedes regionales han tenido una historia accidentada, no sólo por la cuestión mencionada, sino por la ambigüedad administrativa[2]

[1] La reconstrucción presentada es una mirada individual, con las subjetividades que ello supone. Una visión más institucional fue realizada en la investigación *Recreación histórica de las Sedes Regionales de El Colef*, en 2017, con motivo de su 35 aniversario. El proyecto fue coordinado por Norma Iglesias y Jesús Montenegro. Una primera síntesis se encuentra en Iglesias y Montenegro (2017). La reconstrucción, aunque personal, presenta una visión procesual, de acuerdo con las interacciones entre dinámicas institucionales, regionales y personales que se han suscitado en 30 años como investigadora de El Colef.

[2] Especialmente en cuanto al lugar que deberían ocupar estas sedes regionales. Inicialmente, el Dr. Bustamante pensaba en una similitud con la sede de Tijuana. Sin embargo, con el paso del tiempo, debido al tamaño y a los pocos investigadores adscritos, los nombres fueron cambiando: primero se les denominó *oficinas de enlace,* dado su carácter más administrativo que académico, con la adscripción de uno o dos investigadores; posteriormente, fueron *oficinas coordinadoras,* precisamente por la coordinación logística que

en su organigrama institucional. En ocasiones, esta parte administrativa ha desempeñado un papel más relevante que la tarea de la investigación. El resultado ha sido un desarrollo desigual no sólo entre Tijuana y las otras sedes, sino al interior de éstas mismas.

La prioridad que cada presidente ha concedido a las sedes regionales en su proyecto, también ha marcado su evolución. Para el Dr. Bustamante,[3] éstas, aunque diferenciadas, seguirían un camino parecido a Tijuana. Es decir, instalaciones temporales y adscripción de investigadores recién formados, o en proceso de formación, para luego transitar a instalaciones propias con un cuerpo de investigadores totalmente doctorados. En tanto que, para otras administraciones, como la encabezada por el Dr. Jorge Santibáñez, esto no era tan claro, pues él reguló las sedes más en términos presupuestarios, que en cuanto a su agenda de investigación, e implementó un Programa de Superación Académica para la obtención del doctorado para todos los investigadores que tenían pendiente ese grado, en lugar de un programa escalonado como se hizo con algunos investigadores en Tijuana.

La emigración de un porcentaje importante de investigadores para cursar su doctorado, más el reacomodo de otros en Monterrey o Ciudad Juárez para disminuir costos, debilitó a otras sedes como Matamoros y Piedras Negras, en donde se había constituido un

---

se realizaba en ellas del trabajo de campo de distintas investigaciones, dirigidas desde Tijuana, a lo largo de la frontera. También se les ha llamado *representaciones locales*, adscritas a dos Direcciones Generales Regionales: la Noroeste, integrada por Mexicali, Nogales y Ciudad Juárez, y la Noreste, conformada por Piedras Negras, Nuevo Laredo, Monterrey y Matamoros. Éste es el modelo que persiste en la actualidad (2021), exceptuando Nuevo Laredo, que en 2018 fue cerrada. A partir de la administración actual, en 2017, se les ha denominado *sedes regionales*.

[3] Los presidentes de El Colegio de la Frontera Norte han sido: el Dr. Jorge Bustamante, fundador de El Colef (1982 a 1998); el Dr. Jorge Santibáñez (1998 a 2007); el Dr. Tonatiuh Guillén (2007 a 2017), y el Dr. Alberto Hernández (2017 a 2022).

incipiente grupo de investigación. Si bien, las instalaciones no fueron cerradas, se redujeron en tamaño, y en ellas quedaron uno o dos investigadores, perdiendo con ello mucha de la presencia local que habían conseguido. Esto representó un retroceso importante en la consolidación de las sedes regionales, del que algunas no se han podido recuperar, como Piedras Negras, y que en otras, como Nuevo Laredo, significó su cierre.

Las administraciones del Dr. Tonatiuh Guillén y del Dr. Alberto Hernández han retomado el proyecto del Dr. Bustamante en torno al fortalecimiento de las sedes regionales. Así pues, se construyeron las instalaciones de la sede de Matamoros, se rehabilitaron y reacondicionaron las de Ciudad Juárez y Monterrey y, lo más importante, se formaron grupos académicos de trabajo en donde alternaban investigadores de larga trayectoria con otros más jóvenes, provenientes del Programa de Cátedras del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt).

Durante la administración del Dr. Guillén se buscó mayor integración académica entre los investigadores de todas las sedes, mediante la Junta de Profesores de cada Departamento Académico. Sin embargo, a pesar de que hubo avances, no se consiguió una articulación plena. Más exitosa ha sido la realización de eventos institucionales bajo las grandes líneas de investigación de El Colef, durante la administración del Dr. Alberto Hernández, en donde confluyen todos los investigadores del centro, más allá de su sede.

El trato como pares entre todos ellos, más allá de su fijación territorial, constituye un avance cualitativo en cuanto a la consolidación institucional, dado que El Colef no sólo lleva a cabo investigación de excelencia, sino que cuenta con un cuerpo consolidado de integrantes a lo largo de la frontera, que garantiza la rigurosidad académica para la realización de investigaciones que coadyuven al desarrollo fronterizo de acuerdo con las especificidades regionales. Este avance también se muestra en el total de investigadores adscritos a las sedes, que en 2013 ascendía a 33.

En fechas recientes, la inclusión de investigadores Conacyt, así como las nuevas contrataciones, han enriquecido la planta laboral.

A pesar de los vaivenes experimentados, los estudios realizados en cada sede han enriquecido las áreas temáticas trabajadas en Tijuana, manteniendo la especificidad regional, como aquéllos sobre desarrollo urbano y ambiental en Ciudad Juárez y Monterrey, así como los estudios de migración en las sedes del noreste, que mostraron la complejidad de estas temáticas y la importancia de la no generalización.

Los análisis en Monterrey y Matamoros mostraron la heterogeneidad que existe en el desarrollo económico e industrial del norte, más allá de la maquila, además de la persistencia de actores tradicionales que parecían extinguidos en la globalización, como es el caso de los sindicatos. Otros temas, como la seguridad y la violencia de la frontera, la salud y las dinámicas transfronterizas enriquecieron la agenda de investigación de El Colef. El reforzamiento es congruente con el proyecto delineado por el Dr. Bustamante en torno a la construcción de una institución en esta zona para realizar investigación de excelencia, con la finalidad de apoyar el desarrollo local y regional.

La importancia de las sedes regionales

En distintas entrevistas que el Dr. Bustamante concedió, expresó que las sedes regionales fuera de Tijuana constituyeron, desde el inicio parte, integral del proyecto institucional de El Colef. Así lo demuestra la construcción de las siete sedes durante su administración.

Las primeras nacieron entre dos y cuatro años después de la fundación de la sede de Tijuana. Entre 1984 y 1986, otras cinco fueron instauradas: Ciudad Juárez y Mexicali (1984), Nuevo Laredo y Matamoros (1985), y Nogales (1986). Más tarde se abrirían las sedes de Monterrey (1989) y Piedras Negras (1991). En la apertura

de todas, además de la búsqueda de presupuesto, resultó central el cabildeo con instancias gubernamentales, educativas y sociales.

La edificación de dichas las sedes regionales iba más allá de la instalación de pequeños centros, lo que para algunos fragmentaba a la institución. Por el contrario, el proyecto de El Colef, ideado por el Dr. Bustamante, encontraba en lo regional la parte central no sólo para el entendimiento de una localidad, sino para su articulación con otras realidades espaciales que dieran cuenta, de manera integral, de las problemáticas fronterizas. Más aún, estas sedes constituían también una oportunidad para acercarse a las temáticas transfronterizas compartidas por México y Estados Unidos a lo largo de toda esta zona.

En cuanto a la contratación de personal, en el documental de Iglesias y Montenegro (2017) se menciona que El Colef siguió cuatro estrategias para dotar de investigadores a estas sedes:

> En los inicios, la dificultad para encontrar investigadores en algunas de las localidades de la frontera obligó a desarrollar las siguientes cuatro estrategias: primero, traer investigadores de otras ciudades; segundo, contratar a investigadores con un grado académico menor al que ya se exigía en El Colef de Tijuana; tercero, los nuevos investigadores con maestría tendrían que irse a superación académica y dejar temporalmente la sede, y cuarto, recurrir a los egresados de los programas de postgrado del propio colegio, es decir, a su mercado interno de trabajo (Iglesias y Montenegro, 2017, 5:17).

Habría que mencionar también que la misma estrategia de contratación fue utilizada por la sede de Tijuana, en donde la primera plantilla de profesores-investigadores fue constituida por colaboradores llegados de la Ciudad de México o de otros espacios del país, debido a la ausencia de científicos sociales en la frontera. Así mismo, la contratación de recién egresados de su maestría en Desarrollo Regional, sin doctorado, fue una práctica

común, al igual que el impulso a los mismos para llevar a cabo estudios doctorales.

La diferencia residió en que Tijuana contó con una mayor planta de investigadores con doctorado, y una inserción gradual de compañeros con maestría a programas doctorales que no evidenció la salida de éstos de la sede.

Ahora bien, para apreciar el proceso histórico de las sedes regionales, debe adoptarse una mirada integral y no fragmentada del desempeño institucional. Argumentar que existieron criterios diferenciados a la baja entre investigadores contratados para Tijuana y las sedes demerita las capacidades y credenciales académicas de los que nos hemos adscrito a los centros regionales, cuando el proyecto del Dr. Bustamante era impulsar la equidad entre todos, tanto en derechos como en obligaciones, y así lo enfatizaba en las reuniones generales. Finalmente, habría que mencionar que las sedes también se enriquecieron con profesionales nativos que encontraron en El Colef una fuente laboral que les permitía realizar su trabajo en su localidad de origen.

Era tal la preocupación del Dr. Bustamante por homogeneizar la calidad de la investigación realizada por la institución, que durante la década de 1990 se organizaron seminarios anuales para integrar a todos los investigadores, desde Tijuana hasta Matamoros, lo que permitía conocernos y reconocernos como parte de un mismo proyecto, en lugar de células de investigación apartadas, además de conocer las temáticas que se trabajaban a lo largo de la frontera.

Estas mismas políticas de acercamiento eran extendidas por el Dr. Bustamante a las sedes regionales, pues acostumbraba realizar visitas, la mayoría de las veces sin avisar, para saber «cómo estábamos, y cómo iba la oficina en general», como expresa un investigador de Ciudad Juárez. Durante la década de 1990, me tocó recibir su visita en las sedes de Matamoros y Nuevo Laredo, además de que coincidimos en la inauguración de Piedras Negras. El doctor

disfrutaba estas visitas, y después de las reuniones de trabajo sobre nuestras investigaciones y otras actividades, preguntaba sobre los problemas locales, la oficina, la familia de cada uno, lo que desembocaba en una identidad institucional y de reconocimiento del personal que laboraba en las sedes regionales.

Tomando como base lo anteriormente expuesto, en el apartado siguiente delineo algunos aspectos que considero relevantes en cuanto a mi experiencia laboral como investigadora de una sede regional y como directora general, que pueden ser útiles para entender la dinámica local e institucional en la que se desenvuelven los investigadores regionales. Enfatizo, sobre todo, mi coincidencia con la idea del Dr. Bustamante de considerar a las sedes como parte integral y esencial del proyecto institucional de El Colef.

Ser investigadora Colef en una sede regional

El primer contacto con El Colef lo tuve en 1987, al elaborar mi tesis de maestría para el Instituto Mora. En 1990, regresé a Tijuana para hacer el trabajo de mi tesis doctoral, y a principios de 1991 realicé una presentación de los resultados de la misma para ingresar a El Colef, y fui aceptada. El Dr. Bustamante me asignó a Tijuana; sin embargo, le solicité adscribirme a la sede de Matamoros. Se volvió hacía mí y me dijo: «¿Qué vas a hacer a esa ciudad tan fea?». Argumenté la importancia de estar ahí, dado mi tema de estudio, los sindicatos, pero él se resistía a adscribirme a aquel lugar, hasta finalmente me dijo: «está bien, te vas a ir a Matamoros, pero si te arrepientes… no te voy a dejar sola». Así ingresé el 1.º de julio de 1991 a El Colef, en la oficina de Matamoros.

Mi inclusión como investigadora fue parecida a la de otros compañeros: recién graduada del doctorado en Sociología por El Colegio de México, venida desde el centro del país, y con muchas expectativas de continuar mi carrera profesional en Matamoros. Para mí, encontrarme en una sede regional no representó diferencia

alguna, siempre me sentí una investigadora en las mismas condiciones que Tijuana, a pesar de las diferencias en instalaciones, mobiliario y demás.

Las condiciones adversas de vida en una ciudad fronteriza, con un pasado rural y con muchas carencias urbanas, especialmente en cuanto al transporte y al servicio de drenaje, que se inundaba con la menor lluvia, pero sobre todo el clima extremoso, fueron pruebas importantes que me hacían replantear la idea de vivir de manera permanente en este lugar. Sin embargo, la riqueza temática sobre los sindicatos y las maquiladoras, así como la historia tan interesante de la ciudad, opacaban estas incomodidades. Inicié nuevos proyectos y la escritura de artículos académicos, algunos en coautoría y discutidos vía fax. Así mismo, mantuve mis redes de contactos en el país, asistiendo a eventos académicos, y comencé la construcción de redes locales y regionales con la sociedad civil, las instancias gubernamentales y las educativas, todas mediante el acercamiento cercano y no tanto por formalizaciones.

En los años siguientes se integraron tres investigadores más a Matamoros, dos de la región y otro de la Ciudad de México. Conformamos un buen equipo, por lo que, además de las investigaciones personales, comenzamos a organizar eventos académicos, algo totalmente desconocido en la ciudad. En ese sentido, como diría el Dr. Bustamante, comenzamos a educar e interesar en las temáticas sociales a los actores locales civiles y de gobierno. Eso nos dio visibilidad local y nos convirtió en fuente de información para los medios locales y gubernamentales. Incluso replicamos eventos de Tijuana en Matamoros como El Festival de la Raza, trayendo a conferencistas de talla internacional. De hecho, uno de nuestros logros principales fue la visita de Carlos Monsiváis a Matamoros. Todo ello se logró por sinergia, al enlazar el apoyo institucional y el involucramiento del empresariado, del gobierno y de la sociedad civil como patrocinadores locales de nuestros eventos.

La inclusión de la visión regional en la dinámica institucional

En 1992, el Dr. Bustamante me nombró directora de Matamoros y, un año después, directora general del Noreste. Esto me permitió participar en los órganos de decisión de El Colef, como el Consejo Académico, y en la elaboración de documentos que regirían nuestra vida institucional, tales como el Estatuto del Personal Académico y el Sistema de Evaluación.

En mis participaciones siempre mencioné la importancia de incluir a las regionales en todos los proyectos y me opuse a un trato diferenciado entre Tijuana y las otras sedes. Defendí y probé que la investigación realizada en cada una tenía una calidad académica similar a la de los compañeros de aquella ciudad.

Los aprendizajes para consolidar una sede regional

En los años que fui directora general, tuve un aprendizaje intensivo en torno a la dirección de una sede y a las estrategias de negociación relevantes para impulsar el proyecto regional, el cual no sólo descansaba en cuestiones presupuestarias, sino en el acercamiento y respeto a todo el personal que trabajaba ahí, así como en la diplomacia en cuanto al trato con actores locales y gubernamentales.

Debido a la política de cercanía con las sedes y su personal, el Dr. Bustamante conocía a todo el personal que trabajaba en cada sede. En las visitas realizadas, alternaba el personal adscrito a la regional, así como otros funcionarios importantes al interior de El Colef, lo que permitía el conocimiento físico de las autoridades. De hecho, cuando me tocó acompañarle a la apertura de Piedras Negras, conocí a la Dra. Guillermina Valdés-Villalba, una persona increíble, con el prototipo de la mujer norteña abierta y cuestionadora. Posteriormente, la doctora perdió la vida en un accidente de avión. Su muerte fue una pérdida irreparable para la institución, pero sobre todo para la maduración del proyecto regional de El Colef.

En aquellos años también aprendí la importancia del cabildeo, de la negociación y de llevarse bien con los actores locales y *educarlos*. El Dr. Bustamante decía que ellos eran nuestros referentes locales, por lo que había que atenderlos bien, y me recomendaba que siempre tratara bien a los periodistas y no me enemistara con ellos, porque podían volcar su enojo contra la institución. También comentaba que en ciudades pequeñas o medianas, es difícil distinguir entre la opinión personal y la institucional, por lo que lo mejor es actuar con cautela.

Entre 1994 y 1995, la Dra. Diana Alarcón, directora de Economía, y yo (como directora general del Noreste) fuimos invitadas por el Dr. Bustamante a integrarnos al Consejo Académico, pues decía que era necesario que más mujeres participaran en los órganos de decisiones de El Colef.

La apertura del doctor me daba ánimos para expresar mis consideraciones para fortalecer las sedes. Por supuesto, mis opiniones no siempre fueron bienvenidas. Hubo confrontaciones memorables entre él y yo en el Consejo Académico, una de las cuales terminó con una larga plática en su despacho, en donde me explicó la importancia de defender posiciones con argumentos y no con las vísceras, así como lo relevante de la negociación y de la creación de consensos, en lugar de los antagonismos.

En los años siguientes, fui testigo de cómo El Colef, en Tijuana, se fue desarrollando y modernizando por medio del trabajo de los compañeros investigadores y de todo el personal de apoyo y administrativo. Como directora del Noreste, me contagié del entusiasmo que veía en el Dr. Bustamante cuando platicaba con visitantes sobre cómo había pasado de una sencillas oficinas en Abelardo Rodríguez a un edificio moderno situado frente al mar, y pensé en que un día en Matamoros podríamos tener algo igual.

Para tal propósito, inicié el cabildeo –que había visto en el Dr. Bustamante– con empresarios y autoridades locales; primero para darnos a conocer, y luego para conseguir la donación de un

terreno. Sin embargo, durante la administración del Dr. Santibáñez, las sedes experimentarían tiempos difíciles de incertidumbre. La siguiente administración, encabezada por el Dr. Tonatiuh Guillén, retomó el proyecto regional del Dr. Bustamante y apoyó la construcción y rehabilitación de las sedes, por lo que en 2013 inauguramos las instalaciones de Matamoros.

La inspiración del Dr. Bustamante para construir una institución de excelencia académica, a pesar de todos los contratiempos, fue una fuerza esperanzadora para no abandonar el proyecto de un fortalecimiento de las sedes. El apoyo encontrado en las dos últimas administraciones de El Colef, permitió que Matamoros, Monterrey y Juárez alcanzaran el nivel que el Dr. Bustamante imaginó. Subsisten deudas y pendientes con otras sedes; sin embargo, el hecho de que casi la mitad de los investigadores de la institución estén en ellas, es una razón más que justificada para seguir apostándole a este proyecto regional a lo largo de la frontera, como una condición básica para recuperar la riqueza y la complejidad de la realidad fronteriza y, sobre todo, brindar insumos que coadyuven al desarrollo social, económico y cultural que tanto preocupaban y animaban al Dr. Jorge Bustamante.

Referencias

Iglesias, N. y Montenegro, J. [El Colegio de la Frontera Norte - El Colef]. (28 de febrero de 2017). *Recreación histórica de las Sedes Regionales de El Colef* [archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=0HfBy5phwys

Hasta siempre, Jorge

José Manuel Valenzuela Arce

Para Endy, Mariana y Jorge, con enorme afecto

Conocí a Jorge Bustamante en 1981, cuando me incorporé a lo que en ese momento era un proyecto académico indocumentado, y que meses después se fundó oficialmente con el nombre de Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), en un edificio de la calle Germán Gedovius, en la zona Río Tijuana. Ingresé laboralmente a la biblioteca tras una breve evaluación de conocimientos en biblioteconomía que me hizo Ana María López, directora de una biblioteca que se reducía a unas cuantas cajas de libros y anaqueles metálicos que pintamos de un color ocre para sepultar sus tristes tonos grisáceos.

Fui contratado sin tener plena claridad de la enorme relevancia del proyecto que estaba naciendo. Poco después, llegó a Tijuana Jorge Bustamante con un grupo de investigadores e investigadoras de la Ciudad de México, y se me reveló la dimensión del proyecto académico que estaba naciendo; proyecto soñado, diseñado e impulsado por el mismo Bustamante, quien me invitó a sumarme a la investigación y me apoyó para que incursionara en el mundo académico.

Yo era lector asiduo de los textos que Jorge A. Bustamante publicaba en el periódico *Unomásuno*, por lo que me entusiasmó saber que él era el precursor de este proyecto, que había sido incubado en El Colegio de México (Colmex). Bustamante sorprendía por su humanismo y su autoridad legitimada en temas migratorios,

chicanos y fronterizos, pero su personalidad detrás de los escenarios formales era solidaria, sensible, bromista y proclive al baile.

Él fue determinante en la definición de los rasgos académicos y formales del Cefnomex, centro de investigación que se rigió por consensos académicos internacionales para definir su rumbo institucional en medio de avatares importantes como fue la crisis económica y devaluación del peso frente al dólar en febrero de 1982, y su impacto socioeconómico, que amplificó la incertidumbre y los temores sobre la viabilidad del proyecto que recién estaba naciendo.

El segundo obstáculo visible fue la reacción adversa de algunas voces legitimadas en la escena cultural tijuanense, que veían con desconfianza la instalación de una institución de *chilangos* que supuestamente llegaban para estudiar a los fronterizos y decirles cómo debían vivir su mexicanidad. Además, en la academia había quienes consideraban que los temas fronterizos no eran relevantes y que no se justificaba la creación de una institución dedicada a investigarlos. Sin embargo, el amor por el proyecto académico, el capital social, las destrezas en los vericuetos administrativos y las relaciones políticas de Jorge Bustamante ayudaron a campear los embates y encauzar el rumbo del Cefnomex. Adicionalmente, la respetada intercesión de Carlos Monsiváis fue contundente para apaciguar los recelos infundados de la ciudad letrada tijuanense.

Pronto, la institución transmutó a El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) y creció su capacidad de investigación y reconocimiento, en gran medida apoyado en el trabajo de Bustamante en temas de frontera y migración. Dado que estos aspectos son tratados de manera amplia en esta obra-homenaje –que destaca el papel de Jorge Bustamante en el desarrollo de métodos investigativos fortalecidos con sobredosis de imaginación sociológica, así como su inclaudicable voluntad, decisión y dedicación a la construcción de la institución que él mismo presidió, y su destacada actuación en organismos internacionales dedicados a la defensa de

los migrantes (como fue su nombramiento de relator especial de las Naciones Unidas sobre los Derechos Humanos de los Migrantes)–, me concentraré en señalar los temas culturales e identitarios que son menos destacados entre sus múltiples aportaciones científicas, aun cuando fueron de gran interés para él. Por ello, desde el nacimiento de la institución, apoyó la creación del Departamento de Estudios Culturales, el cual fue dirigido por Amelia Malagamba.

Desde su establecimiento, la frontera entre México y Estados Unidos, así como los residentes de la zona, han sido interpretados desde múltiples perspectivas, posicionamientos e imaginarios cargados de estereotipos. Estas construcciones preocuparon y ocuparon a Jorge Bustamante, quien de manera explícita destacaba el papel de la ciencia en la develación de prejuicios y estereotipos. Este interés se expresó de manera clara en uno de los primeros proyectos institucionales de El Colef, titulado: Uso del idioma español e identidad nacional.

Éste respondía a la necesidad de estudiar las perspectivas estereotipadas convergentes de amplios sectores de México sobre la supuesta identidad nacional *light* de los fronterizos, convicción transformada en campaña por la Comisión para la Defensa del Idioma Español (CDIE, 1981-1983), que recurrió a algunos prejuicios y estereotipos ampliamente difundidos que destacaban el supuesto *agringamiento*, la desnacionalización o la pérdida de identidad de la gente de la frontera, así como su supuesta proclividad a traicionar a la patria por sus filias con lo estadounidense. Estas perspectivas cobraron forma en consignas como «¡Habla bien tu idioma, no te apoches!». El pocho y el pochismo se referían a la población fronteriza que había sido pochada o cortada de sus raíces y de la cultura mexicana. La CDIE se propuso defender los valores nacionales supuestamente erosionados por esos fronterizos agringados que, además, utilizaban anglicismos, hecho considerado como prueba fehaciente de su contaminación cultural e identitaria.

A partir de los elementos previamente señalados, Jorge A. Bustamante dirigió el proyecto de investigación Uso del idioma español e identidad nacional, realizado en Acapulco, Ciudad de México, Ciudad Juárez, Matamoros, Uruapan y Zacatecas, asesorado por el lingüista Luis Fernando Lara del Colmex. En esta investigación se pusieron a prueba dos de los pilares estratégicos de la CDIE sobre el habla y la identidad nacional en la frontera, los cuales sostenían que existe mayor uso de anglicismos en el discurso coloquial de los fronterizos y que, a mayor uso de éstos, corresponde una menor identidad nacional.

La investigación se llevó a cabo en 1982 y, además del cuestionario, se realizaron entrevistas grabadas con residentes de las ciudades seleccionadas, que posteriormente se analizaron para identificar los anglicismos incorporados. También se utilizaron las premisas socioculturales de Rogelio Díaz Guerrero para reconocer lo que se definió como identidad nacional, aunque dichas escalas registran principalmente carácter nacional o apego a las tradiciones.

Las conclusiones de la investigación fueron contundentes frente a los reproductores de estereotipos sobre la frontera y los fronterizos, al indicar que el uso de anglicismos en los discursos coloquiales se relaciona más con el capital económico, social y cultural y con la clase social a la que se pertenece que con el solo hecho de vivir en la frontera. La segunda aportación refiere a la ausencia de relación directa entre el uso de anglicismos y la identidad nacional.

Jorge Bustamante realizó estudios pioneros sobre la frontera, en especial, de aquélla entre México y Estados Unidos, donde existían experiencias señeras, como los estudios sobre migración de Manuel Gamio de inicios de la década de 1930: *Mexican Immigration to the United States* (1930) y *The Mexican Immigrant: His Life Story* (1931), así como la investigación de Rodolfo Stavenhagen (2014) para obtener el título de etnólogo en la Escuela Nacional de

Antropología e Historia (ENAH) de 1957 (aprobada en 1958), titulada *Las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora de Tijuana* y publicada por El Colef en 2014, con el nombre: *Tijuana 58. Las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora de Tijuana*, donde el autor hablaba de *la cosa fronteriza* como elemento importante para entender las dinámicas sociales de Tijuana.

Además de su tesis germinal sobre la experiencia migratoria, donde Bustamante cruza la frontera como indocumentado con un grupo de migrantes mientras registraba esa experiencia etnográfica, él mismo elaboró una propuesta conceptual para pensar la frontera considerando a los migrantes como fuerza de trabajo que participa en un mercado internacional, por lo que el proceso migratorio internacional entre México y Estados Unidos implicaría un subsidio de México al país del norte. También destacaba la condición fronteriza, identificada por las interacciones con lo estadounidense, y que *lo fronterizo* se reconocía por la mayor frecuencia, densidad e intensidad de esas relaciones.

Jorge Bustamante, fue un aliado del Movimiento Chicano y del emergente campo académico que desmontó muchos de los prejuicios, estigmas y estereotipos del racismo estadounidense contra las poblaciones mexicanas, de origen mexicano y afroestadounidenses. Estos campos denunciaron y deconstruyeron las historias de exclusión construidas desde un orden racializado, además de que evidenciaron el racismo como expresión de relaciones sociales y de poder que (re)producen relaciones subalternas y desigualdades sociales a partir de la significación ideológica del color de la piel, apoyado en perspectivas clasistas y coloniales.

La lucha por los derechos civiles de las y los afroestadounidenses, el Movimiento Chicano y las resistencias antibélicas y pacifistas fueron episodios que marcaron las perspectivas transfronterizas de Jorge Bustamante, quien participó en el impulso al Festival Internacional de la Raza (FIR), un evento académico, artístico y cultural que reunía a figuras mexicanas y chicanas para, juntas

y juntos, construir o fortalecer puentes culturales entre poblaciones de ambos lados de la frontera. Al mismo tiempo, formó parte de un esfuerzo colectivo con reconocidos activistas, dirigentes políticos y académicos chicanos, buscando que el gobierno mexicano reconociera la relevancia social, política y cultural de esa población, así como las articulaciones insoslayables entre mexicanas y mexicanos de ambos lados de la frontera.

Cabe mencionar que hubo algunas reacciones críticas al uso del concepto de raza que daba nombre al FIR, por su impronta popular y por considerar que la palabra se asociaba al *cholismo*, jóvenes herederos de la tradición sociocultural de pachucas y pachucos, que irrumpieron en los escenarios transfronterizos a finales de la década de 1930.

Los cholos expresaban un fenómeno social juvenil transfronterizo, cuyos rasgos socioculturales e identitarios incluyeron control territorial, rituales de iniciación, estéticas reconocibles que abrevaban en el *zoot suit* del pachuco, prendas provenientes de los campos laborales como el paliacate, las camisas de franela, los pantalones de mezclilla, y las utilizadas en la industria como los *dikies* de color caqui, plomo o azul, las *güainitas*, *ranflitas* o *tecatitas* (sandalias de tela sin tacón), las ligas enredadas en las manos de las cholas y las marcas provenientes de la milicia, como los pliegues militares en las camisas, las camisetas blancas, la obsesiva limpieza de zapatos. También significaron el cuerpo a través de tatuajes, impronta directa de la cárcel y la milicia. Los cholos recurrieron a la apropiación y recreación de símbolos definitorios del perfil cultural de lo mexicano en murales, tatuajes, dibujos, garras (atuendos) y ranflas.

La propuesta del Festival Internacional de la Raza fue impulsada por Jorge Bustamante, representando a El Colef, y por otros académicos y funcionarios culturales, pues en el proyecto inicial participó el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA), el Programa Cultural de las Fronteras (PCF) y el

Centro Cultural Tijuana (Cecut). El uso de la palabra raza en el FIR no correspondía a una perspectiva genética o biológica de raza, al igual que en *La Raza de Bronce* de Amado Nervo (1902) o en el lema de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), creado por José Vasconcelos en 1921 para significar que era una universidad del pueblo mexicano.

El sentido de *raza*, incorporado en el FIR, correspondía a una apropiación y recreación coloquial fronteriza que alude a este término con el significado de amigos, *los nuestros*, nuestra gente, y que fue ampliamente utilizado por el Movimiento Chicano en la lucha contra el racismo. Mediante él, recuperaban el sentido de la raza que aparecía en proclamas difundidas por periódicos decimonónicos que defendían los intereses de los trabajadores mexicanos y se pronunciaban contra la discriminación y el racismo, como *La Estrella de Los Ángeles* y *El Clarín*, los cuales, a inicios de la década de 1870, difundían llamados a la unidad de las y los mexicanos en ambos lados de la frontera, con proclamas y consignas como: ¡únete, raza!

La población mexicana transfronteriza y chicana se apropió del concepto de raza dándole un uso coloquial que nombraba a los nuestros, los *compas*, los amigos, los *homies*, los *carnales*. Durante 10 años, el FIR se consolidó como un importante puente transfronterizo y una plataforma para pensar, apreciar, interpretar, cantar, bailar y disfrutar el cine, la plástica, el mural, el *performance*, la música, las emociones, los sentimientos y los piensos que unen historias y latidos de las poblaciones mexicanas y chicanas en ambos lados de la frontera.

A punto de cumplir cuatro décadas de vida, El Colef es un centro público de investigación y docencia con relevante presencia y reconocimiento nacional e internacional, que simboliza la concreción del sueño académico de Jorge Bustamante. Un sueño realizado con mucho esfuerzo, y con bases sólidas formadas por las propias investigaciones y elaboraciones teórico-metodológicas de

Jorge Bustamante, maestro y amigo que dejó huellas indelebles en los estudios migratorios, chicanos y transfronterizos.

Hasta siempre, Jorge.

Referencias

Gamio, M. (1930). *Mexican Immigration to the United States*. Estados Unidos: University of Chicago Press.

Gamio, M. (1931). *The Mexican Immigrant: His Life Story*. Estados Unidos: University of Chicago Press.

Stavenhagen, R. (2014). *Tijuana 58: Las condiciones socioeconómicas de la población trabajadora de Tijuana*. México: El Colef.

Algunas notas en homenaje a Jorge A. Bustamante

Manuel Ángel Castillo

Agradezco la invitación para participar en este homenaje a alguien de quien guardo un sentido recuerdo, alguien que siempre se mostró deferente hacia mi persona y a quien reconozco su sistemático apoyo a mis intereses de investigación: Jorge A. Bustamante.

Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que esto último se debió a nuestra coincidencia en algunos hechos significativos: la necesidad de que el trabajo académico (científico, como él solía reclamarlo) orientara e incidiera en las decisiones de política (migratoria, en nuestro caso); que generara primordialmente elementos concretos para la defensa de los derechos de las personas migrantes, y que no sólo no estuviera peleado, sino que necesariamente interactuara con la labor de las organizaciones de la sociedad civil. Otro punto en común, que atañe directamente a mi persona, fue su confianza en la labor que debía hacerse con relación a lo que, a fines del siglo pasado, era el proceso incipiente de las migraciones centroamericanas con destino a Estados Unidos. El tiempo le dio la razón y hoy vemos que aquella perspectiva anticipaba lo que ocurriría en lo que va del presente siglo.

Como el panel está orientado a hablar de nuestra apreciación de su labor en el campo de las migraciones y las experiencias de investigación, voy a referirme brevemente –en la medida de lo posible– a los dos aspectos que considero cruciales en el legado de Jorge A. Bustamante.

Las contribuciones teóricas

Al revisar algunos de los trabajos clave en su perspectiva acerca de las migraciones internacionales, especialmente en el caso de los flujos de mexicanos hacia y en Estados Unidos, en las décadas de 1970 y 1980, destacaban aquellos que tendían a explicar el fenómeno a partir de los comportamientos asimétricos de las economías, los mercados laborales y los regímenes salariales en los dos países. La preocupación de Jorge consistía en que los enfoques así planteados desde la disciplina económica no lograban explicar con suficiencia muchas de las dimensiones del fenómeno, a pesar de su larga data. Por ello, apeló a la necesidad de generar contribuciones desde la sociología que permitieran ampliar la comprensión de los movimientos de población, específicamente de mexicanos hacia Estados Unidos.

Así, a lo largo de los años, desarrolló un modelo de interpretación a partir de los aportes clásicos de Max Weber, que proponía complementar una visión cultural con una perspectiva interaccionista. Basado en los hallazgos de las experiencias que promovió desde su misma trayectoria como investigador y, posteriormente, a partir del trabajo de las instituciones que ayudó a crear y promover, destacó la importancia del proceso generado después de la terminación del Programa Bracero: la circularidad de las migraciones de trabajadores indocumentados. Con esas observaciones enriqueció el modelo sustentado en el análisis de las asimetrías de poder, no sólo entre las naciones vecinas, sino también y específicamente entre sus protagonistas principales: empleadores y trabajadores. Dicha relación dio lugar a lo que llamó una condición de vulnerabilidad estructural, misma que se tradujo en la sistemática violación de los derechos de muy diversa índole de los trabajadores.

En el plano macro, sostuvo que las asimetrías de poder se expresan en la construcción ideológica que da lugar a la justificación de las condiciones de explotación e incluso a la elaboración

e introyección de mitos en torno a la naturaleza de los procesos migratorios y al perfil de los migrantes, sobre todo mexicanos, aunque también de otras procedencias. En última instancia, el modelo se cierra con la discusión de una aparente contradicción de dos ejercicios de soberanía que dan cuerpo a la dialéctica de la vulnerabilidad de las personas migrantes: políticas restrictivas y tolerancia a modo de los intereses de los beneficiarios del trabajo de los indocumentados.

Las contribuciones metodológicas

Una pregunta que orientó parte de su labor de investigación remitía a la necesidad de cuantificar el volumen de personas migrantes involucradas en el proceso. La ausencia de datos sobre el tema era una debilidad en la argumentación con los pares estadounidenses, fueran funcionarios, líderes políticos, académicos, medios de comunicación, entre otros. Después de las experiencias de la Encuesta Nacional de Emigración a la Frontera Norte y a Estados Unidos (ENEFNEU) y la Encuesta a Trabajadores Indocumentados Devueltos de Estados Unidos (ETIDEU), se propuso iniciar otras que trascendieran el carácter transversal de las mismas, y permitieran llenar este vacío y dar cuenta de un fenómeno en movimiento, dinámico, como es el de las migraciones circulares y todas sus variantes.

Con esa idea, Bustamante inició las observaciones en el Cañón Zapata (CZ), las cuales se convirtieron en un proyecto formal de entrevistas sistemáticas en los lugares de cruce de la frontera y que se extendieron desde 1987 hasta 1998. Fue en ese período, de cambios importantes en la política migratoria estadounidense y con claros impactos sobre los movimientos migratorios, cuando inicié mi cercanía con Jorge y con el, ya para entonces existente, Colef. Con la experiencia del proyecto CZ, promovió la participación de esta institución en un estudio piloto, como parte de un

proceso más amplio de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y el Banco Mundial. Fue en esa coyuntura cuando coincidí con el grupo responsable de la que sería la Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte (Emif), encabezado por Jorge y con la colaboración principal de Rodolfo Corona y Jorge Santibáñez, pues en esa ocasión participé en el mismo proyecto como responsable de un estudio más modesto en la frontera sur, cuando se iniciaban los flujos de centroamericanos hacia el norte.

En mi opinión, el interés y compromiso de Jorge por generar información sistemática y confiable acerca de los flujos de personas en dirección a Estados Unidos permitió instaurar un proceso institucional. Se trataba del proyecto de caracterización y cuantificación de dichos movimientos, materializados en las Emif que, desde 1993, se han ido consolidando como la fuente principal para las investigaciones de dichos procesos, y que –a partir de 2004– se ampliaron y adecuaron a la dinámica migratoria en la frontera sur. En buena medida, las gestiones –sobre todo las iniciales– se debieron al tesón y persistencia de Jorge, lo cual se tradujo en un recurso metodológico de enorme valía para la investigación y del cual nos hemos nutrido un buen número de investigadores nacionales y extranjeros.

Visiones, virtudes y carácter de un líder. Experiencias y convivencias personales

Alejandro Valenzuela

Quien conoció y convivió con el Dr. Jorge Bustamante quizá lo recuerde por su singular personalidad y su visión de líder. Nosotros –mi familia (mi esposa Rubí, mi hijo Alex) y yo– le guardamos un cariño especial porque él contribuyó de una manera muy importante a la vida que hoy tenemos.

Jorge fue mi primer profesor en la maestría en Desarrollo Regional (en septiembre de 1988) en El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Daba un curso sobre Teoría Social tan entretenido, que las tres o cuatro horas de clase se pasaban sin sentirlas. En una de esas sesiones nos contó que al iniciar el segundo período de Ronald Reagan, el gobierno de Miguel de la Madrid vaticinó que habría una deportación masiva de mexicanos. Se prepararon poniendo albergues a lo largo de la frontera norte con mantas que decían: «Bienvenido, paisano, estás en casa», o algo así.

Una de esas noches de angustia por la deportación, le llamó Carlos Salinas, Secretario de Programación y Presupuesto de aquel entonces, y le pidió una opinión. Bustamante era un experto en migración y en temas fronterizos, además de que conocía como nadie las entretelas de las relaciones diplomáticas, académicas y sociales entre México y Estados Unidos. «Mi opinión, le dijo, es que van a gastar dinero *de oquis* porque no van a deportar a nadie», y le dio los datos técnicos en que sustentaba su hipótesis. Al día siguiente, le llamó el presidente en persona y él le repitió lo dicho.

El presidente le dijo: «te voy a hacer caso, pero pobre de ti que te falle». Sucedió tal y como Bustamante decía.

Al finalizar su curso, en diciembre de 1988, debíamos elaborar un ensayo sobre el tema que quisiéramos, pero imaginando que éramos Marx, Weber o Durkheim. Yo elegí ser Marx, y el tema que seleccioné fue el libre comercio. En aquellos tiempos, México se resistía tanto a participar en las organizaciones de comercio mundial que a regañadientes había ingresado como oyente al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), el antecedente de la actual Organización Mundial del Comercio (OMC). En el ensayo, yo concluía que México debería firmar un tratado comercial con Estados Unidos y Canadá, en lugar de juntarse con América Latina. La razón era que juntarnos con los ricos nos beneficiaría; en cambio, la unión con América Latina sería una asociación entre pobres. Bustamante me puso solamente un ocho de calificación y un texto de su puño y letra que decía: «esa propuesta solamente se puede sostener bajo una lógica trotskista-reaganiana».

Un año después, a invitación del presidente Carlos Salinas, mi querido profesor fue nombrado miembro de un comité de asesores de la oficina de Presidencia para asuntos del tratado de libre comercio México-Estados Unidos-Canadá.

A Jorge le gustaba tener el control absoluto de todo, pero usaba ese poder con generosidad, como un patriarca que cuidaba de su comunidad con esmero. A todos oía y todo lo solucionaba. En esa pequeña comunidad de apenas unas decenas de investigadores y estudiantes, nadie le disputaba el control. Un rasgo característico es que él tenía 50 años de edad y los demás (con excepción del profesor Roberto Ham Chande) andábamos en los treinta.

Como les sucede a los pobres, la primera vez que viajé en avión lo hice por una tragedia: la Gloria, mi madre, había muerto. Como era estudiante, me disponía a ir a le central camionera de Tijuana, cuando la asistente de la coordinación en la maestría me informó me habían pagado el vuelo por instrucciones de Bustamante.

Años después, en 1994, el Dr. Joseph Hodara, secretario general académico, describiría a El Colef de Bustamante como una organización africana, que distribuía a la tribu de acuerdo con el rango de cada quien. El jefe, frente al río. A su lado, los principales, y el resto, hacia atrás. Ya en las instalaciones de San Antonio del Mar, la oficina de Jorge tenía una vista espectacular al océano Pacífico. Aquellos que tenían doctorado y eran sus amigos tenían ventanas de frente al mar (yo era uno de esos privilegiados, a pesar de que no tenía doctorado); los doctores que no eran sus amigos tenían ventanas a los lados, con vista lateral al mar; los que solamente tenían maestría, pero eran sus amigos, miraban al cerro, y los maestros no amigos tenían cubículos sin ventana.

Por eso y por otras críticas, Jorge Bustamante despidió a Joseph Hodara. Fue un momento muy incómodo porque en una gran reunión, en la que había investigadores llegados de la Ciudad de México, de Estados Unidos y de Canadá, además de varios funcionarios, Hodara tomó la palabra y criticó la producción académica de El Colef. Al final de su intervención, dijo: «espero que no me vayas a despedir por esto, Jorge». Bustamante retomó el micrófono y le contestó: «¡Qué buena idea!, estás despedido». Se hizo un silencio y luego Jorge, con la mano a la altura de la cintura, con la palma hacia arriba, hizo ese movimiento que invita al corrido a levantarse e irse. Salió Hodara y yo me sentí tan conmovido que lo acompañé al estacionamiento para que no saliera solo.

Eso de salir con Hodara era un acto temerario si querías permanecer en el *ranking* de las preferencias del jefe. Pero lo que no sabían los que estaban allí es que yo tenía un pacto especial con Bustamante. Sucedió que para entrar a la maestría de El Colef había que presentar un examen (que presenté en la Ciudad de México) y luego tener una entrevista en Tijuana (en ese tiempo, El Colef estaba en zona Río). Llegué y me mandaron con Tonatiuh Guillén, quien me empezó a preguntar por mis intereses académicos, cómo veía mi futuro, etcétera. Al final me preguntó si había

leído a algunos autores. No tuve problemas, hasta que llegamos a Friedrich Katz. No lo había leído. «¿Y cuándo piensas leerlo?», me preguntó. Yo, entonces un poco desafinado de la humildad y con mi estilo sonorense, le contesté que Katz estaba en el número 500 de una lista de posibles lecturas. Me fui muy contento sin saber que en mi hoja de admisión, Tonatiuh había escrito «inelegible».

Muchos años después, me enteré que se había dado una gran discusión en el consejo técnico de la maestría porque ¿cómo iba a ser inelegible si había hecho el mejor examen de admisión? Por votación dividida, fui admitido.

Me enteré de eso porque, cuando me titulé, el Dr. Bernardo González-Aréchiga me invitó a coordinar la maestría en economía industrial, lo que me dio acceso al archivo. Antes de tomar el encargo, Bernardo me invitó a una reunión en San Antonio del Mar para que me hiciera una idea del asunto. Allí vi, con horror, cómo Bustamante regañaba a gritos a un investigador como si fuera un chamaco.

Saliendo de la reunión, me fui a pedir audiencia, y Endy, hoy su viuda, me dejó pasar. Platicamos un rato viendo hacia el mar y le dije a lo que iba. Que no me había gustado nada cómo le había gritado al investigador y que así, pues no. Me prometió que a mí no me gritaría (han de haber estado muy presionados de que alguien coordinara esa maestría) y me fui muy contento. Así que eso de acompañar a Hodara al estacionamiento fue lo menos temerario que hice. Cambié la maestría: la nombré maestría en Economía Aplicada y le quité muchas materias que me parecían inadecuadas. Me sometieron a un juicio por eso, pero salí libre de culpas.

En esos tiempos, mi hijo Alex se enfermó de los riñones por un estreptococo mal atendido y lo tuvimos que internar en el Hospital Infantil de la Ciudad de México. Como el médico encargado nos dijo que los pronósticos eran reservados (como se dice cuando alguien se puede morir de un momento a otro), me quedé allá. Bustamante me dijo que no me preocupara, que si necesitaba

dinero nada más le dijera y que, en la medida de lo posible, atendiera la coordinación de la maestría por teléfono (entonces nadie usaba correo electrónico ni había celular). Afortunadamente, Bety Montijo, mi asistente, hizo lo que normalmente hacía: resolver los problemas con una eficiencia extrema.

En ésas estaba cuando supe de la *demanda* que un estudiante había interpuesto en mi contra porque yo lo había hecho estudiar un programa que no era el de la convocatoria. Bustamante nombró a algunos personajes, como a Eliseo Mendoza Berrueto, que había sido gobernador de Coahuila, y que entonces era investigador en El Colef, y al Dr. Gustavo del Castillo, otro investigador de la institución. Tuve que ir de urgencia a Tijuana, a comparecer. Al final me absolvieron y regresé a México, donde me encontré con la noticia de que mi hijo Alex había empezado a recuperarse. «Quiero unos chilaquiles con huevo estrellado, como los de Tijuana», me dijo en cuanto me vio. Curiosamente, algo dejó Bustamante en su vida, ya que actualmente Alex está por graduarse de la maestría en Sociología de la UNAM.

Otro de los gratos recuerdos que tengo de Jorge fue su gran apoyo para que yo cursara un doctorado en Economía en Connecticut. Con un frío de menos 20 grados, el clima era fatal para un sonorense que siempre vivió en el desierto.

Bustamante fundó, casi de la nada, El Colegio de la Frontera Norte, una de las más importantes instituciones académicas de México con fuerte influencia en Estados Unidos, con instalaciones de sorprendente belleza en la costa pacífica de Tijuana y sedes en las principales ciudades fronterizas del norte de México. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias 1988, era profesor emérito de la Universidad de Notre Dame y de El Colef, investigador nacional emérito del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), relator de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), miembro de la junta directiva del Center

for Migration Studies y Faculty Fellow en Kellogg Institute for International Studies, entre muchos otros cargos y distinciones.

La mañana del 26 de marzo de 2021, me despertó una llamada de mi hijo Alex para comunicarme la infausta noticia. Se la comuniqué a Rubí y sentimos, juntos, un estremecimiento como del fin de los tiempos y un vacío por la ausencia en el mundo de una persona tan extraordinaria como el Dr. Jorge Bustamante.

Jorge A. Bustamante, necesidad de la generación del dato para el estudio de la migración y la frontera

Rodolfo Cruz Piñeiro

La primera vez que escuché hablar de Jorge Bustamante fue a través de Rodolfo Tuirán en El Colegio de México (Colmex). Él me comentaba que Bustamante escribía en el periódico y hablaba sobre la migración internacional hacia Estados Unidos, y que era la persona más actualizada y conocedora sobre el tema. Tenía razón. Jorge mantenía un pulso constante de la migración mexicana desde la frontera y conocía al detalle el proceso social de esta emigración.

Tuve la fortuna de conocerlo en diciembre de 1986, justo en mi primera visita a la frontera de Tijuana, Baja California. Viajé precisamente con la idea de conocer el Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), por invitación de Alberto Hernández, con la finalidad de incorporarme a este centro. Me presentaron a Jorge, quien a su vez me presentó ante un grupo de investigadores del Cefnomex en una pequeña sala de reuniones. Ahí, tuve la oportunidad de conocer la idea panorámica de la investigación en la frontera norte, así como los objetivos generales que tenía Bustamante para esa institución que, dicho sea de paso, en los siguientes meses se convertiría en El Colegio de la Frontera Norte (El Colef).

Desde esa primera visita a la frontera, percibí la pasión con la que Jorge Bustamante afrontaba los estudios de los distintos procesos sociales que en ella se venían experimentando. Cuando él hablaba de dicha zona y de sus peculiaridades, siempre eran charlas

amenas, precisamente por el interés nato que tenía por continuar conociendo y explorando la región y las expresiones de las distintas problemáticas que enfrentaban las comunidades fronterizas.

Bustamante tenía una idea clara de la frontera de México con Estado Unidos, así como de las relaciones entre ambos países, y conocía exactamente las necesidades de El Colef para realizar investigación social.

Desde que lo escuché por primera vez, manifestó que uno de sus principales intereses para iniciar una institución de investigación, en esos años, era el de generar información de calidad sobre la frontera, no sólo para Tijuana, sino para todas las comunidades fronterizas.

Son varias de las facetas de las que uno puede hablar de Jorge Bustamante, como su papel de maestro, investigador, gestor y líder, entre otras. En lo particular, me voy a centrar en aquella faceta que, para mí, fue de suma importancia en el desarrollo de El Colef; aquel interés constante de producir datos de calidad para realizar investigación en la región e información para el estudio de la migración. Me refiero no sólo a la información en general, sino a la generación del dato. Como sociólogo, Jorge Bustamante era una persona que respetaba mucho el dato de calidad estadística, así como los procesos científicos para su construcción. Sabía, desde los inicios de El Colef, que para que la institución pudiera crecer y consolidarse sería necesario generar datos *de primer nivel*, y ésa era una de sus preocupaciones principales, pues se había dado cuenta que la frontera adolecía de datos confiables para sus distintas comunidades fronterizas. Por tal razón, una de sus primeros retos en El Colef fue generarlos.

En la década de 1980, la institución llevó a cabo una encuesta sobre tensiones sociales en la frontera, que tenía como principal objetivo conocer las características de la población fronteriza, así como sus ideas respecto a vivir en esa zona. Una de las principales contribuciones de Jorge Bustamante al conocimiento se orienta a

la conceptualización de la frontera entre México y Estados Unidos. Constantemente nos comentaba en sus pláticas que la caracterización de mayor relevancia de esta frontera era su intensa interacción social y su asimetría de poder lacerante. A su vez, le fascinaba platicar sobre esa cultura fronteriza ligada a la migración, a las costumbres de los fronterizos, al cruce *al otro lado* y, por supuesto, a los estudios sobre la industria maquiladora de exportación.

Bustamante era un generador de proyectos. Siempre que platicaba con él tenía en su cabeza muchos proyectos por realizar. Uno de ellos consistía en conocer a profundidad las características y particularidades de las distintas poblaciones que se ubican en la frontera norte de México. Él guardaba mucho respeto por los estudios poblacionales; sabía que era fundamental conocer las estructuras y dinámicas demográficas de la región y de cada una de las comunidades fronterizas. Por ello, no tardó en proponer la creación del Departamento de Estudios de Población en El Colef, donde varios demógrafos egresados del Colmex nos incorporamos.

Debido a que la información sobre las características demográficas y sociales de las poblaciones fronterizas era sumamente escasa, Bustamante decidió realizar la Encuesta Socioeconómica Anual de la Frontera (ESAF) en 1986. Él consiguió los recursos necesarios y levantamos la ESAF por varios años en la década de 1980. Ése fue el primer proyecto institucional que yo realizaría para El Colef. Varios investigadores de la institución nos dimos a la tarea de diseñar la metodología para el levantamiento de esa encuesta, que se llevó a cabo en varias ciudades fronterizas, y también en otras no fronterizas para tenerlas como ciudades control. Este instrumento tenía como principal objetivo conocer las características de las poblaciones fronterizas, sus variables sociodemográficas y económicas (como sus estructuras por edad y sexo), el nivel de desempleo, si trabajaban en la maquila, cómo eran sus condiciones laborales, si ganaban en pesos o en dólares, dónde gastaban (del lado mexicano o del estadounidense), su tipo de

vivienda, entre otros. Pero otro objetivo fundamental era conocer los flujos migratorios que llegaban a las ciudades fronterizas desde distintas regiones del país. Algunos sólo venían a trabajar a la región, pero otros querían cruzar la frontera. Por ello, se buscaba tener un panorama más completo de la dinámica migratoria de las ciudades fronterizas. Por primera vez se dispuso de datos sobre la población de *commuters o transmigrantes* internacionales, aquellos que vivían en Tijuana y trabajan *del otro lado*, o viceversa.

Probablemente, una de las principales contribuciones de Jorge Bustamante y de El Colef a los estudios fronterizos fue la generación de bases de datos científicos que reflejaban la realidad de las ciudades de esta zona. En una región con tanto dinamismo, resulta indispensable la generación de información que constantemente dé cuenta de las realidades fronterizas. En este sentido, El Colef se destacaría por la realización de encuestas, no sólo en el tema de la migración, sino también en distintas dimensiones y temáticas relevantes de la vida fronteriza. El análisis de los datos generados ha servido de base para el diseño de varias políticas públicas implementadas en la región y en las ciudades fronterizas. Ésta es otra de las insistencias permanentes de Jorge Bustamante: la realización de investigación social basada en datos científicos que a su vez fueran de utilidad al gobierno mexicano para el diseño de políticas públicas.

Desde siempre, la mayor preocupación e interés académico de Bustamante fue conocer con precisión la movilidad de las personas en las ciudades fronterizas y hacia Estados Unidos. En aquel entonces, nos comentaba que la mayor proporción de los migrantes mexicanos que cruzan de manera indocumentada hacia el país vecino lo hacía por Tijuana, por el Cañón Zapata, también conocido como el *soccer field*.

Por ello, en 1987 inició el proyecto Cañón Zapata, con la idea de contar con un registro de los cruces de migrantes sin documentos hacia Estados Unidos. Éste se basaba en el registro fotográfico

desde la colonia Libertad hacia un campo de futbol, desde un mismo lugar y ángulo, a la misma hora todos los días. Al mismo tiempo, se entrevistaba a los migrantes que esperaban el atardecer con el fin de internarse en territorio estadounidense y alcanzar alguna zona urbana. Así mismo, se levantaban entrevistas a los migrantes en las distintas ciudades fronterizas por los lugares de cruce más comunes. De hecho, Jorge Bustamante llamó fuertemente la atención sobre la necesidad de realizar estudios sobre el cruce clandestino de los migrantes y de los controles fronterizos. En El Colef, se volvió algo común investigar sobre esta temática y sobre la constante y permanente movilidad de las personas en zonas fronterizas. Por muchos años, Bustamante nos habló sobre la migración circular de los migrantes mexicanos, pero también nos habló de la cada vez más rígida y controlada frontera entre ambos países. En sus últimos días, a él le tocó vivir una frontera cerrada por razones de emergencia sanitaria.

El proyecto Cañón Zapata, junto con otras investigaciones sobre la dinámica migratoria en la frontera norte, dieron pie al diseño de importantes políticas y programas públicos, como el Programa Paisano y el Grupo Beta, orientados a la protección de los migrantes al momento del cruce. Bustamante insistía en la necesidad de contar con datos propios confiables, generados científicamente, y no sólo descansar en aquéllos que generaba el gobierno estadounidense sobre el flujo de los migrantes mexicanos.

Todo el tiempo, él trabajó y abogó en pro de la defensa de los derechos humanos de las poblaciones migrantes, fueran mexicanos o extranjeros, y habló siempre de su extrema vulnerabilidad. Éste es un tema que trabajó hasta sus últimos días, siempre alentando y entusiasmando a sus estudiantes para que realizaran sus trabajos de tesis sobre la perspectiva de la vulnerabilidad intrínseca y los derechos humanos de los migrantes; una gran enseñanza para sus alumnos, pero también para todos sus colegas y amigos que trabajamos cerca de él.

En los últimos años, Bustamante dedicó mucho tiempo a sus estudiantes, tanto de maestría como de doctorado. Le encantaba dar clases y extensas tutorías para transmitirles sus experiencias y conocimientos sobre los distintos temas que le fascinaba platicar.

El proceso del registro fotográfico del proyecto del Cañón Zapata, junto con la aplicación de cuestionarios a cientos de migrantes en la frontera, derivaron en otra metodología de mayor alcance y precisión, con el diseño metodológico de la Encuesta sobre Migración en la Frontera (Emif). Los elementos considerados en dicho proyecto sirvieron como punto de partida para diseñar la encuesta e iniciar su aplicación en 1993. Con base en una muestra probabilística representativa estadísticamente en el espacio y tiempo, la Emif constituye un proyecto de investigación excelso sobre la medición y caracterización de los flujos migratorios internacionales.

Hasta nuestros días, la Emif cuenta con una serie de bases de datos levantadas durante 28 años, casi tres décadas. Además, recopiló información no sólo en la frontera de México con Estados Unidos, sino también en la frontera sur de México con Guatemala, desde 2004. A esta serie de encuestas se le conoce como Emif-Sur. La encuesta de flujos ha ofrecido la información necesaria para estimar y conocer con mayor certeza el volumen de la migración de los mexicanos hacia el país del norte, las características sociales, demográficas y económicas, las causas de movilidad y las condiciones bajo las cuales ocurre la migración.

De igual forma, actualmente, la Emif también nos ofrece una idea clara de lo que sucede en la frontera sur con los flujos de migrantes centroamericanos que se internan en territorio mexicano. La generación de esta información ha sido utilizada por el gobierno de nuestro país durante las distintas administraciones y ha fungido como base para diseñar programas sociales orientados a la atención de las poblaciones migrantes.

En resumen, este instrumento ha ofrecido información valiosa para el conocimiento de los procesos y dinámicas migratorias de la región y ha sido la base de un gran número de investigaciones, de artículos en revistas especializadas, de capítulos de libros y de tesis de estudiantes de posgrado.

Bustamante se sentía bastante satisfecho de los resultados obtenidos desde aquellos años, cuando se proponía generar información confiable para el conocimiento de la frontera y la migración.

De Jorge Bustamante siempre recibí apoyo y enseñanzas; siempre fue un líder, un maestro y, ante todo, un amigo. No sólo se preocupaba por las cuestiones laborales, de la investigación y la docencia, sino también por tu vida y tu desarrollo personal, e incluso por la familia. Recuerdo que siempre preguntaba por mis hijos, cómo estaban y qué hacían.

Por ello, presento mi gran respeto y admiración a un hombre como Jorge Bustamante, íntegro, que luchó por los derechos humanos de personas tan vulnerables como lo son los migrantes.

La migración indocumentada y el estudio de la frontera: el legado de Jorge A. Bustamante

Laura Velasco Ortiz

Este texto está orientado a destacar la contribución intelectual de Jorge Bustamante a los estudios sobre las migraciones laborales indocumentadas y de las fronteras. La originalidad de su pensamiento radica en haber puesto sus ojos en las dinámicas de cruces indocumentados en la frontera entre México y Estados Unidos, en una época en que los estudios sobre la migración se dirigían a estudiar las dinámicas de selectividad y la organización de aquélla en los lugares de origen, así como las condiciones de integración en los lugares de destino.

Jorge Bustamante acuñó una perspectiva sobre la frontera geopolítica como un espacio de poder con capacidad de estructurar las dinámicas de movilidad de personas que buscaban cruzarla en forma clandestina para encontrar trabajo en Estados Unidos. Esta visión inédita, que incluyó una ambición metodológica sobre la medición de poblaciones móviles, tiene que ser puesta en el contexto de producción académica no sólo en México sino en el continente americano.

En las décadas de 1960 y 1970, la sociología latinoamericana de la migración se debatió entre las perspectivas neoclásica (Todaro, 1969), histórica estructural (Singer, 1972) y de la modernización (Germani, 1969), abocadas principalmente al estudio de las migraciones masivas del campo a la ciudad, en el marco de la industrialización y de los cambios sociales y culturales que marcaron la

urbanización latinoamericana. La huella de esta producción en el estudio de la migración internacional es visible, entre otros aspectos, en las unidades de análisis privilegiadas –tales como la familia y la comunidad local–, así como en los marcos analíticos de orden nacional, otorgando un peso importante a los programas de ajuste económico que afectaron a las sociedades campesinas.

Por su temprano inicio, México es una excepción en la historia de la emigración internacional en el contexto latinoamericano, en particular de la migración indocumentada.

En la primera parte del siglo XX, ya existían los estudios pioneros de Manuel Gamio y Paul Taylor. Y para la década de 1970, la polémica sobre este tema había cobrado atención en el marco de las relaciones entre México y Estados Unidos, por estudiosos como Alba (1976),[1] Cornelius (1978), Ojeda (1978) y el mismo Jorge Bustamante (1975, 1978).[2] Aquella década estuvo marcada por el cierre del Programa Bracero, las deportaciones y devoluciones masivas y el pleno asentamiento de indocumentados mexicanos en Estados Unidos. Bustamante (1978) optó por conceptualizar la migración como indocumentada, no como ilegal, en una crítica al uso político del término *illegal* o *alien*, recurrente en el discurso político e incluso en la academia estadounidense de la década de 1970. Su texto sobre este tema (Bustamante, 1978) planteó la contradicción que significaba ilegalizar a los trabajadores y no a los empresarios que los contrataban. Bustamante se adelantó a las críticas que encontraron cierta respuesta en la Ley de Inmigración

[1] En este texto, Francisco Alba-Hernández contrapone a la imagen dominante del migrante, como pobre e iletrado que cruza la frontera sin documentos, a la del migrante calificado que cruza en forma legal.

[2] En la década de 1970, El Colegio de México fungió como un espacio intelectual importante para la gestación del campo de estudios sobre la migración indocumentada de México a Estados Unidos, por medio de su revista *Foro Internacional*.

de 1986 (llamada Ley Rodino), que estableció sanciones para los empresarios que contrataban trabajadores sin documentos.

Mientras Bustamante (1975, 1978) se debatía sobre cómo medir la migración indocumentada, estableciendo un universo posible de referencia, al dialogar con intelectuales nucleados en torno a El Colegio de México (Colmex), otro grupo iniciaba un estudio regional de largo alcance en Jalisco, en el corazón de la migración mexicana a Estados Unidos. Me refiero al estudio interdisciplinario clásico que se llevó a cabo en la década de 1980 por sociólogos y antropólogos y que se constituye en el Proyecto de Migración Mexicana (MPP, por sus siglas en inglés). Este proyecto produjo el libro *Return to Aztlan*, de Massey *et al.* (1987), que presentó la perspectiva teórica de la acumulación causal, y develó el papel de las redes sociales como mecanismo de reproducción de la migración a lo largo del tiempo.

Los estudios realizados por el equipo de Massey *et al.* (1987) combinan los enfoques antropológico y sociológico para estudiar las comunidades de origen, y observar las consecuencias de los tratados laborales entre países en la creación de redes sociales de acumulación de capitales y el efecto de las políticas migratorias en la ampliación de tales redes por los migrantes sin documentos (Massey *et al.*, 1987). Esta obra tuvo un impacto importante en los estudios migratorios en México durante la década de 1990, colocando a las redes de migrantes como el mecanismo más importante de la reproducción de este fenómeno, alejándose de los estudios *push-pull* en la migración internacional. Sin embargo, como lo señaló Zolberg (1999), en esa misma década, la literatura sobre migración era escéptica sobre la efectividad de las políticas migratorias en las formas y dinámicas de sus flujos, en particular para los que provenían de países con fronteras continuas, como el caso de México.

En este contexto, el trabajo de Jorge Bustamante (2000) es pionero al visualizar la importancia que tenía la frontera norte

de México en el discurso político migratorio asociado a las crisis internas de Estados Unidos, que afectó las condiciones de cruce de los migrantes, sobre todo de los que lo hacían sin documentos. Así, Bustamante, retomó diversos elementos de la historia migratoria y fronteriza entre ambos países, incluida la temprana racialización de los inmigrantes mexicanos (Alonso, 1994; Andreas, 2003; Zolberg, 1999), dada la anexión de territorio nacional durante el siglo XIX y la temprana *ilegalización* de la migración mexicana surgida, contradictoriamente, en el propio Programa Bracero y que dio origen a la expresión *wetbacks* o *mojados* (Bustamante, 1978; Ngai, 2005; Samora, 1971).[3]

Al observar los efectos de las políticas migratorias de Estados Unidos en el orden social migratorio mexicano, la contribución de Bustamante (1989)[4] se extiende a la conceptualización de la región fronteriza entre ambos países como espacio adyacente y asimétrico, pero de alta interacción social. Tal conceptualización fue acuñada por Mario Ojeda (1978) en el marco de la caracterización de la estructura de las relaciones entre México y Estados Unidos, y retomada por Bustamante (1978, 1997) para comprender las relaciones de explotación laboral de los migrantes indocumentados, en lo que llamó un *mercado imperfecto*, siguiendo la idea weberiana (Bustamante, 1997, p. 81).

[3] En este punto es necesario señalar la influencia intelectual de Julián Samora (1971), el primer sociólogo mexicoamericano, considerado el fundador de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos. Bustamante lo considera su mentor (Bustamante, 2009), pues colaboró académicamente con él, en la Universidad de Notre Dame, en torno a los temas relevantes de la región binacional de México y Estados Unidos.

[4] Los temas fronterizos empezaban a cobrar interés académico a fines de la década de 1970, como se puede constatar en la reseña que hace el propio Bustamante (1989) del Primer Simposio Nacional sobre Estudios Fronterizos, organizado por El Colegio de México y celebrado en Monterrey en 1979. Para entonces, Bustamante había publicado ya *Espaldas mojadas: Materia prima para la expansión del capital norteamericano* (1975).

El cierre de los programas laborales en la década de 1960 y las consecuentes expulsiones de trabajadores contratados temporalmente[5] dieron lugar a una oleada de estudios que centraron su interés en las consecuencias sociales del retorno de los migrantes mexicanos y llamaron la atención sobre la urgencia de inversiones que permitieran mitigar el creciente desempleo en la región fronteriza (Fernández, 1980) y de estudiar la frontera norte de México (Bustamante, 1978).

En la década de 1980, los estudios fronterizos mexicanos pronto se enfocaron en tres líneas de indagación: *1)* los impactos de la migración en la tardía urbanización e industrialización de las regiones fronterizas (Alegría, 1989; Fernández-Kelly, 1984); *2)* la emergencia de una cultura fronteriza ligada a la interacción transfronteriza y a la inmigración atraída por la pujante industria maquiladora (García Canclini, 1990; Iglesias, 1985; Valenzuela, 1988), con gran influencia de la producción académica de los estudiosos chicanos (Vélez-Ibáñez, 1996), y *3)* el estudio de la frontera como espacio de circulación y cruce sin documentos (Bustamante, 1989, 2000).

Los aportes de Jorge Bustamante se inscriben en esas tres líneas, con derivaciones que atañen tanto a los estudios fronterizos como a los de las migraciones internacionales, particularmente las indocumentadas. Para él, no había forma de estudiar este fenómeno sin estudiar la frontera, por lo que había que indagar sobre los procesos y las dinámicas a lo largo de la amplia franja entre México y Estados Unidos.

En relación a la conceptualización de la frontera, existía una polémica implícita sobre su definición como una región binacional por su adyacencia, o bien transfronteriza, por su interacción. Al respecto, Bustamante, adoptando un enfoque weberiano, acuñó el concepto de frontera como espacio relacional con interacciones

[5] El Programa Bracero funcionó de 1942 a 1964 con la contratación de trabajadores mexicanos para laborar en la agricultura, principalmente.

transfronterizas de distinto orden, marcadas por la asimetría (Bustamante, 1989), dado que respondía a las lógicas nacionales respectivas, a la vez que a las relaciones empíricas regionalmente localizadas entre ambos países.[6]

Respecto a la migración, mientras los estudios vigentes en la década de 1980 y parte de la década de 1990 se enfocaban en las localidades de origen o destino,[7] Bustamante se enfocó en el cruce clandestino, la movilidad circular y el control fronterizo por parte de Estados Unidos. Este planteamiento caracterizó su producción intelectual, y sentó las bases para la comprensión de la tensión entre la fluidez de las interacciones cotidianas fronterizas, con fuerte impacto en la cultura, y en el cierre de la frontera para los migrantes pobres sin documentos. En esta segunda línea, el cruce clandestino, la circulación y el control estatal fueron vistos como procesos constitutivos de la frontera misma.

El foco en el fenómeno de los cruces clandestinos y la movilidad circular originó una novedosa visión de las fronteras geopolíticas como espacios de asimetría y desigualdad (Bustamante, 1997, 2000; Ojeda, 1978), a consecuencia de niveles de desarrollo económico asimétrico, cuyos principales indicadores fueron el diferencial salarial y el control unilateral de la frontera por parte de Estados Unidos.

El estudio de los controles sobre los cruces fronterizos, así como las dinámicas, magnitudes y condiciones de cruce, se convirtieron en un programa de investigación con una metodología novedosa a nivel continental para el estudio de los flujos migratorios, primero

[6] Ver al respecto Alegría (1989), quien demostró que las dinámicas fronterizas respondían más a las respectivas dinámicas nacionales que a las de una región integrada, por lo que dominaba la asimetría sobre la interacción regional en la estructuración urbana fronteriza.

[7] Simultáneamente, iniciaba la reflexión sobre las consecuencias de la amnistía de 1986 (Ley de Reforma y Control de Inmigración [IRCA, por sus siglas en inglés]) en la migración por reunificación familiar.

con los migrantes indocumentados, y posteriormente ampliado a potenciales cruzadores y migrantes de retorno.

Desde muy temprano en la carrera intelectual de Bustamante, la posibilidad de medir la migración laboral, en particular la indocumentada, fue una fuente de interés y búsqueda constante. En este afán de medir esos flujos teniendo certeza del universo de referencia, Bustamante (1978) fue un representante de la sociología empírica cuantitativa de posguerra que gobernó a la academia de Estados Unidos hasta la década de 1990, aproximadamente.

En 1987, Jorge Bustamante creó el proyecto Cañón Zapata[8] (Bustamante, 1997) para calcular el número de cruces de migrantes hacia Estados Unidos mediante una técnica bastante original, basada en el registro fotográfico desde una colina de la ciudad de Tijuana (Bustamante, 1997; 2000), mientras que de forma paralela se realizaban entrevistas en los sitios de cruce más comunes en varias ciudades fronterizas con Estados Unidos.

Por primera vez, la relación entre el cruce indocumentado y los controles fronterizos se volvió un tema de investigación sistemática en México, y se inició la distinción de otras movilidades transfronterizas irregulares como los *commuters* sin visas de trabajo o *visa abusers* (Bustamante 2000). Este proyecto fue la semilla de la actual Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte (Emif Norte), en 1993.

A través de una muestra probabilística representativa en espacio y tiempo, la Emif constituye el proyecto más ambicioso a nivel continental sobre la medición y caracterización de flujos migratorios internacionales. Actualmente cuenta con una bases de datos de casi tres décadas, incluyendo flujos migratorios de sur-norte

[8] Nombre del lugar por donde cruzaba un gran número de personas sin documentos desde la ciudad de Tijuana, pues no existía barda fronteriza en esa época. La realización de entrevistas se extendió hasta 1998 (Bustamante, 2000).

y norte-sur en la frontera México-Estados Unidos, y a partir de 2004, se amplió a la frontera México-Guatemala (Emif Sur).

A lo largo del tiempo, el programa de investigación sobre flujos migratorios dio pie a importantes políticas públicas. El Proyecto Cañón Zapata contribuyó a la creación del Programa Paisano y del Grupo Beta para la protección de los migrantes en el cruce.[9]

El interés en que el conocimiento generado por la investigación se traduzca en política pública está presente desde los primeros escritos de Bustamante (1978). De acuerdo con la entrevista que otorgó a Roberto Ponce, corresponsal de la revista *Proceso* (Ponce, 2012), se puede interpretar una estrategia en tres pasos: investigar con rigor científico, divulgar los resultados de la investigación en foros amplios, y realizar una gestión constante ante el Gobierno, sobre todo a nivel federal. Así fue la experiencia del Grupo Beta, el cual inició como un programa piloto de protección a los migrantes en Baja California en 1990 (Weiss y López, 2011), después de las gestiones de Jorge Bustamante con el Gobierno federal, tras documentar los abusos que sufrían los migrantes en el trayecto y el cruce fronterizo del lado mexicano. La divulgación de tales hallazgos trajo tensión y riesgos para Bustamante y para El Colef, tal como lo narra en la entrevista antes mencionada (ver Ponce, 2012).

En la misma vena de intervención está su papel como relator especial sobre los derechos humanos de los migrantes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2005-2011), que fue la culminación de una trayectoria de crítica y documentación sistemática sobre los abusos contra las personas que viajaban por México para cruzar subrepticiamente la frontera.

A lo largo de los años, Bustamante fue acuñando una visión global sobre la vulnerabilidad de los migrantes sin documentos, adultos y menores de edad, con base en evidencia científica y logró avizorar las crisis humanitarias que hoy atestiguamos en el mundo.

[9] Agradezco a María Eugenia Anguiano la precisión de este dato.

Pero más allá de las diversas consecuencias puntuales de política, la medición y caracterización de los flujos migratorios permitió, a partir de la década de 1990, contar con datos confiables, producidos con una metodología científica por un centro de investigación mexicano, y no depender de los datos del entonces Servicio de Inmigración y Naturalización (INS, por sus siglas en inglés) para el registro sistemático de procesos que son cruciales para nuestro país.

A más de tres décadas, los aportes de Jorge A. Bustamante contribuyen a clarificar la relación de los actuales regímenes de control migratorio y fronterizo con las dinámicas y condiciones de las movilidades humanas, cada vez más complejas y diversas frente al incremento de las desigualdades, la violencia y las crisis políticas en el continente.

Bustamante influyó en la política migratoria desde la academia, reivindicando constantemente el papel de la ciencia para brindar conocimientos específicos y confiables. Además de sus aportes conceptuales, los metodológicos son un legado que aún no hemos valorado cabalmente, aun cuando ha producido una riqueza enorme de conocimiento empírico. La construcción de la Emif constituye un legado que va más allá de la propia institución y que pertenece a los logros de la ciencia en México.

Referencias

Alba-Hernández, F. (1976). Éxodo silencioso: la emigración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos. *Foro Internacional*, *XVIII, 17*(2), 152-179.

Alegría, T. (1989). La ciudad y los procesos trasfronterizos entre México y Estados Unidos. *Frontera Norte, 1*(2), 53-90.

Alonso, A. M. (1994). The politics of space, time and substance: State formation, nationalism and ethnicity. *Annual Review of Anthropology, 23*(1), 379-405.

Andreas, P. (2003). *A tale of two borders: The US-Mexico and US-Canada lines after 9/11* [Working Paper 77]. San Diego: CCIS-University of California.

Bustamante, J. A. (1975). *Espaldas mojadas: Materia prima para la expansión del capital norteamericano*. México: Colmex-CES.

Bustamante, J. A. (1978). Migración indocumentada. *Foro Internacional*, *XIX*, *2*, 317-325.

Bustamante, J. A. (1989). Frontera México-Estados Unidos: Reflexiones para un marco teórico. *Frontera Norte, 1*(1), 7-24.

Bustamante, J. A. (1997). El marco teórico-metodológico de la "circularidad migratoria": su validación empírica. *Sociológica. Revista de pensamiento social*, (2), 77-119.

Bustamante, J. A. (2000). Migración irregular de México a Estados Unidos: Diez años de investigación del Proyecto Cañón Zapata. *Frontera Norte, 12*(23), 7-49.

Bustamante, J. A. (2009). Julián Samora: Mentor. En A. López Pulido, B. Driscoll de Alvarado y C. Samora, *Moving beyond borders. Julian Samora and the establishment of Latin Studies* (174-179). Estados Unidos: Universidad de Illinois.

Cornelius, W. (1978). La migración ilegal mexicana a los Estados Unidos: Conclusiones de investigación recientes, implicaciones políticas y prioridades de investigación. *Revista Foro Internacional*, *XVIII*, *3*(71), 399-429.

Fernández, R. (1980). *La frontera México-Estados Unidos.* Ciudad de México: Terra Nova.

Fernández-Kelly, M. P. (1984). *For we are sold, I and my people: Women and industry in Mexico's frontier.* Albany: State University of New York Press.

García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para salir y entrar de la modernidad.* Ciudad de México: Grijalbo.

Germani, G. (1969). *Sociología de la Modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina.* Buenos Aires: Paidós.

Iglesias, N. (1985). *La flor más bella de la maquiladora.* Ciudad de México: SEP/Cefnomex.

Massey, D., Alarcón, R., Durand, J. y González, H. (1987). *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico.* Berkeley: University of California Press.

Ngai, M. (2005). *Impossible Subjects: Illegal Aliens and the Making of ModernAmerica.* New Jersey: Princeton University Press.

Ojeda, M. (1978). Cuestiones clave en las relaciones México-Estados Unidos. *Foro Internacional*, *XIX*, *2*(74), 304-310.

Ponce, R. (21 de agosto de 2012). Bustamante: De la frontera norte a las fronteras del mundo. *Proceso*. Recuperado de https://www.proceso.com.mx/reportajes/2012/8/21/bustamante-de-la-frontera-norte-las-fronteras-del-mundo-107343.html

Samora, J. (1971). *Los mojados. The wetback story*. Indiana: University of Notre Dame Press.

Singer, P. (1972). Migraciones internas. Consideraciones teóricas sobre su estudio. En H. Muñoz, O. De Oliveira, P. Singer y C. Stern (edits.), *Migración y desarrollo. Consideraciones teóricas* (pp. 45-68). Buenos Aires: Clacso.

Todaro, M. (1969). A model of labor migration and urban unemployment in less developed countries. *American Economic Review, 59*(1), 138-148.

Valenzuela, J. M. (1988). ¡*A la brava ése! Cholos, punks y chavos-banda.* Tijuana: El Colef.

Vélez-Ibáñez, C. (1996). *Border visions: Mexican cultures of the Southwest United States.* Tucson: University of Arizona Press.

Weiss, L. y López, P. (2011). *México: políticas públicas beneficiando a los migrantes.* México: OIM. Recuperado de https://publications.iom.int/system/files/pdf/oim_pp_sp.pdf

Zolberg, A. R. (1999). Matters of state: Theorizing immigration policy. En C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. De Wind (edits.), *The handbook of international migration: The American experience* (pp. 71-93). New York: Russell Sage Foundation.

Voz de los derechos humanos de las personas migrantes

María Eugenia Anguiano Téllez

Un interés académico persistente en la obra de Jorge A. Bustamante y, a la par, una preocupación constante a lo largo de su trayectoria profesional fue la defensa de los derechos humanos de las personas migrantes, tema que se manifestó en múltiples denuncias, acciones y propuestas concretas de política pública sustentadas en los hallazgos de sus investigaciones sobre las migraciones internacionales.

En sus trabajos académicos postula la relevancia de comprender y analizar las condiciones y situaciones de vulnerabilidad derivadas de la asimetría de poder que enfrentan las personas migrantes por el hecho mismo de abandonar sus lugares de origen y traspasar las fronteras nacionales, sea en forma autorizada o no autorizada, pues la condición de extranjeros los ubica en situaciones de desigualdad frente a los nacionales del país de destino o nuevo país de residencia.

La comprensión y análisis que propone en sus trabajos sobre dicha vulnerabilidad y su estrecha relación con sus derechos humanos no se reduce a una explicación académica desde las Ciencias Sociales (la Sociología, la Antropología y el Derecho, en su caso) en torno a esa asimetría de poder y sus consecuencias de hecho y de derecho para las personas migrantes. Sus reflexiones y propuestas analíticas están ampliamente motivadas por la preocupación y el interés de dar voz y otorgar reconocimiento a las personas

que cruzan fronteras para aportar a la economía, a la sociedad y a la cultura de un nuevo lugar de residencia, ubicado en un país distinto al de su nacimiento, al que por cierto también realizan aportaciones desde *su ausencia siempre presente* en forma de remesas económicas, extensión y preservación de vínculos familiares y comunitarios (redes sociales), y reproducción social misma de la movilidad internacional.

Desde el desarrollo del trabajo de campo de su tesis doctoral –y aún antes–, es posible apreciar su inclinación por la defensa de los derechos humanos de las personas migrantes. Como estudioso de la migración de mexicanos a Estados Unidos, su conocimiento sobre los abusos cometidos contra los trabajadores durante el Programa Bracero –a pesar de las especificaciones que indicaban los convenios de trabajadores temporales establecidos entre México y Estados Unidos entre 1942 y 1964– no se basaba solamente en la revisión acuciosa de la bibliografía académica escrita en ambos países, sino que se nutrió siempre de su interés personal y profesional por documentar de primera mano la vulnerabilidad de los trabajadores migrantes, fuesen documentados o indocumentados, mexicanos, centroamericanos o de otras procedencias.

En su trabajo académico, al igual que en su labor de defensoría de los derechos humanos de las personas migrantes y en sus originales propuestas de política pública, la imaginación sociológica y la curiosidad antropológica se acompañaron y nutrieron constantemente de su formación jurídica, enriquecida por el conocimiento tanto del sistema legislativo mexicano como del estadounidense y, por supuesto, de las leyes y tratados internacionales.

Jorge A. Bustamante tuvo la habilidad de combinar su curiosidad intelectual y labor académica con su actividad como defensor de derechos de las personas migrantes. De primera mano, en aquel trabajo de campo de su tesis doctoral –en el que intentó hacerse pasar por trabajador mexicano indocumentado– conoció y documentó la asimetría de poder «o distancia estructural entre

el poder de los empresarios agrícolas que contratan y se interesan en seguir contratando, con los salarios más bajos que sea posible, a una virtual fuente inagotable de mano de obra barata proveniente de México» (Bustamante, 2002, p. 36).

Su concepción de los migrantes como trabajadores con derechos laborales y como personas con derechos humanos es persistente en su obra académica, al igual que en su encomienda como relator de Naciones Unidas y en el desarrollo de propuestas de política pública, con énfasis en recomendaciones al Estado mexicano, tanto en el caso de los derechos de los migrantes de nuestro país como de los centroamericanos.

En 1995, fue nombrado corresponsal del Sistema de Información y Estudio Continuo de las Migraciones Internacionales de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), con sede en París; corresponsalía que ocupó a lo largo de diez años. Este reconocimiento lo fue también a su trabajo de investigación sobre la medición de flujos migratorios irregulares originado en el Proyecto Cañón Zapata en 1987.

Dicho proyecto le permitió documentar los abusos que eran cometidos por autoridades mexicanas contra nuestros propios migrantes (y los de otras nacionalidades) en sus desplazamientos hacia la frontera norte del país con destino a los Estados Unidos o en su retorno desde ese país a México (Bustamante, 2000). Al menos dos propuestas de política pública derivaron de ese esfuerzo de investigación académica.

En 1989, a iniciativa suya, se creó el Programa Paisano para la defensa de los derechos de los migrantes mexicanos que retornaban al país, mayoritariamente en temporadas vacacionales de verano e invierno, y que eran extorsionados por autoridades mexicanas en su trayecto desde que ingresaban a nuestro territorio hasta llegar a sus localidades de origen en México. En 1990, también a propuesta suya, se conformó el primer Grupo Beta de protección a migrantes, creado inicialmente como un programa piloto para auxiliar a

los migrantes que eran víctimas de la delincuencia y atenuar los abusos cometidos por autoridades mexicanas (particularmente cuerpos de policía). Más de 30 años después, ambos programas continúan vigentes.

Los Grupos Beta establecidos inicialmente en la frontera norte mexicana (en los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas), se extendieron con posterioridad a las entidades del sur de México (Veracruz, Tabasco, Chiapas y Oaxaca) para la protección y defensa de los derechos humanos de los migrantes centroamericanos, y en 2011 fueron reconocidos en la Ley de Migración como «grupos de protección a migrantes que se encuentren en territorio nacional, los que tendrán por objeto la protección y defensa de sus derechos, con independencia de su nacionalidad o situación migratoria» (Ley de Migración, 2011, art. 71).

Vale la pena referir que la original idea de Jorge A. Bustamante al concebir la frontera como un observatorio de flujos migratorios –que teórica, metodológica y empíricamente se materializó inicialmente en el desarrollo del Proyecto Cañón Zapata–, así como su persistente interés por generar información de primera mano, científica y rigurosamente construida –como solía insistir, en oposición a la información difundida en los medios de comunicación– derivó en la creación de la Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México, proyecto de investigación interinstitucional que se desarrolló de manera continua durante casi tres décadas. Dicha encuesta, conocida como Emif Norte, originó la Encuesta sobre Migración en la Frontera Guatemala-México (Emif Guamex), que posteriormente se transformó en Encuesta sobre Migración en la Frontera Sur de México (Emif Sur), abarcando los flujos migratorios procedentes de Guatemala, Honduras y El Salvador. Dichas encuestas, además de representar emblemáticos proyectos institucionales de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), proporcionaron insumos trascendentales para desarrollar propuestas de política pública.

Otra distinción y merecido reconocimiento a las múltiples iniciativas de Jorge A. Bustamante, desarrolladas tanto en el plano académico como en la defensa de los derechos de las personas migrantes, siendo a la vez un espacio propicio para continuar su labor de investigación social y de defensoría internacional, fue su nombramiento como relator especial de la Organización de las Naciones Unidas para los derechos humanos de los migrantes, labor que desempeñó entre 2005 y 2011. Una vez más, el conocimiento de primera mano de las violaciones a los derechos humanos de las personas migrantes lo llevó a continuar desarrollando, en su trabajo académico, propuestas conceptuales para analizar las migraciones internacionales, y en su actividad de defensoría de derechos y de recomendaciones de política pública, iniciativas para atenuar la vulnerabilidad de las personas migrantes.

Durante estos años, documentó los abusos cometidos por las autoridades contra las poblaciones migrantes, así como la discriminación y xenofobia de que eran objeto por diversos sectores de las sociedades de origen, tránsito y destino, y denunció reiteradamente las violaciones a sus derechos humanos en diferentes geografías del planeta, con especial énfasis en la situación y condiciones de vulnerabilidad de los mexicanos y latinos en Estados Unidos y de los centroamericanos en México.

Con el feraz horizonte de su labor como relator especial para los derechos humanos de los migrantes, postuló la relevancia de la discusión en torno a la «responsabilidad del Estado» –que también denominó «responsabilidad patrimonial del Estado», en concordancia jurídica con la Ley federal de responsabilidad patrimonial del Estado– respecto a la falta de atención otorgada «en la doctrina, en la legislación y en la práctica de los derechos humanos de los migrantes» por los representantes del Estado mexicano (Bustamante, 2014, p. 285). La masacre de 72 migrantes ocurrida en agosto de 2010 en San Fernando, Tamaulipas, México, puso en evidencia hechos que la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH)

había denunciado en 2009 en su *Informe especial sobre el caso de secuestros en contra de migrantes*, y reiterado en 2011 en el *Informe especial sobre secuestro de migrantes en México,* y que el propio Jorge A. Bustamante había documentado en sus investigaciones, difundido en sus publicaciones y denunciado pertinazmente en distintos foros académicos, gubernamentales e internacionales.

Sus actividades en el estudio y la defensa de los derechos humanos de las personas migrantes se extendieron también a la docencia y a la transmisión del conocimiento, especialmente manifiestos en su interés por la formación de jóvenes investigadores cercanamente comprometidos con las diversas poblaciones migrantes. Sus estudiantes de grado y posgrado en México y Estados Unidos, particularmente en El Colef y en la Universidad de Notre Dame (aunque no únicamente en estas dos instituciones), profundizaron las líneas de investigación propuestas por él en sus trabajos académicos y en sus investigaciones sociológicas, antropológicas, jurídicas y demográficas.

Los conceptos de vulnerabilidad y resiliencia propuestos en su obra académica (por mencionar solamente dos estrechamente vinculados con la defensa de los derechos humanos de las personas migrantes) fueron desarrollados bajo su dirección por sus alumnos. A través de un diálogo continuo y cercano, solía orientar los incipientes intereses de investigación de sus estudiantes, con equilibradas dosis de respeto y paciencia. A pesar del escepticismo –y a veces temor– que su trayectoria y renombre solían ocasionar en el imaginario de quienes lo proponían para dirigir sus tesis, esa apreciación se transformaba radicalmente en el primer intercambio con él, y fortalecía la confianza de sus discípulos en cada encuentro.

El desarrollo conceptual y metodológico, y su correspondiente sistematización empírica, sobre los que trabajó en años recientes en sus publicaciones y con sus estudiantes, se relaciona con la construcción de un marco analítico para examinar dialécticamente la vulnerabilidad de los migrantes (que definió en los ámbitos

estructural y cultural) y la capacidad de las distintas poblaciones migrantes para generar resiliencia. Siguiendo su propuesta conceptual y metodológica: vulnerabilidad y resiliencia actúan dialécticamente en tanto la primera se deriva de un acto de poder, pero la segunda se constituye en un mecanismo de defensa. En otras palabras, vulnerabilidad y resiliencia se configuran en conjunto porque, paradójicamente, las condiciones que determinan el poder de ciertos grupos o actores sobre otros son las mismas que intensifican la capacidad de agencia de las personas migrantes; capacidad de agencia que resulta crucial para la defensa de los derechos humanos de este grupo.

Entre las poblaciones migrantes a las que Jorge A. Bustamante prestó especial atención en la defensa de sus derechos y en el desarrollo de sus investigaciones y de las realizadas por sus estudiantes, se encuentran, por supuesto, los trabajadores mexicanos y centroamericanos, especialmente los indocumentados, y también los latinos en Estados Unidos, así como los menores migrantes mexicanos y centroamericanos (niñas, niños y adolescentes) y –sin diferenciar el origen nacional o grupo de edad– las mujeres, los grupos étnicos y las personas de la diversidad sexual.

Su incansable interés en el estudio y la defensa de los derechos humanos de las personas migrantes le acompañó hasta su actividad póstuma, particularmente en el marco de la Cátedra Jorge A. Bustamante: Migraciones y Derechos Humanos, iniciativa de fortalecimiento académico, creada en su honor por El Colef, en colaboración con el Instituto de Investigaciones Jurídicas y el Seminario Universitario de Estudios sobre Desplazamiento Interno, Migración, Exilio y Repatriación –dos entidades de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)–, con la finalidad de ampliar las actividades de investigación, docencia y divulgación del conocimiento científico en temas y acontecimientos relativos a la migración y los derechos humanos. Dicha cátedra incluyó un curso sobre Migraciones Internacionales y Derechos Humanos

que se impartió simultáneamente de manera presencial y en línea, en tres ediciones durante 2019, y que en su edición de 2021 contó con la colaboración del Equipo de Sociología de las Migraciones (Esomi) de la Universidad de La Coruña. En el marco de esa cátedra, también se inició una videoserie de divulgación, transmitida en el canal de YouTube de El Colef, y una serie de seminarios que contaron con la presencia de destacados invitados que compartieron el foro con el Dr. Bustamante para discutir temas de actualidad sobre migraciones internacionales, política migratoria y derechos humanos.

Me permito terminar este texto destacando una iniciativa suya que fue definitivamente trascendental para mi desarrollo profesional, al igual que para un sinnúmero de personas de la comunidad de El Colef. Consciente de las desigualdades de género, Jorge A. Bustamante sabía que el cuidado y atención de las hijas e hijos en sus primeros años de vida está esencialmente a cargo de las mujeres. Por ello, una forma invaluable de apoyar a las madres y padres de la institución en la primera etapa de la vida de nuestros pequeños infantes fue tener un espacio cercano, profesional y agradable para su buen desarrollo y aprendizaje escolar inicial.

La creación, en 1992, de una estancia infantil en las instalaciones de El Colef, en su sede de Tijuana, permitió al personal y a los estudiantes compatibilizar nuestra elección por la maternidad (o la paternidad) con la continuidad de nuestra actividad laboral o estudiantil. Vale la pena mencionar que dichas instalaciones están alejadas del servicio de transporte público y, en consecuencia, de las opciones que ofrecen las zonas residenciales cercanas. Esta ubicación complicaba las posibilidades para el cuidado y atención de las hijas e hijos en edad preescolar del personal y de los estudiantes.

La estancia infantil nos brindó ese espacio para que nuestras niñas y niños tuvieran una grata vivencia escolar en sus primeros años. Para mí, así como para muchas compañeras y compañeros de trabajo y para nuestra comunidad estudiantil en Tijuana,

esta iniciativa fue significativamente valiosa, al igual que para los infantes que hoy son graduados universitarios y recuerdan con mucho cariño su Estancia Infantil Mi Colef.

Con la contundente oratoria que le caracterizaba, Jorge A. Bustamante solía utilizar dichos populares en sus alocuciones: «El buen juez por su casa empieza» refleja, sin duda, alguna una de las dotes de su excepcional calidad humana.

Bibliografía

Bustamante, J. A. (2000). Migración irregular de México a Estados Unidos. Diez años de investigación del Proyecto Cañón Zapata. *Frontera Norte*, *12*(23), 7-49.

Bustamante, J. A. (2002). *Migración internacional y derechos humanos*. Serie Doctrina Jurídica, núm. 94. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas.

Bustamante, J. A. (2014). La "responsabilidad del Estado" y las migraciones internacionales. En M. E. Anguiano y R. Cruz (coords.), *Migraciones internacionales, crisis y vulnerabilidades: perspectivas comparadas* (pp. 285-320). Tijuana: El Colef.

Ley de Migración. *Diario Oficial de la Federación*, México, 25 de mayo de 2011.

ACERCA DE LOS AUTORES

Francisco Alba Hernández
Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana, y licenciado en Economía por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Profesor-investigador de El Colegio de México (Colmex) con adscripción al Centro de Estudios Demográficos. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel III. Entre sus recientes publicaciones se encuentran: «¿Qué futuro le espera a la política migratoria mexicana después de la elección presidencial en Estados Unidos?» (*Otros Diálogos*, 2021); «Migration Issues under the Trump Administration: Exploring the Long-term Implication» en *Anti-immigrant Policies during the Trump Era* (Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM], 2020).
falba@colmex.mx

María Eugenia Anguiano Téllez
Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Colmex y licenciada en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Profesora-investigadora de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), adscrita al Departamento de Estudios Sociales. Pertenece al SNI, nivel II. Entre sus publicaciones recientes se encuentra, en coautoría con L. Faret y L. H. Rodríguez-Tapia, el artículo «Migration Management and Changes in Mobility

Patterns in the North and Central American Region» (*Journal on Migration and Human Security*, 2021).
anguiano@colef.mx

Jorge Carrillo Viveros
Doctor en Sociología por el Colmex, maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y licenciado en Sociología por esa misma institución. Cofundador de El Colef, y está adscrito al Departamento de Estudios Sociales. Es Investigador Nacional Emérito del SNI. Entre sus más recientes publicaciones se encuentra, en coautoría con G. Bensusán, N. Florez y R. Gomis, el libro *La calidad del empleo en empresas multinacionales en México: Análisis comparativo con empresas no multinacionales, a partir de tres fuentes de datos* (El Colef, 2020).
carrillo@colef.mx

Manuel Angel Castillo García
Ingeniero civil y maestro en Desarrollo Urbano. Miembro del SNI, nivel III. Ha realizado su trabajo de investigación y docencia en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) del Colmex, especialmente en temas relativos a la demografía, el desarrollo urbano, las migraciones, los estudios regionales y las relaciones internacionales en materia de población. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra, en coautoría con M. Rojas Wiesner, «Un balance de la inmigración y de la migración de tránsito en México» en *Dinámica demográfica de México en el siglo XXI* (Colmex, 2020).
castillo@colmex.mx

Rodolfo Cruz Piñeiro
Doctor en Sociología con especialidad en Población por la Universidad de Texas en Austin; maestro en Demografía por el Colmex. Profesor-investigador de El Colef y director del Departamento

de Estudios de Población. Miembro del SNI, nivel III. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra, en coordinación con E. Vargas, A. Hernández y A. López, el libro *Los Dreamers ante un escenario de cambio legislativo. Inserción social y económica en México* (El Colef, 2019).
rcruz@colef.mx

Sergio García Ramírez
Doctor en Derecho por la UNAM. Investigador jubilado, docente en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Investigador Nacional Emérito del SNI. Director de la Revista *Diálogo Jurisprudencial*. Entre sus publicaciones recientes se encuentran, en coordinación con O. Islas de González Marisca, *La justicia penal en México. Balance de dos décadas (2000-2020)* (UNAM, 2021) y, en coordinación con N. González Martín, *El Covid y la desigualdad que nos espera* (UNAM 2021).
sgriijunam@gmail.com

Silvia Elena Giorguli Saucedo
Doctora en Sociología en la Universidad de Brown, maestra en Demografía por el Colmex y licenciada en Sociología por la UNAM. Profesora-investigadora del CEDUA en el Colmex. Pertenece al SNI, nivel II; miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y pertenece a diversas asociaciones profesionales que promueven la investigación en temas de población. Ha publicado el libro, en coautoría con V. Ugalde, *Gobierno, Territorio y Población: Las políticas públicas en la mira* (Colmex, 2014) el cual fue seleccionado como uno de los mejores artículos y libros que han sido publicados en el campo de la política mexicana recientemente por The Library of Congress en 2017. Actualmente es presidenta del Colmex (2015-2025).
sgiorguli@colmex.mx

Martin González de la Vara
Doctor en Historia por el Colmex. Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán (Colmich). Miembro del SNI, nivel I. Autor del libro *Región, frontera y capitales: inversiones, política fronteriza y cambio socioeconómico en la región binacional de El Paso-Ciudad Juárez, 1846-1911* (Colmich/El Colegio de Chihuahua/El Colef/UACJ, 2017), del capítulo «Avatares del aguacate en Michoacán», en *Ahuácatl: fruto delicioso y nutritivo* (Fundación Herdez A. C., 2015) y del libro *La Michoacana. Una historia de los paleteros de Tocumbo* (Colmich, 2013).
mgonzalez@colmich.edu.mx

Alberto Hernández Hernández
Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor-investigador de El Colef, adscrito al Departamento de Estudios de Administración Pública. Miembro del SNI, nivel III. Algunas de sus publicaciones son: en coordinación con R. Cruz, E. Vargas y A. López, *Los dreamers ante un escenario de cambio legislativo. Inserción social y económica en México* (El Colef, 2019); *Puentes que unen y muros que separan. Fronterización, securitización y procesos de cambio en las fronteras de México y Brasil* (El Colef, 2020); y *Migración temprana. Movilidad y Desplazamiento de niñas, niños y jóvenes por América Latina* (El Colef/Consejo Nacional de Población [Conapo]/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [Clacso], 2021). Fue presidente de El Colef durante el período de 2017 a 2022.
ahdez@colef.mx

Norma Iglesias Prieto
Académica transfronteriza, curadora y profesora de la Universidad Estatal de San Diego. Tiene una formación multidisciplinaria (Antropología Social, Teoría de la Comunicación, Sociología). Entre sus publicaciones se encuentran: *La flor más bella de la maquiladora:*

Historias de vida de la mujer obrera en Tijuana B.C. Norte (El Colef, 1985) y *Emergencias: Las artes visuales en Tijuana* (Cecut, 2008). Sus más recientes trabajos curatoriales son *Point of Entry* (2016, Aeropuerto Internacional de San Diego), *Back to Basics* (2017, Galería The Front en San Ysidro) y *50 Years of Chicano/a Art Activism Across Borders: Printmaking, Making Prints, and Making Art History* (2019-2020, SDSU Downtown Gallery).
niglesia@sdsu.edu

Cirila Quintero Ramírez
Doctora en Sociología por el Colmex. Profesora-investigadora adscrita al Departamento de Estudios Sociales de El Colef (sede Matamoros). Actualmente colabora en el proyecto: Cinco décadas de industria maquiladora en el Norte de México desde una mirada femenina. Pertenece al SNI, nivel III. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra el artículo «La primera generación de las trabajadoras en maquiladoras de Ciudad Juárez: aprendiendo a trabajar y protestar» (*Nuestra historia*, 2020).
cquintero@colef.mx

Liliana Rivera Sánchez
Doctora en Sociología por The New School for Social Research en Estados Unidos. Profesora-investigadora en el Centro de Estudios Sociológicos (CES) del Colmex. Pertenece al SNI, nivel III. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: en coautoría con O. Odgers, el artículo «La investigación de campo en tiempos de COVID-19: Entrevistando a migrantes durante el confinamiento» (*Latin American Studies Association*, 2021); y editora del libro ¿Volver a casa? Migrantes de retorno en América Latina. Debates, tendencias y experiencias divergentes (Colmex, 2019).
rivesanl@colmex.mx

Alejandro Valenzuela Valenzuela
Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de Sonora, maestro en Desarrollo Regional por El Colef y licenciado en Economía por la UAM (unidad Xochimilco). Profesor-investigador en el Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Sonora (Unison). Miembro del SNI, nivel I. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra, en coautoría con J. Romero, P. Isiordia y R. Rodríguez, «Knowledge and Innovation Management Model in the Organizational Environment» (*Information*, 2021) y el artículo «Identification and analysis of technology and knowledge transfer experiences for the agro-food sector in Mexico» (*Journal of Open Innovation. Technology, Market and Complexity*, 2020).
alexval@unison.mx

José Manuel Valenzuela Arce
Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología por el Colmex. Investigador Emérito de El Colef e Investigador Nacional Emérito del SNI. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: *El gran México. Las culturas mexicanas más allá de las fronteras* (Gedisa, 2020), *Voces divergentes. Jóvenes resistencias y narcocultura* (Secretaría de Cultura, 2020), y *Heteronomías en las Ciencias Sociales. Proceso investigativo y violencia simbólica* (Clacso, 2020).
jmvalen@colef.mx

Josefina Zoraida Vázquez
Doctora en Historia de América en la Universidad Central de Madrid (hoy Complutense), maestra en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Hizo estudios posdoctorales de especialización en Historia de Estados Unidos en Harvard University. Profesora-investigadora del Colmex con adscripción al Centro de Estudios Históricos. Miembro Número de la Academia Mexicana de la Historia. Entre sus publicaciones se encuentran: en coautoría con L. Meyer, *México frente a Estados Unidos* (Fondo de

Cultura Económica, 2015) y el artículo «Historia Mexicana cumple 70 años» (*Historia mexicana*, 2021).
jvazquez@colmex.mx

Laura Velasco Ortiz
Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología por el Colmex. Investigadora del Departamento de Estudios Culturales de El Colef. Pertenece al SNI, nivel III. Expositora en diversos seminarios y congresos internacionales como especialista en los temas de migración, etnicidad y género e identidades culturales. Entre sus publicaciones se encuentran: en coordinación junto a C. Contreras y M. D. París Pombo, el libro *Caravanas migrantes y desplazamientos colectivos en la frontera México-Estados Unidos* (El Colef, 2021) y, en coautoría con G. Pinillos Quintero, el artículo «Recuperar la ciudadanía en la frontera norte de México después de la deportación» (*Frontera Norte,* 2021).
lvelasco@colef.mx

Gustavo Verduzco Igartúa
Doctor en Sociología por la Universidad de Texas en Austin, y licenciado en Sociología por la UNAM. Profesor-investigador en el Colmex. Pertenece al SNI, nivel III. Entre sus publicaciones más recientes destaca: «De las migraciones indocumentadas desde México a Estados Unidos a los flujos documentados de trabajadores» (*Migraciones Internacionales*, 2021) y, en coautoría con J. Butcher, *Acción voluntaria y voluntariado en México* (CIESC, 2016).
gverduz@colmex.mx

Homenaje a Jorge A. Bustamante Imágenes de su vida y trayectoria[1]

[1] Las fotografías de esta selección fueron reunidas gracias al apoyo de la Sra. Eréndira Paz, el Dr. Martín González de la Vara y el archivo fotográfico de El Colef. Agradecemos también el apoyo de Alfonso Caraveo, Jhonnatan Curiel y Alberto Hernández de El Colef, por la curaduría de las imágenes y por coordinar la preparación de este homenaje fotográfico.

Fotografía 1. El bebé Jorge Agustín junto a su madre, la Sra. Eloísa Fernández

Fuente: Archivo personal de la Sra. Eréndira Paz, Chihuahua, 1938.

Fotografía 2. Las primeras celebraciones

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Chihuahua, 1938.

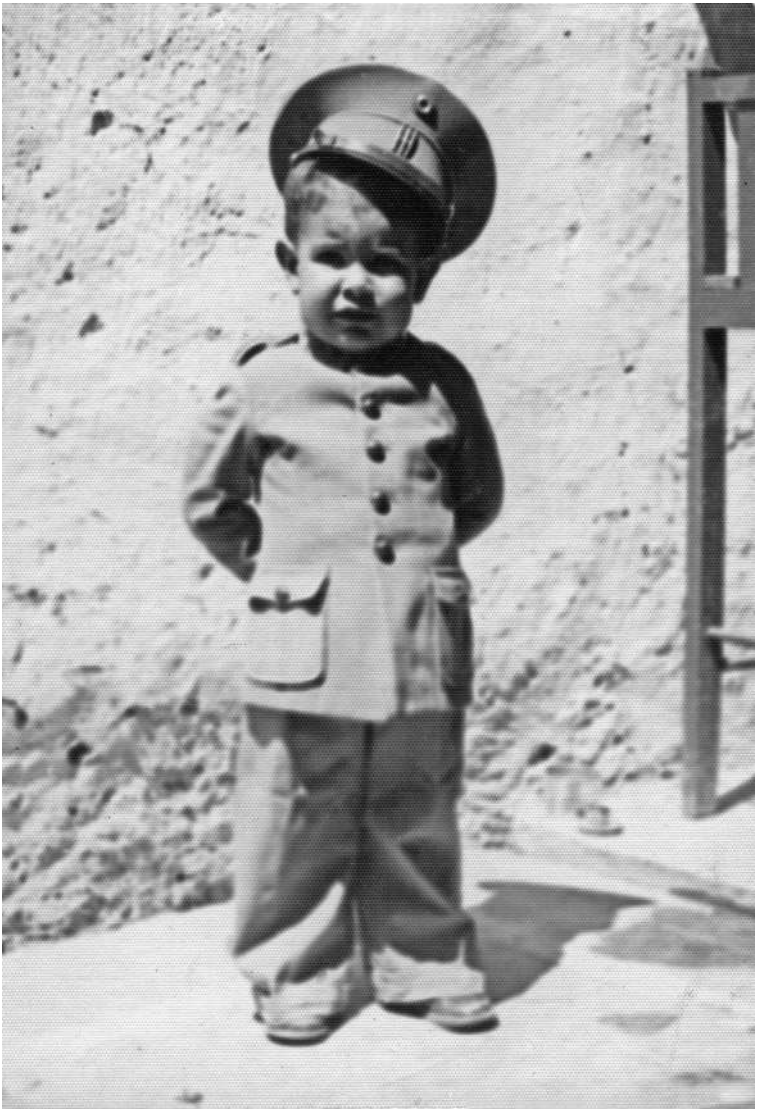
Fotografía 3. Jorge junto a su madre, la Sra. Eloísa Fernández

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Chihuahua, 1938.

Fotografía 4. Los primeros pasos de Jorge

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Chihuahua, 1939.

Fotografía 5. Con uniforme militar



Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Chihuahua, 1939.

Fotografía 6. Fotografía familiar con el Sr. Agustín Bustamante Figueroa, padre de Jorge, la Sra. Eloísa Fernández, su madre, acompañado de hermanos y tías

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Zamora, Michoacán, *circa* 1940.

Fotografía 7. La familia Bustamante Fernández

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Zamora, Michoacán, *circa* 1941.

Fotografía 8. Jorge durante un desfile

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Zamora, Michoacán, *circa* 1945.

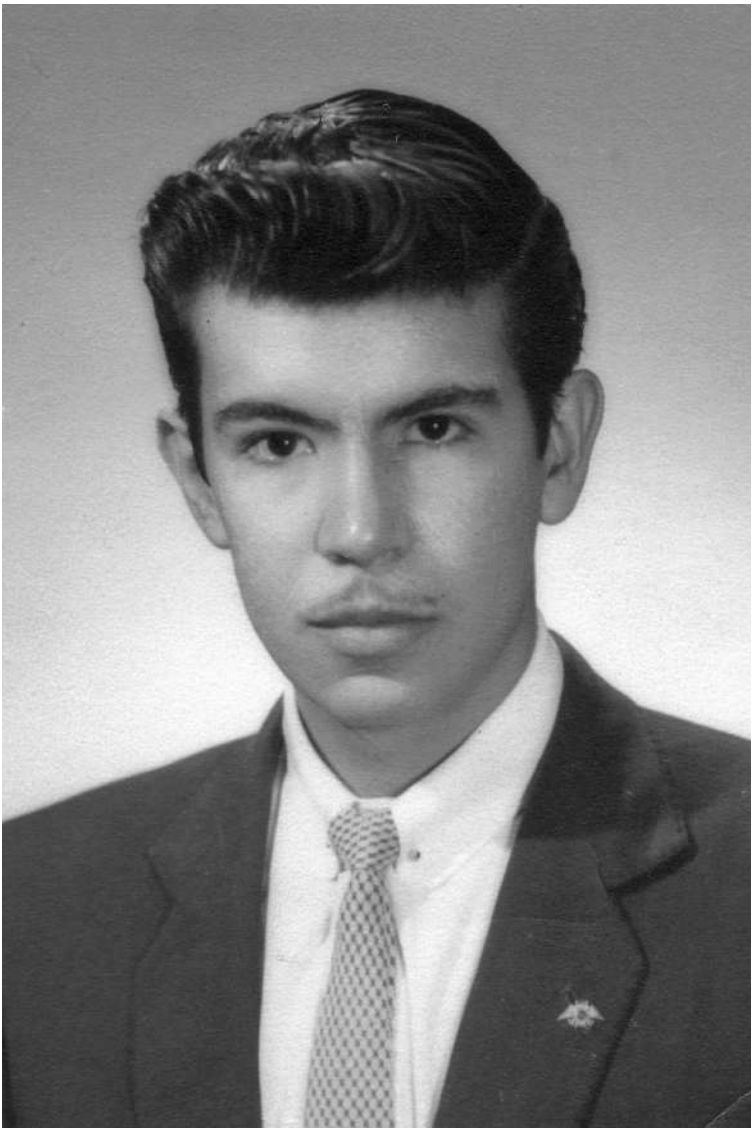
Fotografía 9. Cine Ópera, propiedad de las tías de Jorge y donde vio sus primeras películas

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Zamora, Michoacán, 1946.

Fotografía 10. Jorge en la adolescencia

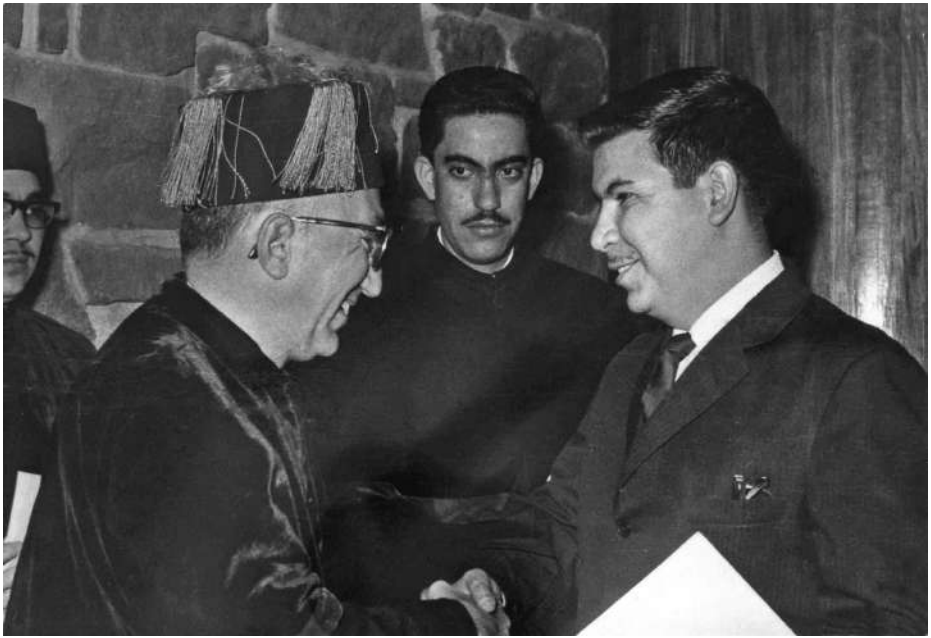
Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Zamora, Michoacán, *circa* 1949.

Fotografía 11. El joven Jorge Agustín



Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, *circa* 1955.

Fotografía 12. Ceremonia de graduación de Jorge



Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Ciudad de México, *circa* 1958.

Fotografía 13. Familia Bustamante Fernández

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Ciudad de México, *circa* 1958.

Fotografía 14. Jorge junto a Miguel de la Madrid, presidente de México

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Tijuana, 1982.

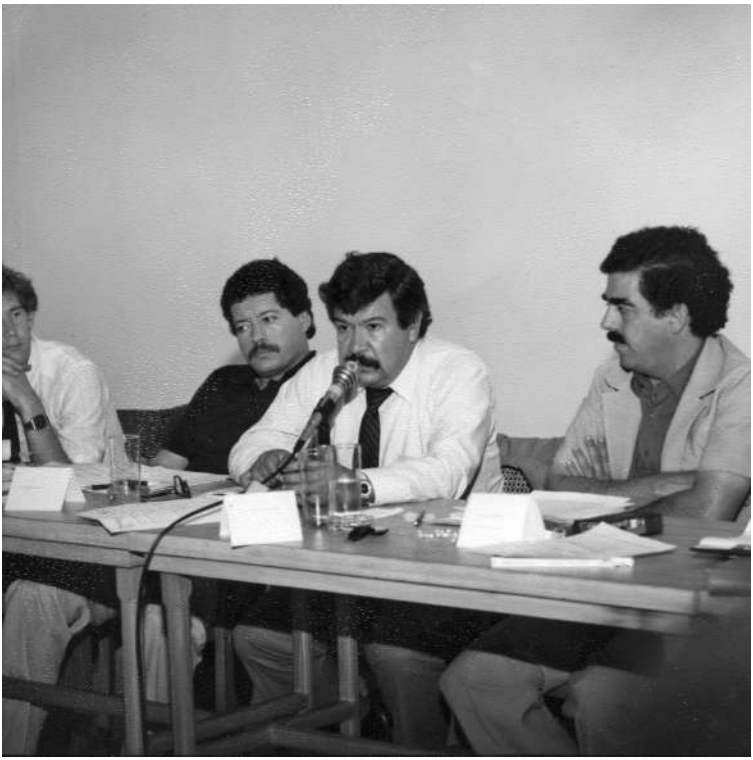
Fotografía 15. Junto a Henry Kissinger, secretario de Estado de Estados Unidos, y Bernardo Sepúlveda, secretario de Relaciones Exteriores de México

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, 1983.

Fotografía 16. Víctor Urquidi, Jorge A. Bustamante y Mario Ojeda

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1982.

Fotografía 17. Jorge A. Bustamante junto a Luis Donaldo Colosio y Francisco Javier Alejo López en el Cefnomex



Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1984.

Fotografía 18. Jorge A. Bustamante y Miguel González Avelar, secretario de Educación Pública

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Ciudad de México, 1985.

Fotografía 19. Jorge A. Bustamante junto al candidato a la presidencia de Estados Unidos, Jesse Jackson

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1984.

Fotografía 20. Entrevista de reportera de Televisa a Jorge A. Bustamante, afuera de las primeras instalaciones del Cefnomex

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1985.

Fotografía 21. Jorge A. Bustamante junto a colegas frente al Center for Migration Studies

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Nueva York, Estados Unidos, *circa* 1986.

Fotografía 22. Reconocimiento a Adalberto Martínez Chávez, mejor conocido como Resortes, durante el Festival Internacional de la Raza

Fuente: Márgara de León, Tijuana, 1986. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 23. Jorge A. Bustamante y Luis Téllez Kuenzler, economista y asesor de la Secretaría de Hacienda, durante una visita al Cañón Zapata en la frontera con San Diego

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1987.

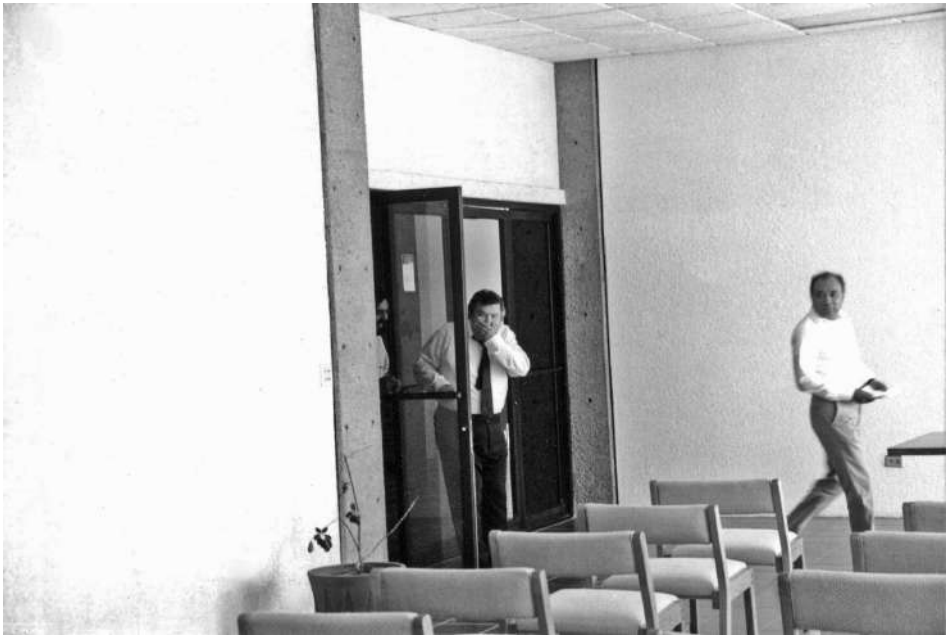
Fotografía 24. Jorge A. Bustamante junto a su amigo de la infancia y colega, el escritor mexicano Carlos Monsiváis

Fuente: Vladimir Téllez, Tijuana, 1988. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 25. Encuentro con Fidel Castro

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Ciudad de México, 1988.

Fotografía 26. Inauguración del Aula Magna en San Antonio del Mar



Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1989.

Fotografía 27. Jorge A. Bustamante, Héctor Terán Terán, gobernador de Baja California, y Ernesto Zedillo Ponce de León, secretario de Educación Pública, acompañado de su esposa Nilda Patricia Velasco de Zedillo en el Cefnomex

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1992.

Fotografía 28. Con Carlos Salinas de Gortari

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Tijuana, *circa* 1993.

Fotografía 29. Durante la inauguración del proyecto Ecoparque

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1993.

Fotografía 30. Encuentro con el escritor mexicano Carlos Fuentes, quien nombró a Bustamante como «el apóstol de la frontera»

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, Ciudad de México, 1994.

Fotografía 31. Jorge A. Bustamante junto al gobernador de Baja California, Ernesto Ruffo Appel, en la inauguración del mural del artista Malaquías Montoya, El Colef-San Antonio del Mar

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1995.

Fotografía 32. Ceremonia de matrimonios colectivos en la escuela primaria bilingüe *Veé Saa Kua'a*, presidida por el profesor Gerardo Montiel, en la colonia Valle Verde

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 1997. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 33. En su oficina de El Colef en San Antonio del Mar

Fuente: Archivo fotográfico de El Colef, Tijuana, 1997.

Fotografía 34. Celebrando los 15 años de El Colef

Fuente: Alfonso Caraveo Castro. Tijuana, 1997. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 35. Durante su primer nombramiento
como cónsul honorario de Japón,
cargo que recibiría nuevamente en septiembre de 1998

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz.

Fotografía 36. Durante una intervención en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), acompañado de Mary Robinson, alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y séptima presidenta de Irlanda, la primera mujer en ocupar este cargo

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, septiembre de 1997.

Fotografía 37. Jorge junto a su esposa, la Sra. Eréndira Paz

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, *circa* 1998.

Fotografía 38. Celebración del 25 aniversario de El Colef

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 2007. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 39. Reconocimiento a Jorge A. Bustamante entregado por Eugenio Elorduy Walther, gobernador de Baja California

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 2007. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 40. Retrato en los jardines de El Colef en San Antonio del Mar

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 2011. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 41. Encuentro con Rodolfo Stavenhagen en El Colef

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 2014. Archivo fotográfico de El Colef.

Fotografía 42. Junto a sus hijos Mariana y Jorge, acompañados de su nieto Santi

Fuente: Archivo personal de la Sra. Paz, 2017.

Fotografía 43. Jorge A. Bustamante, durante el homenaje dedicado a su trayectoria académica y profesional

Fuente: Alfonso Caraveo Castro, Tijuana, 2018. Archivo fotográfico de El Colef.

Cruzar desiertos, forjar puentes, plasmar huellas:
homenaje a la vida y obra de Jorge A. Bustamante
Edición al cuidado de la Coordinación de Publicaciones
de El Colegio de la Frontera Norte,
8 de diciembre de 2022.
Para comentarios, enviarlos a:
publica@colef.mx

El presente libro está dedicado a la vida y obra de Jorge A. Bustamante, figura visionaria y ejemplar, forjador de instituciones y referente imprescindible en el estudio de los procesos migratorios y la frontera de México con Estados Unidos.

Escrito por amistades, alumnos y colegas cercanos, los capítulos relatan distintos episodios en la vida de Jorge A. Bustamante, transitando desde una mirada biográfica y formativa durante su niñez, su adolescencia en el bachillerato, su etapa universitaria, así como los vínculos académicos y afectivos que construyó durante su vida.

A través de una narrativa sencilla, los capítulos se articulan desde tres grandes enfoques: primero, desde una narración testimonial acerca de las experiencias personales y profesionales; segundo, durante su paso por la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Notre Dame y por El Colegio de México; y tercero, su influencia en la fundación del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México –proyecto semilla de El Colegio de la Frontera Norte–, así como el análisis de sus contribuciones académicas y los principales temas de estudio que profundizó: las fronteras, las relaciones México-Estados Unidos, la migración internacional y la defensa de los derechos humanos de los migrantes.

El Colegio de la Frontera Norte
EL COLEGIO DE MÉXICO
EL COLEGIO DE MICHOACÁN, A. C.